3 1761 07286396 2

Digitized by the Internet Archive
in 2010 with funding from
University of Toronto

http://www.archive.org/details/modosdever00gilm

AUMEN
25 %

MODOS DE VER

Libros publicados por la Cooperativa Editorial "Buenos Aires"

Crítica

M. A. Barrenechea. — *Historia estética de la música.*

Alejandro Castiñeiras. — *Máximo Gorki* (su vida y sus obras).

Atilio Chiappori. — *La belleza invisible.*

Armando Donoso. — *La senda clara.*

Cárlos Ibargurén. — *De nuestra tierra.*

Alvaro Melián Lafinur. — *Literatura contemporánea.*

José León Pagano. — *El santo, el filósofo y el artista.*

Cuestiones sociales y políticas

Juan Alvarez. — *Buenos Aires.* (Su problema en la República Argentina).

Marco M. Avellaneda. — *Del camino andado.* (Economía Social argentina).

Augusto Bunge. — *Polémicas.*

M. de Vedia y Mitre. — *El gobierno del Uruguay.*

Novelas y cuentos

Cárlos Correa Luna. — *Don Baltasar de Arandia* (2ª edición).

Manuel Gálvez. — *La sombra del convento.*

Benito Lynch. — *Raquela.*

Luisa Israel de Portela. — *Vidas tristes* (2ª edición).

Horacio Quiroga. — *Cuentos de amor, de locura y de muerte* (2ª edición).

Horacio Quiroga. — *Cuentos de la selva.*

Vicente A. Salaverri. — *El corazón de María.*

Poesía

Mario Bravo. — *Canciones y poemas.*

Delfina Bunge de Gálvez. — *La nouvelle moisson.*

Arturo Capdevila. — *Melpómene* (2ª edición).

Arturo Capdevila. — *El libro de la noche.*

Fernández Moreno. — *Ciudad* (agotado).

Juana de Ibarbourou. — *Las lenguas de diamante.* (agotado)

Ricardo Jaimes Freyre. — *Los sueños son vida.*

Pedro Miguel Obligado. — *Gris* (agotado).

Alfonsina Storni. — *El dulce daño.* (agotado)

Alfonsina Storni. — *Irremediablemente.*

Teatro

Arturo Capdevila. — *La sulamita.* (agotado).

Arturo Capdevila. — *El amor de Schahrazada.*

Temas varios

Martín Gil. — *Modos de ver* (3a edición, corregida y aumentada).

Alberto Nin Frías. — *Un huerto de manzanas.*

Traducciones

Carlos Muzio Sáenz - Peña. — *La cosecha de la fruta,* de Rabindranath Tagore (2ª edición).

Viajes

Ernesto Mario Barreda. — *Las rosas del mantón.* (Andanzas y emociones por tierras de España).

Vida de nuestras ciudades

Juan Cárlos Dávalos. — *Salta.*

Roberto Gache. — *Glosario de la farsa urbana.* (agotado).

MARTIN GIL

MODOS DE VER

3.ª EDICIÓN AUMENTADA Y CORREGIDA

1920

"BUENOS AIRES"
Cooperativa Editorial Limitada
Avenida de Mayo 791

AGENCIA GENERAL DE
LIBRERIA Y PUBLICACIONES
Rivadavia 1573

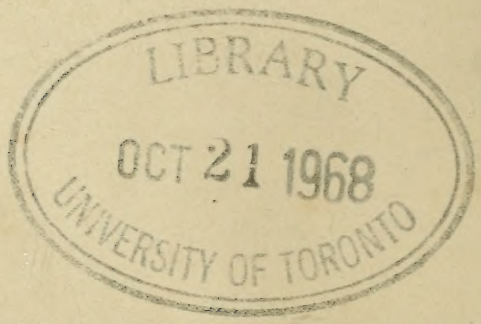
OBRAS DEL AUTOR

Prosa Rural
Modos de ver
Agua Mansa
Cosas de Arriba
Celestes y Cósmicas

PQ
7797
G49M6
1920

De MODOS DE VER se han publicado:

Primera edición	1903
Segunda edición	1913
Tercera edición	1920



PROLOGO

Título original y sugerente. Y tan expresivo, que aun usando la frase en sentido inverso, siempre resultaría interesante como materia de un libro.

El modo de escribir, depende en gran parte "del modo de ver". Los que saben mirar y sentir la naturaleza son los únicos que pueden pintarla. Y no todos poseen la aptitud de observar; hay muchos escritores que describen paisajes y accidentes del mundo exterior, rasgos de la vida y ejemplares de la humanidad, por impresiones de reflejo; transforman lo que han leído. Simple procedimiento de destilería. Los unos, para referirme sólo a los contemporáneos, destilan un poco de Spencer, los otros algo de Schopenhauer, los de más allá, esprimen a Nietzsche. Ya no se imita el lirismo profético, sacerdotal o apocalíptico de Víctor Hugo; se empieza a reaccionar contra el naturalismo a lo Zola, que contrariamente a su propio dogma literario y la opinión comunmente difundida, representa en la evolución intelectual de Francia, una segunda faz del romanticismo, la del

romanticismo del lodo, tan distante del realismo verdadero, como el romanticismo de lo azul y lo etéreo.

Pero si cambian los modelos, el hábito de la imitación continúa y se acentúa. Y no es solamente un mal nuestro, sino de toda la América latina, que se va transformando en cuanto se refiere a la producción literaria, en sucursal del Barrio Latino. La mayor parte de los libros nuevos de escritores de Méjico, Colombia, Venezuela, Chile, Brasil y nuestro país, — algunos revelan grandes talentos extraviados, — marcan la misma tendencia a reproducir estados mentales y formas de la vida, extrañas o antitéticas al medio propio.

El exotismo en los temas y en el estilo es la característica de la literatura americana en voga. Si por accidente se toca un asunto nacional, queda desfigurado por la manera de tratarlo aplicándole las reglas y procedimientos de las estetas parisienses. Todo se sacrifica en homenaje a su señoría el Adjetivo y su alteza el Verbo.

El sentimiento, la razón, la verdad, la gramática, el buen sentido, la lógica y hasta la misma inspiración, ese impulso interior, fuerza reveladora de las realidades invisibles, todo se subordina y se prosterna al imperio de su Majestad la Frase.

No niego ni el talento ni el arte de los escritores y de las obras a que me refiero, como no habría derecho ni motivo para desconocer el ingenio y la belleza de las damas que se disfrazan: pero en tanto que están disfrazadas, pierden su individualidad real

para sustituirla por una individualidad ficticia, representada por el traje.

Es indudable que así como puede mostrarse elegancia, atractivos de formas y habilidad artística, en imitar con disfraces las modas de la Regencia, del Consulado o la Restauración, también se revelan aptitudes, a veces sobresalientes, reproduciendo en las obras intelectuales modos de ver, tipos humanos y peculiaridades del pensamiento, que allí donde se producen originariamente, son una realidad, pero cuya copia, dentro de un medio distinto, es siempre una ficción, que, como las mascaradas, tienen su encanto y su éxito momentáneo, pero que pasan y desaparecen en el limbo insondable de lo inexistente, donde va todo lo nacido que no recibe en el gran bautisterio de la naturaleza, una consagración de la vida!...

Este libro, tan originalmente rotulado y tan sinceramente escrito, aunque careciera de otras condiciones que lo recomendaran a la atención y al aprecio público, siempre tendría la de constituir una honrosa excepción a la tendencia malsana de la literatura de puro artificio.

Por modesta que aparezca en sus proporciones y en su alcance el trabajo que contiene, posee el mérito relevante, como los anteriores del autor, de ser una obra con personalidad. Y lo que tiene personalidad, mala o buena, chica o grande, desafortunada o venturosa, es más apreciable que los simples trasuntos de realidades extrañas, por brillantes que

sean las formas con que se exteriorizan. Un pequeño diamante verdadero vale más que un collar de piedras falsas.

Pero aquella condición señalada como circunstancia honrosa en las producciones de Martín Gil, es a la vez un derivado y una causa de cualidades especiales que podrían particularizarse analizando el libro.

Su joven autor tiene ante todo el don innato de la observación, y digo innato con perdón de los peripatéticos, porque no encuentro forma mejor para diferenciar una cualidad desarrollada por el esfuerzo y el estudio, de la aptitud que en Gil se revela espontánea y natural para discernir lo real en lo visible y a veces más allá de lo visible. Sabiendo él que no todo lo visible es real ni todo lo real es visible, aparta con frecuencia la vista de lo inmediato y la dirige a lo remoto... con ayuda naturalmente del telescopio.

Y cuando no le basta ese aparato de exploración astronómica, le añade el vidrio de aumento de su imaginación. Pero a veces mientras investiga el espacio, su telescopio parece convertirse en el cañón de Julio Verne, por donde se le escapa la fantasía a modo de proyectil disparado sobre un blanco movible, en fuga hacia el infinito.

Pero se apea, y escondiendo las alas de Icaro bajo un poncho campesino, camina por los rastrojos, saludando la obra de patriotismo que realiza silenciosamente el arado; espía de paso lo que hacen las

gallinas, se retiene a mirar la acequia, esa colaboradora olvidada del poema del surco; se sienta bajo los talas en la orilla del río, a ver bajar la hacienda al agua, y la *ve* realmente. Todos los demás hemos mirado cien veces la misma escena sin que se individualice en nuestra memoria. Pero después de leer la descripción de Gil, el cuadro se nos queda grabado y los rasgos con que él lo presenta, nos parecen más exactos que la realidad de nuestros propios recuerdos.

Este es el triunfo de la obra de arte verdadera: con medios simples, con los elementos a veces los más sencillos y primarios, alcanza reproducciones de la naturaleza y de la vida, que adquieren luego existencia propia en el mundo del espíritu.

Dentro de la limitada esfera a que aun circunscribe Gil sus dotes de observador, se manifiesta en sus producciones algo de ese poder de evocación cuyo desarrollo en grado altísimo, forma en la labor intelectual, la fuerza y el éxito de los grandes.

Sabe mirar hacia arriba y hacia abajo. Su estilo tiene alma, con imágenes y giros que corporifican la idea, humanizan lo abstracto y vivifican lo pequeño.

En curiosas personificaciones, hace dialogar a la Noche con la Pampa sobre asuntos trascendentales, expuestos con un lenguaje lleno de relieve y colorido, en el cual la reflexión filosófica y la verdad científica se convierten en materia asimilable aun para los profanos.

Pone en las cuestiones más solemnes, notas viva-

ces de humorismo criollo. Tiene con las constelaciones familiaridades de asiduo visitante; reportea a los astros, con la naturalidad de los viejos periodistas a los personajes ilustres. Cuando su pensamiento se remonta al mundo sideral, se conduce como un verdadero repórter del espacio, que nos informa de las últimas novedades que ocurren en las oficinas de la creación. Y después de atisbar allá arriba la Casa de Gobierno de Dios, desciende a la tierra y se convierte en cronista de la naturaleza campestre, que describe la "vida social" de la montaña y la selva, con relatos sobre las festividades de la primavera; los noviazgos de las flores; el malicioso exhibicionismo de las mariposas, esas *cocottes* del aire; las temporadas líricas en que descollando sobre tiples y sopranos, acredita al zorzal su voz de tenor; y con descripciones de la gran ceremonia nupcial en que el Sol se desposa con la Tierra, bajo la iluminada catedral del firmamento.

En la antigua mitología germánica, el símbolo de la naturaleza era el gran árbol Igdrásil, cuya copa se remontaba al cielo y cuyas ramas cubrían el horizonte. Relacionando esa alegoría con nuestro tema, la intelectualidad de Martín Gil, se presenta en este libro como un ave que ora desciende a picotear la brizna de yerba al pie del tronco, ora se posa en una rama, o revolotea en la cima del árbol inmenso, emblema de la vida.

JOAQUÍN CASTELLANOS.

Buenos Aires, Junio 28 de 1903.

MODOS DE VER

NOCHE DE PERROS

En el mes de Septiembre — hace ya mucho tiempo — llegaba yo y mi sirviente a la estancia "La Choza", del ilustre doctor Bernardo de Irigoyen, munido de una recomendación de dicho hombre de estado para su administrador el señor Zalazar, cordobés como yo y un cumplido caballero, como suelen serlo todos los cordobeses trasplantados, sin que esto quite que los de almáciga también lo sean. Supongo que a nadie le importará saber a qué iba yo a "La Choza", pero si alguien se interesa, por aquello de que todos quieren meterse en lo ajeno, no tengo inconveniente en satisfacer su necesidad: iba yo con el estómago por los suelos, es decir, enfermo de esa víscera *sine qua non;* me faltaba lo que le sobra al avestruz: pepsina, y tenía la esperanza — si es que un enfermo del estómago puede abrigar alguna — de levantarlo en el campo. Fuí, pues, recibido con todas las atenciones por el señor Zalazar.

—El amigo Gil querrá salir a caballo, ¿no es verdad?

—Con mucho gusto, señor.

—Pues entonces le haré ensillar el *malacara* de don Bernardo, su caballo de confianza.

—¡Tanto honor!

Monté en el gran *malacara* — una especie de cilindro envuelto en grasa — tan estúpidamente gordo, que hasta las articulaciones habían perdido la noción de sus funciones. El animal se movía *de una pieza,* así como esos caballos de madera que usan los niños y que tienen clavadas sus cuatro patas en dos balancines de silla-hamaca.

Intentamos galopar, pero en menos tiempo que canta un gallo enano, me encontré tendido de boca sobre un cardal lustroso. Este fenómeno, según Zalazar, se debía a que don Bernardo nunca galopaba, así que el *malacara* había olvidado el mecanismo del galope; por lo tanto se trabó... y lo demás fué por cuenta exclusiva de la ley de gravedad. Hice presente que en tal caballo no podía andar seguro un candidato a la presidencia y volvimos a las casas.

—Venga, amigo Gil, le mostraré algo muy notable, — me dijo Zalazar, señalando una jaula de hierro.

En el primer momento creí ver un par de tigres de Bengala, que se abalanzaban furiosos al mirarme.

—Estos son dos perros de raza mastín — me dijo — traídos de Inglaterra. El doctor los quiere mucho, y son mansos con él; pero ya han hecho pedazos (la ropa por lo menos) a varias personas, y en los días nublados, cuando salen a retozar a los po-

treros, generalmente matan vacas, novillos, ovejas o lo primero que se les presenta: se les prenden del hocico ¡y al suelo! en seguida colmillo a la garganta, y ¡asunto concluído! Eso lo hacen por vía de ejercicio. Ahora los largarán como de costumbre para encerrarlos al anochecer.

Francamente, me hizo muy poca gracia todo este relato, pues un peligro, por más lejano que esté, nunca hace gracia.

—Como usted estará algo fatigado — me dijo Zalazar después de comer — lo acompañaré hasta su cuarto para que se acueste; tendremos que andar unos cincuenta metros; pues le hemos arreglado pieza en la casa del doctor, así que usted y su sirviente serán los únicos habitantes de ella por lo pronto.

Efectivamente, me encontré dueño y señor de un gran caserón, rodeado por un espléndido bosque de eucaliptus. Viéndome instalado el señor Zalazar, dió las buenas noches y se fué. Mi sirviente se acostó en la pieza contigua a la mía y yo me quedé en la galería, no sin sentir un cierto malestar indefinido, producido quizá por encontrarme solo, de noche, en una casa desconocida y vacía, rodeada por un bosque tenebroso y todo esto sumergido en profundo silencio: el silencio del campo.

La atmósfera estaba *pesada,* aunque el barómetro dice que en tal caso está liviana. Una tormenta de primavera formada por espléndidos *cúmulos,* esas nubes blancas nacaradas, de curvas ampulosas y tor-

neadas como alfeñiques gigantes, iba trepando lentamente el horizonte al compás de sus salvas eléctricas: parecía un inmenso acorazado que viniera dispuesto a bombardear al planeta. Así serán probablemente los globos de guerra que usará la humanidad dentro de mil años, pues supongo que nos seguiremos matando hasta esa fecha... pero esto no tiene nada que ver con los perros. A cada instante el rayo, con su espada en zig-zag, atravesaba con furia las entrañas de las nubes, partiéndolas en tajadas luminosas. A los dos o tres segundos llegaba el estampido del trueno, certificando el oído lo que los ojos habían visto.

Luego nomás el bosque principió a dejar sentir ese rumor característico de la llegada del viento, entremezclado con las voces de alarma dada por los animales: el grito de las gaviotas, del teru-teru, de las caseritas y uno que otro pájaro mal instalado en el ramaje; el relinchar de las manadas, el balido de las ovejas que remolineando van a amontonarse en un ángulo del corral con las cabezas bajas, formando con sus cuerpos una mancha blanca e inmóvil, la que el relámpago hace surgir a intervalos de entre las tinieblas.

Cuando principiaron a caer las primeras gotas, esas gotas tibias, grandes como cuentas de cristal, propias de las lluvias primaverales, y el exquisito olor a tierra mojada invadió la atmósfera — perfume debido según Berthélot a un humilde microbio — resolví acostarme para oir llover a mi gusto.

Había dejado la puerta entreabierta y me encontraba sentado en la cama a la luz de una vela y a medio vestir, con una pierna en número cuatro y con ambas manos y mis cinco sentidos puestos sobre un impertinente nudo ciego que había hecho presa en una de mis polainas, esos nudos insolubles que no aflojan ni a diente con saliva, y que por último hay que aplicarles el sistema del gran Alejandro; me hallaba en tal posición, decía, cuando sentí algo así como una de las notas más graves del órgano, y levantando la cabeza vi un perrazo enorme a mi lado en actitud de atacar, brillándole un par de ojos inmóviles y amarillos como dos esterlinas.

No hay duda que en un gran peligro se piensa más cuerdamente que en un percance de poco valor. Al instante me di cuenta de que si me movía quedaba convertido en menudo picadillo; así que permanecí más quieto que un poste, con las dos manos puestas sobre el nudo ciego y los cinco o seis sentidos sobre el mastín. Ignoro qué tiempo pasamos en ese estado, pero algún buen rato debió ser, porque al fin el perro resolvió echarse, pero sin cambiar de sitio ni de visual. Me miraba este bruto con tal insistencia y fijeza, que parecía en éxtasis, haciendo yo, por lo tanto, el papel de visión. Intenté resolver el problema de llegar con la cabeza a las almohadas. Según mis cálculos, en dos horas debía llegar — si el perro no disponía otra cosa — moviéndome a razón de un centímetro por minuto. Iba yo descendiendo la curva con toda felicidad, repartiendo las miradas en-

tre el animal y las almohadas, cuando sonó con estrépito un elástico del colchón. Al mismo tiempo, se puede decir, rujió el perro, levantándose como impulsado por un resorte. Por lo visto, la *ecuación personal* — y dispensen los astrónomos — o el *tiempo fisiológico* de tal bruto, era mínima. Me miró un momento y volvió a echarse gruñendo. Aproveché este acto de generosidad para llegar a las almohadas. Después fuí subiendo las piernas con la mayor cautela imaginable y quedé acostado en forma. Al poco rato, la vela entró en agonía y expiró, entregando su espíritu a la atmósfera.

De vez en cuando un relámpago iluminaba la pieza; entonces tenía la satisfacción de ver en el mismo sitio a mi *fiel* guardián. La situación al fin, iba resultando pasable. Con tal de no dormirme, para evitar ronquidos o cualquier movimiento fuera de programa, estaba salvo. Me dediqué, pues, a pensar en cualquier cosa hasta que amaneciera, pero resultó que se me agotaron todos los temas y el alba no llegaba.

Felizmente, la Luna, cual una monja enclaustrada y curiosa, asomaba a cada instante su cara blanca y redonda por entre las grietas de las nubes en movimiento y los barrotes de una ventana que tenía al frente.

Por fin la Tierra enderezó su lomo, pero recién como a las nueve de la mañana golpeó la puerta una sirviente y me preguntó si deseaba tomar algo.

—Tomaré el portante, — le contesté, — después que saquen este perro.

—¿Qué dice, señor?

—¡Que entre y saque este animal!

—¿Pero se habrán salido los perros? — refunfuñó la mujer, entrando a la pieza. — ¿Y el otro? — dijo.

—¿Qué otro?

—¡El otro perro!

Entonces se oyó una voz como de ultratumba que decía...

—Aquí está desde anoche... haga el servicio...

Era el pobre de mi sirviente que hablaba por entre las mantas y almohadas que se había echado sobre la cara.

BAJANDO AL AGUA

El Sol se ha levantado de muy mal humor, y escala el horizonte haciendo lucir sus flechas de oro, con las que amenaza acribillar la tierra. Sus primeros dardos van dirigidos a las lomas blancas — así como el toro ataca al rojo — pero las lomas se defienden con brillantez, parando el golpe, reflejando los rayos, volviendo la pelota.

El color blanco triunfa del Sol, como el escudo de las jabalinas. Pero las que sufren son las montañas de granito: ellas soportan en silencio las consecuencias de su color y se dejan quemar sin protesta por las puntas de fuego.

Los arroyos apresuran su marcha para llegar pronto a la sombra de los sauces, los que parecen querer protegerlos extendiendo sus millares de brazos flexibles. Las perdices silban corto y poco. Las caseritas u horneros trabajan su bóveda en silencio, sin alborotar con sus dianas cacareadas, en las que una de ellas ejecuta un largo trémolo, y la otra marca el compás con un gritito seco.

No corre una gota de aire; no se mueve una hoja: tendremos un día feroz.

Me voy, si nadie se opone, a ver bajar hacienda al agua. Con un día como este, el espectáculo suele ser muy interesante.

Bien pues: aquí estamos a la sombra de un enorme tala de tronco agrietado y nudoso, copa opulenta y tupida como vellón de oveja Rambouillet en donde se han solazado más de cien generaciones de cachalotes y cotorras bullangueras, tejiendo en él sus nidos ásperos y enormes cual bolsas de espinas. De los gajos más finos penden, como diminutos incensarios, nidos de picaflores, oscilando suavemente, cuando cerca de ellos sus relucientes dueños hacen zumbar las alitas bronceadas.

Al frente, dentro de un marco de barrancas coloradas que recuerdan el dulce de guayaba, está la represa natural, más tranquila que un cadáver, festoneada por una verde cinta de plantas acuáticas y salpicada de copos blancos y espumosos, como aquellos merengues con que se adornaban a las empanadas de a real, dignas de priores y padres guardianes, aunque también solían deleitar, allá para la Pascua, los insaciables estómagos de novicios retozones.

*
* *

Un martín-pescador, de más cabeza y pico que cuerpo, se encuentra inmóvil sobre una rama que emerge del agua. De vez en cuando se arroja como

un hondazo sobre la superficie líquida, y vuelve al mismo sitio, relumbrándole en el pico una mojarra, como astilla de nácar: se la engulle con trabajo, a fuerza de sacudirse y estirar el pescuezo. Y la luz, al caer sobre su plumaje atornasolado y húmedo, resbala alegremente, centelleando con los colores del arco-iris. Debido al choque, la bruñida lámina del agua se riza toda entera, y una infinidad de círculos dilatan más y más sus blandas curvas, con la noble ambición de abarcar el infinito, pero van a romperse o morir, imperceptiblemente, algunos al dar contra la tosca, y los más sin llegar a parte alguna, como las ilusiones.

*
* *

Oyese un tropel con su repique de cencerro, y llega al trote largo una manada: las mulas adelante, espantándose de nada, fingiendo sustos y sobresaltos. Después las yeguas con sus colas bien cerdeadas, sus grandes barrigas lustrosas, y sus potrillos. Atrás de todos, como el bedel, viene el padrillo, agachando la cabeza hasta tocar el suelo y parando la cola que es una viva porra. Pero más atrás todavía, como el trompa de órdenes, viene el burro, miembro desheredado de la familia, sobre quien llueven coces y mordiscos que es una delicia. Camina piano, piano, a una respetable distancia del padrillo, su mortal contricante. Al menor movimiento de éste, nuestro orejudo personaje da media vuelta, presentando la po-

pa al enemeigo; amuja las orejas, agacha la cabeza, esconde la cola entre las piernas, y encogiéndose, larga al aire dos patadas por vía de ensayo o por lo que "potest contingere". El bedel, bien erguido, el cuello arqueado, y brillándole los ojos, lo mira un instante con fijeza, y después sigue a la manada, la que llega al agua en tumulto, hundiéndose con estrépito hasta el pecho, y enterrando los hocicos con avidez, como sanguijuelas hambrientas. Silencio y quietud completa mientras beben. En seguida se enjuagan la boca, saboreándose ruidosamente y principian a chapalear el agua a manotadas; algunas se bañan, y por fin concluyen desfilando hacia la puerta, no sin antes haberse revolcado en el arenal con general contentamiento y rumores de todo género. Se dirigen estornudando al cometierra, el que los espera con sus huecos pulidos y lustrosos a fuerza de lengüeteo.

Se oye un rebuzno formidable, y casi al mismo tiempo retumban dos golpes en las costillas del cantor.

*
* *

Van llegando y bajando las vacas, tranquilamente, a paso que dura, castañeteándoles las uñas partidas. Los terneritos al lado, ñatitos, naricitas húmedas y frescas, grandes ojos negros, largas pestañas y todo el cuerpito brillante y lustroso como un raso.

Después de beber interminablemente, suben apenas el repecho, haciendo estaciones, con el lomo ar-

queado y los vientres inflados, dejando algo más resbaladiza la pendiente. Pasan también al cometierra a tomar el postre, y vuelven en seguida a echarse debajo de los monumentales algarrobos del rodeo, dedicándose a rumiar con tanta calma y cachaza, como un turco fumando opio.

*
* *

Se siente un traqueteo menudo, algo como un torbellino; gajos que se quiebran y piedras que ruedan; balidos, campanillas, estornudos; y aparecen de golpe las cabras, en pequeños grupos, sobre las barrancas, cual soldados tomando por asalto una trinchera. Miran el agua como sorprendidas, mientras los cabritos de todos colores, suben y bajan, corren y brincan, se apiñan y desparraman, como papel picado barrido por un remolino. Por fin descienden todas a un tiempo, y beben atropelladamente, a tragos entrecortados, y desaparecen como llegaron: en un santiamén.

El cabrero — un perro flaco, pero ladrador — las espera echado en la senda. Cuando la majada está reunida, da unas cuantas vueltas a su alrededodr, con el propósito de hacer entrar en vereda a cualquier cabra rebelde, e inicia el rumbo que deben seguir, ladrando y avanzando al galope. Y lo siguen, desde el chivato moro de cuernos torneados, barba ahumada y fragante, hasta la última cabrillona coqueta, más blanca y crespa que una diamela. Y mar-

chan y marchan, al parecer sin derrotero, y a la desbandada, para caer luego, como una tromba, sobre el maizal del vecino.

*
* *

Ahora vienen los bueyes: paso al gran motor argentino, a la fuerza viva de nuestro progreso; al héroe de nuestras pampas y montañas; al trabajador silencioso, infatigable y sobrio, que con su paso lento pero enérgico, abre el surco rasgando la tierra e inunda a la Europa con los granos de oro.

Van llegando lentamente, con aire marcial, con cierta indolencia olímpica de emperador romano. Las cabezas se les balancean al compás de su andar ritmado; sus grandes astas pulidas en su base por el roce de la coyunda, representan, sin metáfora, nuestro cuerno de la abundancia. En sus grandes costillares y paletas, se puede pasar revista a todas las marcas de la pedanía: son tableros ambulantes, repletos de jeroglíficos indescifrables, algo así como carteles chinescos de figuras estrambóticas, que de todo pueden hablar menos de nuestra cultura.

Llegan al agua y beben más que una locomotora, retirándose al fin, con sus barriles rebalsando.

En la senda, y envuelto por una nube de tierra que él mismo levanta, los espera un torito criollo, más compadre que un cantor de pulpería: brama como un tigre, encorvando el lomo como para agrandarse; la cabeza gacha, mirando de reojo a

los bueyes, como queriendo decirle: ¡arrímense, máulas! Pero los bueyes pasan sin mirarlo siquiera, y el compadrito se imagina que le tienen miedo. Así hay mucha gente sin ser animales.

El calor arrecia que es un primor, y la represa queda desierta.

Toda la hacienda ha bebido, pero no se moverá de la sombra hasta que refresque.

Se respira un aire de fuego, asfixiante. Los pájaros están escondidos en lo más espero del ramaje, acezando con los picos abiertos y las alas caídas, latiéndoles su gargantitas esponjadas como borlas.

Unicamente la paloma torcaz deja sentir su canto monótono.

Aprovechando el momento de calma chicha, comienzan a salir las iguanas, casi arrastrándose con sus patas chuecas y regordidas: se dirigen a la represa, deteniéndose de trecho en trecho, para explorar el camino con sus caras de idiotas. Después de beber y bañarse, fustigando el agua con sus colas de látigo, vanse a comer piquillín o fruta de tala y buscar nidos de perdíz en los pajonales. En la tierra suelta, una raya sin ondulaciones indica su paso.

Declina el Sol, dando un salto mortal por sobre las montañas, y rasgando al pasar algunas nubes que se le atraviesan en el camino, así como en el circo, la linda rubia saltarina ecuestre, de faz risueña y cuerpo aprisionado en malla rosa, perfora

el disco de papel pintado que el payaso le opone diestramente.

Los conos azulados de las sierras se destacan de relieve en un gran fondo de luz anaranjada. Millares de chicharras hacen vibrar los montes con su canto estridente. Oyese el balido lejano de las majadas que llegan al corral, y el grito agudo de la mujer que las arrea.

Después, la luz comienza a agonizar, y la sombra y el silencio invaden lentamente. Sopla una leve brisa. Las flores de la noche, como temerosas de ser vistas, abren con sigilo sus pétalos sedosos, y la atmósfera se carga de perfumes; los grillos principian a templar su cuerdita chillona; las ranas modulan en coro sus salmos plañideros; a lo lejos se oye el llanto cristalino de los manantiales, y en todas direcciones, cual estrellas fugaces, se ven cruzar los *tucos* y luciérnagas con sus verdes linternas.

1902.

SOBRE EL RASTRO

Creo que para mi relato, no es del todo indispensable hacer saber al lector que ño Cecilio era el paisano más hediondo a chivato que he conocido en mi vida. Todo su cuerpo estaba penetrado de ese tufo acre y picante que despiden los corrales de cabras después que llueve y abre el sol. Pero pasemos por alto el olor del buen paisano.

Serían las dos de la mañana cuando nos recordamos sobresaltados por las sacudidas que alguien nos daba.

—¡Niños! niños! levanten! vengan! oigan!

Al mismo tiempo un fortísimo olor a chivato invadió la habitación. Crujieron dos viejos catres de lona y mi primo y yo salimos casi juntos al patio, tambaleándonos, medio dormidos.

—¿Qué hay, ño Cecilio?

—¡El león en el potrerillo! — dijo en voz baja y trémula. — Cállense y atiendan — añadió.

Contuvimos la respiración, y abriendo boca y ojos, escuchamos.

A esa hora reinaba una quietud imponente. Una brisa suavísima rizaba apenas al follaje de los enormes nogales que rodeaban la casa, produciendo cierto susurro imperceptible. La naturaleza toda cantaba su gran romanza sin palabras: la canción del silencio. De pronto hacia el lado del potrerillo se oyó un furioso resoplido, tropel y relinchos entrecortados, mezclándose a todo esto el tañido de un cencerro.

—Ese bufido es de la mula castaña — dijo ño Cecilio — y cuando esa bufa, no es de vicio: a la fija que anda el león!

Para estos casos u otros parecidos, acostumbrábamos tener un par de caballos atados a soga, así que ño Cecilio tardó menos en ensillarlos que nosotros en vestirnos. Los perros, maliciando de lo que se trataba, habían rodeado a los caballos, y cuando fuímos a montar, acompañados de la vieja carabina leonera, nos recibieron con una algazara infernal: saltos, ladridos, aullidos, bostezos, chicoteo de colas, palmoteo de orejas y estruendo de narices, al parecer obstruídas. Dimos el silbido de ordenanza para animar a la jauría, y nos dirigimos al potrerillo. Ño Cecilio se nos incorporó jineteando en pelo, el petizo zaino bichoco, al que había encontrado en la huerta comiendo duraznos.

Al llegar a la primera quebrada, percibimos un fuerte olor a menta y poléo, de lo que se deducía que por allí debió andar disparando la manada un momento antes. Y efectivamente, detrás de un ta-

iar, encontramos la manada del *moro,* en actitud expectante: silenciosa, amontonada, apiñada como un racimo, del cual se destacaban, como puntas de lanzas, innumerables orejas. Los pobres animales nos miraban de cierto modo extraño; parecían querer decirnos que algo grave ocurría muy cerca de allí. Solamente la mula castaña, inquieta y nerviosa trotaba en todas direcciones, resoplando por su nariz elástica, y parando las orejas como cartuchos peludos. No habríamos andado cinco minutos, cuando los perros comenzaron a saltar y remolinear, con el hocico pegado al suelo, hasta que concluyeron por amontonarse debajo de un algarrobo.

—Allí debe de estar la presa — dijo ño Cecilio.

Y los tres llegamos juntos hasta el árbol, apeándonos de un salto.

—Velai la potranca *rosía,* — dijo el paisano, agachándose hasta tocar el bulto que rodeaban los perros. — ¡Pucha, digo! ¡tan luego a la *rosía!* ¿Por qué más bien no le habrá metido uña a la *gatiaita* lunanca?

El pobre hombre parecía ignorar que muchas veces la fealdad es el mejor baluarte.

El cadáver estaba aún caliente, y presentaba varios tajos profundos que corrían desde las primeras costillas hasta el anca. Pero a todo esto los perros, después de examinar rápidamente el caso concreto, habían desaparecido. Indudablemente seguían el rastro del león, el cual al sentirnos, debió abandonar la presa. Montamos, y sin movernos del sitio

en que estábamos, con la boca seca de emoción y las manos húmedas y frías, esperamos el primer anuncio.

La mula castaña seguía bufando.

Un ladrido corto y seco llegó a nuestros oídos; después, una pausa; en seguida otro, y otro más... y ladraba toda la jauría.

—Doy la doble contra *sencío* — dijo ño Cecilio — a que van y lo empacan en el monte de quebrachos. — Y nos dirigimos hacia donde se iniciaba el ataque.

Los ladridos continuaban, pero cada vez más lejos. Había momentos de silencio completo, para después estallar un clamoreo indescriptible. El león, siguiendo su táctica, peleaba en retirada, engañando al enemigo con sus saltos y gambetas. El monte íbase volviendo cada vez más inaccesible. Había que hacer prodigios de esgrima con el cabo del talero para rechazar el ataque constante y tenaz del *garabato,* ese arbusto de espina acerada y corva como uña felina, enemigo irreconciliable de la ropa y de la piel. Por fin no pudiendo avanzar más, aseguramos los caballos y marchamos a pié.

Los ladridos se oían en un solo punto y su intensidad no variaba; el enemigo, por lo tanto, estaba empacado y no muy lejos de nosotros.

En ese momento las estrellas comenzaban a palidecer. Un suave resplandor amarillo-mate vislumbrábase al Este: venía el alba. La aurora, con sus dedos de nácar, principiaba a ejecutar su gran pre-

ludio en notas de luz. Arriba del horizonte, en lo alto, semejando una bandada de garzas rosas, flotaban en hilera algunos *cirrus*.

Habíamos llegado hasta muy cerca de un matorral impenetrable, en donde se sentía hervir el enjambre de perros. Teníamos que hablar a gritos para entendernos ¡de tal manera vociferaban estos bárbaros! Nos arrastramos, se puede decir, unos cuantos metros más, y por entre el tupido matorral alcanzamos a distinguir los perros que, alrededor de un gran tronco de quebracho, se revolvían furiosos, ladrando en completo disconcierto, con sus ojos fijos hacia arriba y sus largas y ondulantes lenguas desplegadas. Algunos permanecían echados e inmóviles como en éxtasis, con los ojos llorosos y la boca abierta de par en par, acezando desesperadamente; otros llegaban hasta nosotros a toda prisa, y meneando la cola, nos largaban un lengüetazo, volviendo en seguida a sus puestos. La espesura del monte nos impedía ver lo que había en el árbol.

Nos aproximamos todo lo posible hasta quedar debajo mismo del quebracho, y ño Cecilio, atando con su *arreador* los gajos que nos impedían ver, tiró con todas sus fuerzas, que no eran pocas. Entonces pudimos contemplar un hermoso cuadro: arriba, en un gajo más bien delgado del enorme quebracho, se balanceaba suavemente un espléndido *puma*, el león de nuestras sierras. Su cuerpo elástico y de elegantes curvas, se destacaba soberbio

en el fondo brillante y puro de un cielo azul. Su piel bronceada y lustrosa, reverberaba a los primeros rayos de un sol naciente. Parecía estar completamente tranquilo: miraba a los perros como a verdaderos *perros,* con olímpico desprecio. En su cara redonda y sin expresión, fulguraban dos grandes ojos anaranjados y cristalinos como discos de ámbar. ¿Cuánto hubiera dado un aficionado a la fotografía por encontrarse allí con su máquina?

El cuadro valía la pena, indudablemente. Pero ño Cecilio entendía muy poco de estética, y casi de mal modo nos dijo:

—¡Ideái! ¿Qué hacen que no le meten? Hasta qué hora queren que esté cinchando?

Cuando sonaron los dos *tic* de la carabina al ser montada y mi primo apuntó, callaron de golpe todos los perros, escondieron sus lenguas y quedaron inmóviles. La espectativa era solemne. Habíamos convenido en herirlo levemente para no dejarlo indefenso. — ¡A las patas de atrás! — dijo el tirador, y un estampido de carabina rémington repercutió de quebrada en quebrada.

Cuando con nuestros sombreros hubimos disipado la nube de humo que nos envolvía, pudimos ver al león abrazado al mismo gajo en donde un momento antes estuviera de pié. Pero la situación era insostenible, porque todo su cuerpo pendía y oscilaba, y por más gruesos que fueran sus puños, no podía resistir mucho tiempo. El pobre animal miraba en todas direcciones buscando dónde lar-

garse sin caer sobre algún enemigo. Por fin se desplomó, quebrando gajos y apretando perros. En el primer momento no vimos más que un enorme ovillo o madeja móvil, compuesto de patas, colas, cabezas y bocas dentadas. Una gritería infernal llenaba los aires.

Nos aproximamos, y no sin trabajo pudimos distinguir a la víctima que, tirada de espaldas, y prendida con uñas y dientes, formaba el núcleo central del gran pelotón vivo. El león al vernos, debió hacer un esfuerzo supremo, porque de pronto el ovillo se dilató, abriéndose como una ola; los perros remolinearon, y surgió el león hecho un arco, todo erizado como un cepillo enorme, echando chispas por sus ojos.

—¡Ese es gaucho y medio! — dijo ño Cecilio— ¡Oiganlé a esa maula!

El león ocupaba el centro de un gran círculo camino. Entre la jauría había un perro notable por su valor, fuerza y destreza; lo que sí, necesitaba ser animado.

Entonces, tocándole el lomo, dímosle la orden de ataque — ¡vamos, ñato! — y se arrojó ciego sobre el felino. Este lo recibió con sus grandes garras abiertas como un par de rosas siniestras, las que fueron a incrustarse en los flancos del perro: pero las mandíbulas del *ñato,* haciendo las veces de tenazas dentadas, oprimían la garganta del enemigo con mortal insistencia.

El ejemplo es contagioso; todos los perros ata-

caron resueltamente, y en algunos minutos de lucha encarnizada y feroz, el terror de manadas y majadas, el gran dañino, la pesadilla de esa pobre gente que se mira como en un espejo en sus cuatro potrillos y sus cabras, entregó su vida, combatiendo como un héroe.

La luz de un sol radiante se derramaba a torrentes sobre montes y quebradas. Las lomas de talco brillaban alegremente, como odaliscas cubiertas de lentejuelas: parecía que ardían. Las majadas de cabras recién libertadas del corral, trepaban las alturas casi al trote, desparramándose por las laderas como puñados de confites, mientras que arriba, en el espacio sin límites, algunos cóndores con sus grandes alas extendidas y rígidas, dibujaban majestuosamente interminables espirales, buscando quizá, como al descuido, con sus sangrientas pupilas, el tierno cadáver de la potranca rosilla.

DIALOGO NOCTURNO

A mi amigo, el genial artista Cárlos García Tolsa.

El crepúsculo se extinguió lentamente como la vaga mirada de un moribundo, y tras de él, siguiendo sus pasos, pero sin apresurarse, llegó la Noche, fresca, melancólica y sonriente, como viuda joven que abriga esperanzas.

Llegó, y abriendo poco a poco sobre la Pampa inmensa, su hermosa sombrilla salpicada de luces, quedó pensativa.

Los escasos ruidos y murmullos fuéronse amortiguando hasta desaparecer completamente.

Entonces la Noche, con su mano impalpable, acarició las yerbas y pastos floridos, y estos en su obsequio abrieron sus pomitos de finas esencias.

La Pampa sonrió y dijo:

—¡Salud, querida Noche! Al fin llegaste con tu quitasol! Te has hecho esperar demasiado; eso no está bien.

—Imposible venir antes—replicó la Noche.

—Ya lo sé, es una broma. Pero mira que hoy, ese rubio guarango y majadero, tu enemigo mortal, el Sol, casi me ha incendiado con su mirada. Figúrate que a medio día se plantó el muy ordinario sobre mi cabeza chata, y no hubo quien lo hiciera retirar. ¡Cómo si algo se le debiera!

—Y ya lo creo que le debes!—dijo la Noche.

—¿Yo? No faltaría más! Pues qué le debo?

—Nada menos que tu fecundación anual.

—Hazme el favor de no hablar disparates, mira que pueden oírte.

—Estamos solas—dijo la Noche.

—¿Y la Luna?

—Oh! esa vendrá recién al amanecer, cuando yo me haya marchado. Y después, aunque estuviera a nuestro lado, no habría ningún peligro. ¿No sabes acaso que la Luna es una vieja chocha, sorda tapia, porque le falta el tímpano? Pobre vieja! Si no fuera que el Sol la ha tomado de reverbero y de espía a la vez, no serviría para nada. Ya sabes que esa bruja blanca es mi espía y la que alborota constantemente a ese inocentón del mar, tan grandote y tan simple, tan ciego y atropellado. Cuándo dejará de ser el juguete de esa vieja presumida! Si supiera que es una tarasca, remendada y picoteada; muy blanca, es cierto, pero a fuerza de vidriado y de cosméticos, como las mujeres de hoy: unas verdaderas camelias... hasta la garganta. Además, es tuerta y reumática. Ah! te advierto que no hay como los tuertos para espías. El reuma le

atacó la cintura: no puede girar fácilmente. Recién cuando ha completado su ronda mensual, concluye de darse vuelta. Pero en ese momento se le achicharra el ojo completamente, y queda ciega por dos días más o menos. Uff!! es un cascajo, un verdadero cascajo!

—Ya veo que no andas muy en armonía con Selene—dijo la Pampa.—¿Quieres que te hable con franqueza? Me parece que tu antipatía para con ella, se debe a que su presencia aminora el esplendor de tus joyas.

—Así será, pero és una observación muy pueril, esa tuya—dijo la Noche.—Pues ¿quién es la vieja Selene ni el mismo rubio Apolo para contrarrestarme? Tú no me conoces, querida Pampa; ya se ve, no me conoces. Pues debes saber que yo soy la reina absoluta del espacio; todo él me pertenece. Eso que tú llamas con tanto garbo el día esplendoroso, etc., es algo muy limitado: para mí vale tanto como el resplandor de un fósforo. Si tú pudieras remontarte un poco y atravesar la mayor parte de la atmósfera, llegando siquiera a la región por donde cruzan las estrellas fugaces, te encontrarías en tinieblas a las 12 del día, con el Sol sobre tu cabeza. Es que más arriba estoy yo con mi sombrilla y mis joyas, acompañada por mis dos hermanos, el Silencio y la Serenidad. El espacio es un mar insondable y tenebroso, inmóvil y absolutamente frío. El frío absoluto, el cero absoluto, ¿comprendes?

—Pues yo, con mis hermanos—prosiguió la Noche—llenamos ese mar, lo abarcamos, lo saturamos y en él flotamos eternamente. Esas luces que ves destacarse en el fondo de mi sombrilla y que tanto te agradan, pertenecen a los barcos que navegan en el inmenso mar. Se mueven en todas direcciones, trazando curvas gigantescas, aunque parezcan *fijos*. Todo es cuestión de tiempo. Algunos se acercan a tu pequeño esquife, la Tierra, otros se retiran, los que, con el infinito rodar de los siglos, irán desapareciendo lentamente hasta perderse para siempre en la inmensidad.

—No sé porqué estas cosas me entristecen —dijo la Pampa.

—La poesía del misterio es siempre triste —replicó la Noche, pestañando ligeramente.

—Como tú ves, todos esos navíos llevan faros espléndidos, pero a mí no me ahuyentan con su luz—dijo la Noche.—¿Conoces aquel lindísimo acorazado que va allí?—agregó, señalando a Sirio.—Pues ese buque lleva un foco en su palo mayor, completamente superior al de nuestro Sol, el rubicundo Febo, mi gran enemigo, al decir de tí. ¿Y qué me hace, vamos a ver?

—Y aquel faro de 2º orden—dijo la Pampa—que no siempre alumbra con igual intensidad y que parece como si de cuando en cuando se le acabara el aceite.

—¿Dónde?—dijo la Noche.

—Allí al Norte, en el Perseo, pasando las Pléyades.

—Ah! Es el buque Algol, *beta* del Perseo. La luz de ese buque es variable, intermitente. Sin embargo, oscila metódicamente. En un período que no alcanza a cuatro horas, casi se apaga durante veinte minutos, en seguida reacciona, volviendo de su desmayo en tres horas y media, para conservarse así durante dos días y pico.

—¿Y eso qué significa?—dijo la Pampa con curiosidad.

—Existen al respecto varias hipótesis. Se conocen muchos faros de esa clase, pero su luz es de un valor muy insignificante. Los más nombrados son, Algol, que acabas de ver, *eta* de Argos, tan celebrada por Juan Herschel, y Mira - Ceti.

—Esto es muy raro—dijo la Pampa.—Se me ocurre que esos buques deben andar averiados y muy cerca de naufragar.

—En mi mar no hay naufragios—dijo la Noche—porque no tiene fondo ni superficie; no hay arriba ni abajo, nada cae ni sube: se anda siempre. Pero no estás descaminada, porque para mí, un buque de esos ha naufragado cuando su faro se ha extinguido. Entonces quedan convertidos en unos verdaderos monstruos negros, especie de tiburones carboneros. En tal caso, mi sombrilla ha perdido una joya.

—No,—replicó la Pampa,—se ha transformado en un brillante negro.

—Está buena la salida, pero te confieso que a pesar de la costumbre, me aterra el ver andar en las tinieblas esos buques negros, helados, sin vida: son mis fantasmas, mis negros espectros. Cuando los veo venir hacia mí, se me hiela el cuerpo.

—Y a mí también me está dando miedo—dijo la Pampa.—Hablemos de otra cosa.

—Y sabes cuántos faros se vislumbran? Oh! millones y millones! Todos esos faros pertenecen a buques jefes, y seguramente cada uno de ellos marchan rodeado de su flota, como el Sol con sus ocho cruceros y sus destróyers.

—¿Y a dónde se dirigen todas esas flotas?—preguntó la Pampa con voz trémula.

—Es triste decirlo! sobre el particular no se sabe nada; no se conoce el puerto, no hay rumbo; se camina a ciegas en medio de la obscuridad y del silencio. Pero de todos modos no vale la pena inquietarse, pues nada se remediaría. La Tierra es un pequeño navío que lleva sobre cubierta más de 1500 millones de prisioneros. Estos millones de hombres no saben ni de dónde vienen, ni a dónde van, ni en dónde están. Ellos no pueden influír ni en la dirección ni en la velocidad del navío que los conduce, y sin embargo ¡los oyeras hablar de libertad!

—La dirección que llevamos si se conoce—replicó la Pampa—seis ilustres pasajeros o prisioneros, como tú dices, la han determinado independientemente, discrepando muy poco en el rumbo.

—Aplaudo a esos valientes prisioneros — dijo la Noche—pero ¿qué sacarás con saber que el Sol los lleva hacia la constelación de Hércules o La Lira? La distancia que los separa es todavía tan inmensa, que sería menester una eternidad para llegar, es decir, cuando la Tierra esté convertida en un cascajo como Selene. Y suponiendo que alguna vez llegasen y preguntaran a sus vecinas, La Lira y el Boyero, por el Sr. Hércules, de seguro que les contestarían: Ya no vive aquí; hace quinientos siglos que se mudó con toda la familia, y nosotros también nos vamos, si se le ofrece algo.

—Aquello de que no sacarán nada los prisioneros de la Tierra con saber el rumbo que llevan, francamente me parece que es indigno de tí, querida Noche—dijo la Pampa.—Esa observación quedaría bien en boca de un cananéo vulgar o de un imbécil arrogante, de esos que hacen un culto del tanto por ciento, de la patada y del box, pero no en tí.

—Pues retiro mi observación—dijo la Noche algo cortada—y sigamos adelante. Es menester convencerse, querida Pampa, que en el espacio vale tanto andar como estar inmóvil, pues no se llega a ninguna parte.

—Pero esto es proclamar el nirvana—dijo la Pampa abanicándose con agitación (aunque no encuentro con qué hacerla abanicar).—Es matar toda ilusión, toda esperanza. ¡Esto acobarda, deprime, anonada, mata!

—Hay verdades dulces y amargas—dijo la Noche saboreándose.—Las dulces, alimentan como el azúcar, las amargas tonifican como la quina. Pero la mentira, por más dulce que sea, no alimenta jamás: es como la sacarina, de un dulzor relajante y falso.

—Sin embargo, me quedo con lo dulce aunque me salgan lombrices—replicó la Pampa.

—Eso no pasa de una dulcísima imbecilidad, querida Pampa. Pues ¿por qué temes reconocer la verdad? Se debe estar siempre dispuesto a recibirla, venga de donde viniere: eso se llama ser libre. Pero veo que nos vamos metiendo en honduras y el día se aproxima. Mira, Pampa desabrida: no temas por la suerte de tu buque ni por la de los otros, pues casualmente el hecho de no poder ser dirigidos por sus tripulantes, es su mayor garantía. Deja que la gran flota universal hienda el espacio con sus quillas esféricas, y que sus velas invisibles se inflen al viento de lo desconocido; estudia si puedes, las leyes que rigen sus grandiosas trayectorias; goza con el esplendor de sus luces polícromas cuando centelleen en mi negra sombrilla, pero no te inquietes por su suerte, que el viento que la impulsa es el soplo misterioso de lo incognocible.

Esto diciendo, comenzó a plegar tranquilamente su sombrilla, porque notó que hacia el lado del oriente, alguien se le desteñía.

—Allá viene la vieja tuerta, precediendo al Sol—dijo la Noche.—Me voy para el otro lado. Andan-

do me bañaré un buen rato en el Pacífico y veremos lo que hacen en Australia y en el Asia—y se esfumó.

El alba triunfó; y entre las nubes rosas que anunciaban el día, la Luna se desvaneció como un fragmento de hostia en los labios de una virgen.

PRIMAVERAL

No ha mucho que el Sol se despidió del hemisferio Norte, después de haber andado de ronda durante seis meses por sus dilatados dominios, derritiendo nieves y montañas de hielo, es decir, poniendo en libertad al agua que el frío aprisionó en blanca celda; desencadenando trombas y ciclones, dorando espigas y racimos, azucarando frutas, incendiando corazones, infundiendo vida, movimiento y brillo; en una palabra: haciendo vibrar armoniosamente a la naturaleza toda, cual un instrumento de mil sonoras cuerdas. Con su disco de fuego, cortó al ecuador celeste sobre la constelación de la Virgen, actual puerta de escape por donde sale de sus posesiones boreales y entra a las australes, suyas también. Sin embargo, estas puertas van cambiando lentamente con los siglos.

Su llegada no tomó de sorpresa a las plantas, pájaros e insectos: lo sintieron venir y se apresuraron a vestirse de gala para festejar su arribo.

Pero antes de que la aurora llegue en su rosado

carro tirado por blancos caballos, contemplemos la noche que todavía reina sobre su trono de ébano.

Son las tres de la mañana. Las montañas dormitan agrupadas e inmóviles como enormes dromedarios. Se experimenta esa sensación indefinida originada por el silencio en las regiones montañosas. De vez en cuando, una oleada suavísima de aire, trae envuelto en sus pliegues algo así como un leve suspiro del arroyo lejano. Es la sonrisa del agua. La cinta cristalina, al deslizarse serpenteando en la oscuridad de la noche, se despide así, casi en secreto, de una piedra amiga o de una flor protegida. ¿Volverá a verlas o tocarlas? Quizá, si en su viaje no la traga al arenal o al Sol se le ocurre levantarla con sus rayos, convirtiéndola en blanca nube. Entonces podrá contemplar de nuevo sus montañas queridas, cerniéndose en lo alto. Pero no tardará mucho en volver a su estado de serpiente y comenzar de nuevo su peregrinación eterna, porque el agua de las montañas jamás se detiene ni descansa: es como el pensamiento, anda, anda siempre, en busca de su nivel, la verdad.

A esta hora las estrellas parecen afiebradas, ¡de tal manera laten sus corazones de diamante! Su agitación es inusitada; algún peligro las amenaza. ¿Será que presienten su derrota con la llegada del Sol?

El alba se inicia con cierto resplandor suavísimo de nácar azulino. El cielo estrellado, cual una hermosa visión, comienza a desvanecerse lentamente

en un mar traslucido y sereno. Hacia el levante, el color de nácar poco a poco se vuelve anaranjado; las nubes más altas se tiñen de rosa, después se doran, se platean, se inundan de luz. La alegría de la vida crece y se esparce con rapidez. Los pájaros cantan prometiéndonos un hermoso día.

Mirad al Este: un gran manojo de lucientes espadas, anchas y filosas, rasgan las nubes con salvaje energía: son los sables de la caballería del Sol, que a sangre y fuego vienen abriendo paso a su gran emperador. Entonces se descubren las montañas azules, semiesfumadas por la niebla, la que al verse sorprendida por la luz, asciende lentamente, envolviendo al pasar, con sus jirones de blanca gasa, los árboles y picos de la sierra.

Las lomas vestidas de oro por el espinillo en flor, brillan como de seda, perfumando el aire.

Oyese la carcajada cromática de la *chuña* silvestre, que empinada hacia arriba, mirando al cielo, saluda gozosa al nuevo día. Los zorzales de pico rojo o amarillo, posados sobre lo más alto de los sauces, silban con entusiasmo sus canciones montaraces; parece que dijeran: "¡Viva el Sol! Pronto las higueras se cubrirán del fruto renegrido para enterrar nuestros picos hasta los ojos en su pulpa granulada y roja". Las verdes cotorras, que en medio de una charla infernal van tejiendo sus nidos ásperos y enormes, les contestan: "nosotros esperamos las manzanas vidriadas, las peras fragantes y los choclos tiernos". "Nosotros las flores al-

mibaradas" dicen los picaflores, zumbando y brillando en todas direcciones.

En los rastrojos, donde el color amarillo de la caña del maíz lucha todavía con el verde naciente, relampaguea de vez en cuando la reja del arado. ¡Surco! grita el arador, con dulce y viril acento, infundiendo ánimo a los bueyes. La yunta se estira con el esfuerzo, levantando algo las cabezas oprimidas por el yugo; rechinan sus muelas poderosas, brillan al sol sus húmedos hocicos, cruje la tierra, y el arado marcha. Siguiendo el tajo fragante, van los tordos en procura de los gusanos que la reja ha puesto en descubierto. Por cualquier motivo, estos pájaros nerviosos vuelan en bandada, pero después de teñir el cielo azul de un negro brochazo, caen de nuevo sobre la chacra, describiendo en los aires una ondeante curva, cual obscuro y lustroso abanico. También hormiguean millares de palomitas hambrientas, las que al volar producen un fuerte redoble: *¡prrrrr!*

En los bajos o pequeñas quebradas, sonríen las huertas, exhalando un fresco hálito; parecen salones de baile en donde predomina la nota rosa del durazno en flor y el blanco purísimo de los membrillales.

En el suelo, los canteros de verdura invitan a una ensalada matinal; la humilde acequia, huérfana del arroyo murmurador, corre silenciosa por entre violetas y botones de oro, hasta dar con el pequeño bordo de tierra que el quintero ha prepara-

do para desviarla; llega y se detiene como sorprendida, mira los piés del hombre que la espera inmóvil con la pala en la mano; remolinea indecisa; parece disgustada, más en seguida obedece y entra al cantero, recogiendo al pasar, con el mayor cuidado, toda la basura liviana que encuentra en el camino, cual prolija y discreta sirvienta.

Arriba, en las lomas, entre las grietas de las piedras o sobre las pencas enanas, brilla la tela de araña, en forma de embudo o tromba marina. Mil gotitas de rocío tiemblan pendientes de su malla tenue, mientras que su dueña, la incansable hilandera, trabaja afanosa quizá cantando como Margarita, al compás de las vueltas del huso.

En las casas, a medio día, las gallinas se desgranan poniendo. El cacaréo es general, y a los gallos les falta el tiempo materialmente para contestar a tanto aviso simultáneo de huevos recién puestos. ¡Cacacacaráa! se oye a todos rumbos. ¡Córóo! dicen los gallos, escarbando en la basura, mientras las nidadas blanquean en todas partes: dentro del horno, en las barricas y en los yuyales.

Los pavos parecen que ya revientan de tanto inflarse: la cara azul-violácea, granate el cuello y garganta, de donde cuelgan racimos de guindas maduras. Erizados y rígidos, avanzan unos cuantos pasos detrás de las pavas con toda solemnidad, produciendo cierto ruido de papel arrastrado, y al detenerse, óyese un lejano estampido de cañón;

mientras tanto, las pavas, como si les hablaran en latín.

Se oye el jadeo anhelante del pato criollo retacón, que camina a duras penas, como esos viejos reumáticos y obesos de rostro amoratado. Todo su pescuezo se mueve de una pieza, oscilando con fuerza al compás del jadeo, como una palanca en forma de S. Las *patas* adelante, ni más ni menos como las pavas.

Las gallinetas o pintadas, con sus trajes grises salpicados de blanco y sus caritas almidonadas como payasos de circo, nos gritan con afán que toquemos no sé qué—*¡tocá, tocá...!*

A la caída de la tarde, los tordos se reunen en bandadas para dormir. Mientras se acomodan, cantan o rezan—no estoy seguro—sus oraciones vespertinas. Es un desconcierto delicioso: no siguen ninguna melodía; cada cual tararea como puede su *leit-motiv,* pero el conjunto es algo inimitable y exótico: muchas cajas de música o cilindros tocando simultáneamente, darían una idea aproximada.

Comienzan a pasar las bandadas de loros en dirección a sus dormideros. Desde muy lejos se les oye venir discutiendo en alta voz como colegiales en marcha.

Algún buitre retardado pasa también, pero en silencio, cortando el aire con sus dos guadañas empavonadas.

El blanco plateado de las nubes, se disuelve en

oro, el oro en rosa, el rosa en sangre, triunfando por fin el color plomo.

Ha llegado la noche. En las huertas y los bajos húmedos, se percibe un enorme parpadeo luminoso: son las luciérnagas con su luz oscilante. Al poniente, en el cielo azul-obscuro, cual un fino colmillo de jabalí, está la luna nueva. Las ranas le cantan en coro...

PATO HEDIONDO

Un cazador de ocasión, observador y filósofo por temperamento, de espíritu analítico y sagaz, a quien yo mucho quería, mató en sus andanzas cinegéticas, uno de esos patos negros, de cuerpo aplastado y cabeza de víbora, que suelen verse como pegados en las grandes piedras de nuestros arroyos y a los que nadie molesta por ser "pato hediondo".

Cuando nuestro hombre llegó con su pato a la linda casa donde se hospedaba, fué recibido con ruidosa hilaridad; la gente reía a carcajadas; alguien disculpaba el error del cazador, pero las mujeres, sobre todo, se apretaban la nariz y mirábanse a los lados, como dispuestas a huir.

—¡Puff, el pato hediondo!

—¡Solamente a Vd. se le puede ocurrir matar un pato hediondo!

—¡Dios mío, qué disparate!

—¿Y para qué lo trae?

—Para que lo comamos en el almuerzo—dijo el cazador.

Todas las manos se dirigieron hacia él, y una exclamación, mezcla de terror y asco, hizo vibrar el aire.

—Pero, díganme con calma, señoras y señores ¿han probado alguna vez un pato hediondo?

—¿Nosotros? ¡Sólo que estuviéramos locas de remate!

—¿Y ustedes, caballeros?

—¡No, hombre! cómo quiere...!

—Pues entonces probémoslo, y en un último caso que me lo preparen para mí; experimentaremos, —dijo el cazador.

La cocinera se apoderó del pato.

Cuando en medio del almuerzo apareció la sirvienta con el pobre animal tendido de lomo sobre una gran fuente de porcelana floreada, engalanado con brillante lechuga, discos de tomates rojos y redondelas de huevos; las canillas tiesas y envueltas en papel picado, parodiando calzones; el pescuezo en forma de interrogante y las alas contraídas y rígidas, un profundo silencio reinó en el comedor. Sin embargo, en todas las caras relampagueaban risas ocultas, comprimidas, prontas a estallar como bombas al primer contacto.

—Vamos a ver, traigan para aquí ese animal!—dijo el interesado—haciendo crugir el trinchante contra la chaira.

—Quién se anime a comer esto, que avise—agre-

gó, y la hoja reluciente del cuchillo se hundió silenciosa en el cuerpo del pato, buscando con afán sus coyunturas.

—La verdad es que no se siente ningún mal olor —replicó la señora dueña de casa, con cierta indecisión, pero alcanzando el plato para que le sirvieran.

Sea por imitación o por lo que se quiera, el hecho es que todos siguieron el ejemplo de la valiente dama y probaron el pato.

—¡Delicioso!—exclamó la señora, en plena lucha con un muslo.

—¡Espléndido! ¡Riquísimo!—dijeron todos en coro.

—Pero ¿quién habrá sido el bruto que se le ocurrió llamarle pato hediondo?—refunfuñó el viejo abuelo, chupeteando una ala con fruición, y haciendo chasquir su labio caído y embadurnado de aceite.

—¡Vean no más las consecuencias de un prejuicio!—dijo.—Si no hubiera sido ese animal, y no me refiero al pato, no sería yo quien viene a probar esta delicia allá a los setenta años, cuando un estornudo es capaz de hacerme volar los pocos dientes que en mi boca bailan la danza macabra. ¡Ah, los prejuicios!—prosiguió el abuelo, meneando la cabeza y haciendo correr por sus labios el ala del pato a estilo de flauta.

—Los prejuicios, con todas sus variaciones y corolarios—agregó un comensal—han hecho y hacen más daño a la humanidad que todas las tira-

nías. Ellos envuelven al hombre en una malla casi imperceptible, pero tan resistente, que imposibilitan todo movimiento, todo pensamiento, toda acción. En el camino de la vida, producen el efecto del jabón en el rail: la locomotora llega haciendo retemblar la tierra, resoplando y arrojando a borbotones fuego, vapor y humo; un impulso plutónico la anima; nada puede impedir su paso; pero de pronto la veis titubear como espantada; sus grandes ruedas motrices se revuelven en el mismo sitio sin avanzar un palmo; sus largas y brillantes palancas accionan con desesperación, semejando los brazos de un náufrago; duchas de vapor abren, silbando, las válvulas y se arrojan al espacio, perforando el aire con sus conos blancos. El monstruo gime envuelto en una nube. Se oye el golpe seco y sucesivo de los vagones que vienen llegando: el tren se ha detenido: ¿De qué se trata? Simplemente de un poco de jabón extendido sobre los rails.

Las preocupaciones sin fundamento, los prejuicios, es decir, los patos hediondos, son el jabón que detiene la marcha de ese tren que llamaremos progreso.

En la gran laguna, más o menos turbia, denominada sociedad, no se puede uno mover sin que vuelen por bandadas los patos hediondos.

—¿Ha leído usted a tal autor?

—¿Yo?

—¡Pero, mi amigo, si ese es un loco! (O bien

puede decir un beato, un incrédulo, un fanático, según el cliente interrogado).

—¿Un loco, dice?

—Sí, pues.

—¿Qué obra es la que usted conoce de ese loco?

—¿Yo? ninguna.

—¿Y entonces?...

—Sí, pero todo el mundo dice que es un loco.

—Pato hediondo.

—Si va usted a las sierras, no se descuide con los chelcos: su mordedura es terrible, le prevengo; mil veces peor que la de la víbora: pregunte usted a cualquiera y verá.

—Pero, si casualmente he preguntado a cuanto habitante de la sierra encontré con cara de verídico, y me dijeron lo que usted: sin embargo, ellos no habían visto jamás "por sus propios ojos" una persona o animal envenenados por el chelco, lo que no quita que le tiemblen.

—Pato hediondo, también. Y así, de esta suerte, veremos volar patos en todas direcciones, obscureciendo el aire con sus negras alas.

1902.

TIPOS QUE PASAN

En nuestro país, no es preciso vivir mucho para recordar de cosas viejas. La evolución opera entre nosotros a media rienda, a espuela y látigo, convirtiéndose en verdadera revolución. Por eso será que casi todo resulta sancochado, mucho sabe a crudo, algo madura a la fuerza y lo más se pudre verde, desde las bananas hasta los hombres políticos. Podríamos decir que la Argentina se transforma "frególicamente", porque es la tierra de las metamórfosis galopantes, de las sorpresas risueñas como de las realidades salvajes. Pero, a pesar de todo, es y será por muchos siglos el gran país del porvenir.

¿Cuántos bípedos no vemos desembarcar con los botines al hombro, para no gastarlos, y al poco tiempo resultan unos colosos en el ramo de zapatería? ¿Cuántos no principian aquí su humilde carrera con un canasto enganchado al brazo, gritando a laringe limpia: *¡linda manane! ¡naranque*

maquenude! y concluyen por engancharse una fortuna?

Lo que sí, el hijo de este hombre, suficientemente acriollado, es quien se encarga de despilfarrar la herencia; pero el hijo no acaba como principió el padre, vendiendo naranjas, sino de atorrante o en la cárcel, lo que sí, de levita. Como se vé, el período de "revolución" es rápido porque la órbita a recorrer es pequeña, aunque muy elíptica: se cumple una ley de mecánica celeste. El padre recorrió el afelio y el hijo el perihelio de la curva. Pero veo que me voy hacia otros rumbos, cuando yo quería hablar aquí de un tipo que, por desgracia, ya pasó a mejor forma, aunque no su imagen.

¿Quién no recuerda al maestro albañil en caballo de sobrepaso? "Ya viene el "mestro", deben ir a ser las doce", decía la gente desocupada del barrio, que no era poca; y en verdad ya venía. Al principio se percibía algo así como un repiqueteo o redoble lejano, del cual el lector podrá darse una idea sonora y rítmica, articulando con rapidez estas sílabas o ruidos: taca - tiqui - tucu - tucu - tiqui - taca... El redoble iba aumentando según las leyes de la acústica, hasta llegar al máximum, al fortísimo; entonces se veía pasar algo así como un meteoro: era un pobre caballo de sobrepaso, más bien charcón que flaco, corriendo como una exhalación, escarceando, y babeándose el pecho como epiléptico; batiendo la cola con verdadero encarnizamiento, como si llevara prendido aquel tábano terrible

que la celosa Juno aplicó a la ninfa Io, convertida por Zeus en una hermosa ternera blanca.

Encima de nuestro caballo iba el "mestro", rígido, tieso, en estado de catalepsia; la mirada fija y vidriosa, boca semiabierta y sonriente, de donde surgía la pipa de guindo clavada por dos colmillos verdaderamente caninos: pantalones en fuga vergonzosa hacia las rodillas, estribos metidos hasta los tacos empedrados de tachuelas, pluma de pavo real en el sombrero, y todo este figurón, echado hacia atrás, formando un ángulo de 45º con el lomo del cuadrúpedo. Y así como los grandes meteoros suelen ir siempre seguidos de otros menores, así también el nuestro llevaba por séquito un enjambre de cuzcos ociosos, que íbanle saliendo al cruce de detrás de cada puerta, con el laudable propósito de garronear al tordillo. Más eso no pasaba de una ilusión canina.

¡Qué sujetos para morderle los garrones, cuando no se le veían, tal era la rapidez del movimiento!

Todo cuzco no alcanzaba a correr ni media cuadra, cuando se detenía de golpe, con la boca abierta hasta las orejas; miraba fijamente a su esperanza perdida, y daba la vuelta al trotecito, con el cuerpo empalizado y la cola hecha una rosca, haciendo sonar las uñas sobre la vereda, y desplegada al viento su pequeña lengua, flexible, tersa y roja como una cinta de seda.

Pero como lo que aquí abundan son los perros, el enjambre se renovaba constantemente, y el me-

teoro corría y corría siempre, seguido por una bulliciosa constelación, hasta que caballo y caballero, ambos jadeantes, llegaban a su destino, donde los esperaba el morral de algarroba y la polenta con "pacaritos".

Más hoy ya no escuchamos el simpático redoble. El "mestro"anda en tranvía o en carruaje, porque ha engordado demasiado y porque sería hasta mal visto que un hombre como él, de posición, con hijos doctores y niñas que interpretan a Chopín, se zangoloteara a caballo, y menos ahora que no se usa el sobrepaso sino el trote inglés, ese enemigo mortal de toda víscera, capaz de sacar el hígado por la nariz o convertir en flotantes los riñones más bien puestos.

Sin embargo, en los momentos de flujo y reflujo de su alma chata—el espíritu también tiene sus mareas—cuando después de cenar, sentado en el amplio patio de su ventilada casa propia, adormecido por la fragancia de la madreselva, el naranjo en flor y el cedrón, bajo un cielo estrellado y puro al que jamás miró—sino que vió, como se puede ver pasar un burro con árganas—llega a sus oídos el nocturno de Chopín que su hija romántica ejecuta allí en la sala, suele cruzar por su mente aletaragada el recuerdo de sus primeros tiempos de América, esos tiempos que ya pasaron para siempre jamás, llevándose una vida sencilla y otras muchas cosas buenas, entre ellas su inolvidable com-

pañero, su tordillo, su silla-hamaca de cuatro patas!

Entonces, y sin que intervenga el nocturno de Chopín, ni el cielo estrellado, ni la selva, ni el cedrón con sus clásicos perfumes que recuerdan lo antiguo, dos lágrimas vacilantes, asoman en sus ojos, se hinchan, se agrandan, titubean, y por fin se desgranan, corriendo presurosas por las rojas mejillas, como gotas de lluvia sobre planchas candentes.

Es que el tiempo no borra jamás las profundas huellas de los grandes recuerdos: al contrario, las depura y embellece, así como el mar, lejos de borrar las formas de los cuerpos que con su manto cubre, les da realce y brillo al esmaltarlas con sus sales cristalinas.

Pero, un recuerdo, grato o ingrato, es siempre triste por ser recuerdo.

Dicen que no es bueno mirar hacia el pasado.

1902.

UNA NOVENA EN LA SIERRA (1)

A la gente le gusta reunirse con motivos más o menos plausibles, y hasta sin ningún motivo. Gustan las reuniones, entre otras cosas, porque en ellas se *hace sociedad,* es decir, porque en ese momento, todo prójimo tiene derecho a mentir e intrigar si la lengua se lo pide, así como en carnaval es lícito empapar a cualquiera hasta con agua sucia; porque es una ocupación y un refugio muy decente para los ociosos en general, y para toda persona que no sabe cómo ni en qué emplear su tiempo, debido a la estrechez de su horizonte sensible. Más esto no quiere decir que haya reuniones muy interesantes en donde no se hace sociedad y algo se aprende: todo está en la calidad de los elementos mezclados. Y si es verdad que el suicidio y la locura tienen su máximum en el verano, el *hacer sociedad* debe tenerlo en el invierno, porque esta es la época de las reuniones, y la mejor hora para

(1) Novenario.

mentir es la noche, y las noches de invierno son tan eternas y penosas como los bostezos de esas pobres viejas señoras cuidadoras de novios, que, aplastadas en un sillón en el fondo de la sala, y acosadas por un sueño atroz, miran de reojo a los presuntos delincuentes, abriendo al mismo tiempo sus bocas tenebrosas, por donde escapa un torrente de aburrimiento y un suave bufido como de leones mansos y enjaulados.

Pero a todo esto, olvidaba yo decir que los pobres moradores de la sierra se aburren, y con razón, en esas noches crueles de invierno, cuando después de encerrar las cabras y asegurar el parejero en la ramada, cubriéndolo con la mejor manta de la familia, aunque los hijos tiriten, se meten al rancho a tostar *áncua,* mascar algarroba o picar tabaco, en tanto que afuera se oye el grito lejano del zorro hambriento que quizá va meditando un plan de ataque a las gallinas, que apiñadas y esponjadas duermen tranquilas en el árbol de la casa; o el aullido intermitente de algún perro visionario que de hambre ve fantasmas.

Es preciso acortar las noches y quedar bien con los santos, dos cosas que obtiene el campesino cultivando las novenas.

Todo hogar por más humilde y pobre, tiene su santo predilecto, al que veréis entrando al rancho, algo así como escondido en un hueco o sea el nicho. Casi siempre está muy sucio por las moscas y la tierra, pero adornadísimo con flores de lata,

cuentas de vidrio, blancas y celestes, sartas de cáscaras de huevo de colores y estatuitas de yeso compradas al turco ambulante, quien, con su caja y lío a media espalda y su cara de imbécil, penetra, haciéndose el zonzo, hasta los últimos rincones de la vivienda, explotando al mundo entero.

Acúdese al santo, cuando faltan animales del rodeo; cuando el puma se ha cebado en la majada; cuando el maíz tarda en nacer; cuando en víspera de la carrera el parejero deja la ración; cuando en noches de tormenta retumba con fragor el trueno en las quebradas y el rayo hace chispear las cumbres con su eslabón fulgurante. A él se acude en todo y para todo, obteniendo muchas veces su intervención bienhechora.

—Mire niño que esta es la última noche de la novena, así que espero no nos falte.—Díjome el viejo Quiterio, dándole con el talero un *chirlo* suave y sonoro a la mula que montaba, la que se encogió toda nerviosa.—Yo mesmo vendré a buscarlo, porque la Luna sale tarde y la noche va a estar más negra que un sótano, y no quiero que se me vaya a despeñar en algún precipicio.

De ocho a nueve llegaba ño Quiterio, bien emponchado, de guardamonte y fumando en chala, sobre su mulita espantadiza.

—¡A la orden, niño! — dijo, y marchamos.

Noche fría, obscura y limpia (1).

---

(1) En Mayo.

El cielo todo, profundo y sereno como el abismo, brilla y palpita suavemente. La Vía-láctea, atravesando de banda a banda el firmamento con su luz mortecina, semeja la proyección lejana de un faro gigantesco sobre un mar inmenso. Entre las joyas de nuestro cielo austral, la *Cruz del Sud* fulgura con cierta sencillez encantadora; inclinada hacia el Polo, como una blanca flor, como un lirio, lo señala eternamente. Un poco hacia el Este de la Cruz, centellea inquieta la preciosa estrella doble *alfa* del Centauro; con su luz rojo-pálida, se parece a una granada al madurar: próximo a ella, cual enorme serpiente que quisiera tragarla, la Vía-láctea cierra sus dos brazos bifurcados. Al Este, la hermosa estrella Antares—el corazón del Escorpión—llaméa con luz sangrienta. Más arriba sigue la Balanza, después Espiga de la Virgen, de luz suave y celeste como una violeta.

Al sudoeste, como un trozo de diamante va alejándose Sirio, la estrella gigante, blanca como un armiño; la que anunciaba a los egipcios las crecientes del Nilo; la *estella canícula*. Más al sud, Canopus, casi tan blanca y hermosa como Sirio: es el piloto que dirige la nave de los Argonautas; van en busca del vellocino de oro. Arcturo, al nor-nor-este, como dorada a fuego, y Achernar al sud, rozando el horizonte, brillan solitarias.

—¿Qué es lo que divisa tanto, niño?—dijo el viejo animando la mula que amenazaba espantarse.

—Miraba esa larga cinta de luz lechosa que alum-

bra como sin ganas, allá arriba—le contesté, señalando la Vía-láctea.

—Y la verdad que está bastante relumbrosa—dijo ño Quiterio levantando la cabeza:—parece como si fuera el tirador de plata con que el cielo se faja la cintura. Y ese es el único tirador con *chafalonía* que veo durar a su dueño, en estos malos tiempos que corremos—dijo con tristeza.—Y sabe, niño, por qué le dura?—Porque en el cielo no hay cuestiones con Chile, ni política, ni jueces de paz, ni escuadras que mantener, ni pulperías, ni casas de empeño; sino, ¡qué años que estaría toda su plata convertida en barra y requeteguardada en el baúl de algún *gringo* masón! ¡Pucha con los *gringos!* Ni bien llegan, pelechan, y al rato ya son patrones!

—¿Y por qué no le gustan los *gringos,* ño Quiterio?

—Pero porque nos van arrinconando día a día. Y sino, fíjese, niño: donde el *gringo* se establece, la tierra sube de precio, y luego comienzan a caer los *grimensores* con sus manojos de palos pintados y el *teodorito* a los tientos. Eso sí; no salen ni atrás de la casa sin el *teodorito.* ¡Y vean qué hazaña! porque se necesita ser muy enteramente chambón para no sacar una línea más *reuta* que una vela, rumbeando con el *teodorito.* No hay más que clavar bien en el suelo las tres patas del *estrumento,* y dejar que la *áuja himaltada* comience a olfatear el Norte con su hociquito puntudo. Al principio la

verá usted algo asustada, meneando la cola para todos lados como perdiguero que recién encuentra el rastro; pero en seguida comienza a rumbear y al ratito ya la tiene usted apuntando al Norte, y estremeciéndose toda entera, como el perro cuando ha parado la perdiz. — Bueno, como le iba diciendo: después vienen los enredos con motivo de los lotes que midió el *grimensor* por las *hestáreas* que faltan o *sucbran;* y por último llega la orden del patrón para que nos retiremos más adentro, porque el campo está vendido... y vaya usted arreando con todo! — Una tarde, casi sol dentro — prosiguió el viejo — andaba yo campeando por los montes más ásperos de esta estancia, cuando de manos a boca me encontré con un *gringo* que parecía perdido. Daba lástima el verlo en un mancarrón *chupino* y como arpa; la montura en las ancas y el mandil en la cruz. Me recibió con desconfianza y no sé qué me dijo de *perduto,* haciéndome seña que le arreglara el apero. Se lo arreglé y lo llevé casi de tiro hasta las casas, donde le dimos de comer y las mejores caronas para que tendiera esa noche. Al otro día, sol alto, después de echarse a pecho un tarro de leche de cabra recién ordeñada, y comerse un pan francés redondo que sacó del seno, se despidió, queriendo antes pagar el *güasto;* le dije que no fuera infeliz, y salió al tranquito, haciéndole retumbar la barriga al pobre caballo con sus botines de palo. Cuando se retiró, le dije a mi mujer: mirá ché, Agapita, este *gringo* es mala seña.

Luego vendrán los *grimensores* y después ¡abur! Y así fué. ¿Pero sabe niño quién es ese *gringo* ahora? Don Pietro, mi patrón! y muy *güen* patrón. ¡Las *güeltas* que da el mundo!

Ladridos de perros interrumpieron nuestra conversación.

—Ya estamos en las casas—dijo ño Quiterio, componiendo el pecho.

Al mismo tiempo se vieron muchos puntos de fuego que brillaban y se movían en la obscuridad, como las pupilas del Diablo: eran los cigarros de los concurrentes a la novena. A los ladridos, la gente había salido al patio, fumando.

—Qué no ha venido la Restituta?—preguntó ño Quiterio, apeándose.

—La estamos esperando desde cuanta, lo mismo que a ustedes—contestaron.

—Bueno, al fin la pobre es la única novenanta del vecindario, y en estos tiempos los santos apuran. Hay que disculparla. Y si vamos a ver, vale la pena esperarla; porque lo dudo que haya quien gloreie un rosario o un trisagio con más garbo y afición que la Restituta. Si da gusto el oirla! Parece un cura en maitines.

—¡Coomo no!—contestaron todos.

—Por ahí vienen cantando—dijeron.

—Si vienen cantando ella es—dijo ño Quiterio —porque de noche y andando, no le sabe parar la garganta a la Restituta: es peor que rana en charco.

Se hizo silencio, y en seguida pudimos escuchar

claramente un triste a dos veces y en modo menor.

"Hasta la leña del monte tiene su separación. — Tiene su separación — Una sirve para santos, y otra para hacer carbón".

—Ella es—dijo ño Quiterio—y viene con Grabiel.—"¡Una sirve para santos y otra para hacer carbón!"—y esa es la verdad, aunque hay gente que pasa por santa y ni para carbón sirve—agregó el viejo, al mismo tiempo que la pareja cantora llegaba al patio, dando las "buens noches".

—Buenas se las dé Dios, pero *bajensén* y entren, que las velas se acaban y la helada es respetable—rezongó ño Quiterio.

—¡Ché Quiterio!

—Quiterito! *Tráite* el bozal y acomodále el pangaré a la Restituta;—ya sabés que es mañero de oreja ¡eh!

—Hace mucho frío, tatita; prieste el poncho, si quiere—dijo el muchacho asomándose.

—¡Tomálo!

Se abrió la puerta del rancho y entramos, menos *señá* Restituta, quien prefirió ver acomodar a su caballo.

En la pequeña pieza, revocada con barro, encontramos un grupo de mujeres con sus vestidos domingueros y sus caras bien lavadas. Sentadas en hilera, tomaban mate de café en jarro. En la negra pared se destacaba el nicho, iluminado con velas de sebo calzadas en botellas.

Dentro de él, y como sofocada por tanto adorno sucio y chillón, está la Virgen del Carmen, linda imagen, completamente rodeada por una alegre bandada de angelitos rubios, vivarachos y rollizos, que revolotean a su alrededor con impertinencia de niños curiosos: es un enjambre de doradas y zumbantes abejas, persiguiendo a esa rosa que navega en el espacio sobre plateada nube.

En los rincones del cuarto se ven pilas de zapallos, maíz en espiga y algarroba a granel. Dos camas cubiertas con rojas frazadas de lana a listas verdes; debajo de las camas, gallinas empollando en fuentes viejas de lata; sobre las camas varios cuzcos sucios y lanudos, rascándose a toda máquina y desgranando a los cuatro vientos, pulgas, garrapatas y otros ápteros. Pendiente del techo, cual espada de Damocles, una media res de cabra amenaza reventar un ojo a cualquiera con su pata rígida. Más arriba, sujeto con tientos a los tirantes, y algo combado, se encuentra el zarzo, amarillando de quesos y coloreando de pelones.

Del techo también, oscila un pequeño cajón donde duerme el último nieto de ño Quiterio, quien al entrar le echó sobre la carita su gran chambergo negro.

De todas las rendijas asoman lazos, lonjas, tientos, tijeras, limas, leznas, mates, bombillas, alpargatas y envoltorios sùcios. En el suelo muchos perros de todos calibres, y pulgas bastantes.

Abrese la puerta y entra *señá* Restituta fumando

y susurrándole el vestido de percal rosa, tan enérgicamente almidonado y planchado, que podría pararse solo.

Más bien baja; cuerpo cuadrado; mucha cadera y poco talle; sobre los hombros y prendido al pecho, un gran pañuelo de espumilla amarillo floreado de azul; grandes aros de dublé con piedras verdes, y arriba de todo esto, un rostro varonil, iluminado por dos ojos claros, grandes y apacibles, como los de una gata remolona.

—Aquí estamos—dijo, avivando su cigarrillo de anís en grano, el que chisporroteó alegremente. Otro chupetón al pucho para abandonarlo, y se dirige al nicho persignándose en alta voz.

Movimiento general en la pieza, composturas de pecho, toses y escupidas sonoras. Se hace silencio, y después de una salve rezada en coro con sencillo fervor, señá Restituta abre con pausa su librito de la Virgen del Carmen, y comienza a hojearlo, humedeciendo de vez en cuando su dedo índice en los labios. Busca el último día de la novena; ya está. En seguida tose sin ganas, y sacando una horquilla de sus trenzas, despavesa las velas de sebo que arden tristemente, con sus largas mechas carbonizadas como flores negras.

Lee pausadamente, con voz hombruna y monótona. Todos repiten lo que ella va leyendo, y en el conjunto enmarañado de tantas voces discordantes, se destaca claramente la de doña Restituta.

cual moscardón que zumbara entre moscas y mosquitos.

—Aquí se pide lo que se desea conseguir—dice la novenanta con gravedad—y un profundo silencio siguió a estas palabras, el que duraría veinte segundos.

En ese corto intervalo en que la Tierra se había trasladado cerca de seiscientos mil metros a través del espacio, todos hicieron su pedido a la Virgen del Carmen, con humildad sincera y esperanza firme. Más tarde supe algo de lo que se había implorado. Unos querían que lloviera para el trigo que debían sembrar pronto; otros que no lloviera hasta concluir de recoger el maíz. Doña Restituta vería con agrado que vinieran a la sierra muchos *porteños* enfermos para vender a buen precio sus pollos y sus cabritos. Quiterito deseaba ser domador, y por lo pronto pedía un lazo.

Después de la común imploración, comenzaron los gozos. Al final de cada cuarteta, recitada en tono declamatorio por *señá Restituta*, la concurrencia toda contestaba en coro: "por tu pureza te pido el don de la castidad".—El estribillo se repetía siempre, monótono, interminable. Ño Quiterio debía estar fatigado o de mal humor, porque refiriéndose al estribillo, le oí refunfuñar esta observación:

—Yo no sé esta gente *páque* pide lo que no *hai* cumplir.

—Y lo que no les *hai* durar—agregó otro viejo.

Por fin la novenanta cerró el librito, y dirigiéndose a la concurrencia, dijo:

—¡Vamos a ver! canten!—Y entonó la salve a la Virgen en movimiento de "andante maestoso".

Entonces el rancho entero vibró como un órgano, y la hermosa plegaria, modulada por todos con afinación perfecta y cristiano fervor, se remontó a las alturas por sobre los bosques, valles y montañas, en donde el pájaro y el insecto, el agua y la flor, también cantan su plegaria, y fué a confundirse y desvanecerse en lo inconmensurable: en el espacio, en el tiempo, en el infinito.

Concluída la novena, toda la gente se revolvió con bullicio en la pieza y las lenguas rompieron el fuego por orden disperso.

—Abranle cancha a Quiterito! — dijeron.

Y apareció el muchacho mordiéndose el labio inferior, el cuerpo arqueado hacia atrás y arrastrando el poncho, sosteniendo a duras penas un gran brasero colmado de brasas crepitantes. Lo asentó bruscamente en medio del cuarto, nos miró a todos como azorado, y levantando uno de sus brazos hasta la cara lo hizo correr por la nariz, desde el codo hasta la manga sucia y desprendida, la que aleteó como murciélago.

Doña Agapita, la dueña de casa, colocó sobre las brasas dos pavas rebalsando.

—Que cante *señá* Restituta — dijeron por ahí.

—Eso es, que cante — repitieron todos. — Pásenle la guitarra.

—Estoy medio ronca — dijo la novenanta, mientras armaba su cigarrillo de anís en grano.

Quiterito, de un salto, estuvo en el brasero, y levantando una brasa en la cuchara de la yerbera, la sopló, y se la presentó a la cantora quien encendió su cigarrillo.

Más o menos golpeada llegó la guitarra a manos de doña Restituta. La tomó, y enconvándose toda entera sobre el instrumento, comenzó a templarlo, aplicando sus cinco sentidos menos uno, en la delicada operación. Y digo menos uno, porque el cigarrillo de anís, arrinconado en un ángulo de la boca de su dueña, dejaba escapar en silencio una hebra finísima de humo azulino, la que al ascender, iba a taladrar los ojos de la artista, obligándola a cerrarlos y a fruncir el ceño.

Pero cuando a fuerza de tanteos llegaba a poner en consonancia siquiera dos cuerdas, alguna clavija resbalaba, volviendo las cosas a su estado primitivo.

—¡Qué clavijas mañeras! — decía la cantora, rociándolas con abundante saliva.

—Es la seca — agregaba ño Quiterio.

—¿Por qué no se la pasa al niño que se la *tiemple?* — observó doña Agapita.

—Si no fuera molestia, que me la tiemple *por derecho* — dijo *señá* Restituta, entregándome la guitarra.

Se la devolví afinada *por derecho.*

—¡Ahora sí es cierto! — dijo ño Quiterio — ¡y silencio!

La cantora dejó el cigarrillo a un lado, se acomodó a su manera, comprobó ligeramente la afinación por octavas, y me miró agradecida; echó un sorbo de ginebra en bote, compuso la garganta, y comenzó con un pasacalle en *sí bemol mayor*, para caer de golpe, y sin más trámite, a *sol mayor*, tomándolo por su relativo menor (desacato que no se lo hubiera perdonado el dulce Orfeo), y principió la décima:

"En el mar de mi esperanza,
"A rèmos de una ilusión,
"Llevaba mi diversión,
"Navegando con bonanza;
"Más como ví en la tardanza,
"Que al paso que más remaba
"Más del puerto me alejaba,
"Quebré el remo, y naufragando,
"Llevo mi vida llorando
"Donde antes me regalaba".

—¡Eso es lindo! — dijo el viejo que cebaba el mate acurrucado junto al brasero. — Y esos son versos! — agregó ño Quiterio — y no las pamplinas que cantan los mozos de *áura*.

Esta observación del viejo, me recordó aquella otra de Voltaire:

«*Ce qui est trop sot pour être dit, on le chante*».

—¡Silencio! — dijeron.

"Ese tiempo venturoso,
"En que todo era reir,
"En que un dulce discurrir
"Me indujo a creerme dichoso;
"Ese placer, ese gozo,
"Ese alegre calcular,
"Ese halagüeño esperar
"Con que viví seducido,
"Todo se me ha convertido
"En un amargo llorar".

—¡Ah *tigrera!* Prendalé una gruesa de *cuetes* a su salud, y sirvanlé un mate, en el de plata, — dijo en voz alta ño Quiterio.

Se oyó un tiroteo infernal en el patio. Los cohetes chinescos alborotaron a los perros y animaron a los pobres caballos, que sin arte ni parte en la fiesta, soportaban la helada en silencio y cabizbajos, haciendo sonar de vez en cuando, como para no dormirse, las rodajas de los frenos que oprimían sus lenguas secas y amortiguadas.

Hubo tirones, y una que otra rienda cortada, pero en seguida cesó el alboroto con la intervención de los jinetes, quienes se dedicaron al arreglo de sus monturas para marcharse a sus casas o a la pulpería más cercana.

Era sabido que ño Quiterio no daba bailes, así que no había para que esperar más.

Después de armar y de encender cada uno su cigarrillo, montaron y fuéronse dispersando, unos silbando y otros canturriando en falsete sus estilos predilectos.

Las negras siluetas desaparecieron en la obscuridad, pero gracias al silencio de la noche, los cantos y silbidos siguiéronse oyendo por algún tiempo, aunque cada vez más débiles, porque la distancia iba adelgazando más y más y los hilos acústicos que nos unían con los que se alejaban, concluyendo al fin por cortarlos imperceptiblemente, así como se cortan esas hebras finísimas de plateada telaraña, que en días primaverales suelen verse flotar en la atmósfera dorada y transparente .

Volvimos a entrar al rancho, donde encontramos a *señá* Restituta tomando mate con la dueña de casa y Gabriel, marido legítimo de la novenanta, muchacho de 22 años cuando más, completamente anulado por su respetable cónyuge, quien le llevaría adelante cuarenta años por lo menos; pero cuarenta años de práctica terrestre, deben ser respetados.

—Ché, Grabiel — dijo la cantora — vé si te vas ensillando el pangaré para que nos retiremos cuanto apunte la Luna.

—¿Y a qué hora irá a salir hoy — agregó, sacando de su seno algo exiguo, un reloj de plata del tiempo del rey.

—¿A qué hora salió anoche? — la dije.

—¿Anoche? Así como a las once.

—Entonces ahora saldrá a las doce más o menos, porque cada noche se retarda cincuenta minutos.

—¡Pero vea qué cosa! ¿Y cómo nunca le oí decir esto al cura?

—¿Y qué tiene que ver la Luna con la doctrina? — observó doña Agapita.

—Así parece a primera vista — dijo la cantora. — Pero mire que en este mundo todas las cosas se van enganchando y enredando como los pensamientos en la cabeza. Y sépaselo que el señor cura fué oficial de un buque en sus mocedades; según dicen, es hombre que sabe muchas cosas, y a mí algo se me ha quedado a fuerza de tanto oirlo. Siempre suele decir que no todo ha de ser doctrina, que a Dios se le conoce mejor estudiando sus obras que con palabras.

—¿Qué tendrá que ver la Luna con la mar, doña Agapita?

—¿Y qué va a tener que ver, doña Restituta!

—Pues según el cura, la Luna es quien le hace arquear el lomo al mar dos veces por día. — Dice que la Luna al pasar por arriba, lo llama, y el mar le sigue, como el parejero al cuidador cuando lo ve con el morral. — Y como la Luna pasa dos veces por arriba en un poco más de un día, resulta que hay dos levantadas y dos bajadas de lomo diariamente. Pero también el Sol lo llama al mar, según el cura, eso sí, con menos fuerza que la Luna, porque el Sol está muy retirado... Pero cuando el mar hincha con ganas el lomo y se pone muy inquieto, dicen que es pa luna nueva, porque entonces la Luna y el Sol están en fila, uno tras otro, y

los dos tiran a la cincha para un mismo lado. — ¡Y consideren ustedes esa yunta! — ¡Qué frisones, ni bueyes mestizos! — Hasta tengo miedo que alguna vez me lo encuentren al mar algo liviano por cualquier razón, y me lo levanten enterito por los aires como poncho que lleva el viento.

—¡Jesús, ni Dios lo permita!

—¡Mejor! — dijo ño Quiterio; — así podremos llevar hacienda por tierra hasta la *mesma Ingalaterra*. Y ahí veríamos qué nuevos pretextos nos ponen pa no recibir las tropas, esos *gringos* cosquillosos. ¡Qué fiebre *altosa*, ni fiebre *altosa!*

—Hechos los lindos, como si tuvieran tanta hacienda!

—¡Pero déjenlos que se hagan de rogar! luego no más han de venir a pedirnos por favor que les ventajemos lo que caiga, hasta lo de desecho.

—Bueno — dijo *señá* Restituta, volviendo al tema — esto de que hemos hablado, el señor cura les llama las mareas.

—Pues le confieso que me ha mareado con sus mareas — dijo doña Agapita, bostezando profundamente, y abriendo de par en par su boca hundida y elástica, dentro de la cual se vió brillar un colmillo solitario, como un oso blanco en su caverna.

—Y también debo decirle — agregó — que a su señor cura no le arriendo las ganancias con tanta masonería.

—Ya está el pangaré, señora — dijo Gabriel, abriendo la puerta.

—Y ya se debe venir viniendo la Luna — dijo ño Quiterio.

Salimos. Efectivamente; al Este, un resplandor de fragua ensangrentaba el horizonte.

—Las doce y cuarto — dijo *señá* Restituta.

Los montes lejanos parecían incendiados. Los grandes árboles, iluminados de abajo por esa luz roja de Bengala, comenzaron a tomar formas y actitudes verdaderamente diabólicas. Era un ejército de espectros gigantescos preparándose a bailar una gran danza macabra.

En el centro de la gran pantalla de luz escarlata que sobre el borde del horizonte se abría, asomó de pronto algo como una brasa o hierro candente, y el astro de los sentimentales, de los enamorados y perros visionarios, se presentó francamente dando las buenas noches con el retazo de cara de que aún disponía. Toda estropeada y carcomida por el tiempo; roja como lacre, abollada y deformada por la refracción; era su aspecto el de un alcoholista crónico saliendo del almacén.

Bueno, ya se puede ver la senda — dijo *señá* Restituta alargándonos la mano. — Será hasta otra vez y que les vaya bien. Se aproximó al pangaré, colocó juntas las dos manos sobre el apero, y parándose de puntillas, Gabriel la solivió de los talones, yendo a caer la señora en plenas ancas del caballo, con todo el aplomo de una mona jinete. Don Ga-

briel montó adelante, haciendo girar la pierna derecha con tal precaución y arte criollo, que ni aire siquiera le echó a su vieja mitad.

—La Virgen le ha de pagar todas estas molestias — dijo ño Quiterio dirigiéndose a señá Restituta.

—Dios lo quiera — contestó — y dando el último adiós, se alejaron.

Para mí, creo que esto de hacerse pagar las cuentas con Dios, la Virgen o los santos, es un buen sistema para los tramposos; sin embargo, ño Quiterio no era un tramposo.

Nuestras mulas estaban prontas, y seguimos el ejemplo de la cantora. El buen viejo se había empeñado en acompañarme. Hicimos rápidamente el camino de vuelta porque teníamos luz, y porque las mulas iban con hambre, deseosas, por lo tanto, de ser libertadas.

Cuando llegamos al patio de la estancia, la Luna se había elevado a buena altura. Ya no estaba congestionada, rubicunda, al contrario, tenía cara de clorótica con su luz amarillenta y débil. Es que se trata de una vieja flor del cielo, marchita, fría, deshojada y muerta: que en el cielo también la muerte rige.

1902.

ESPIRITUS EN QUIEBRA

A la juventud estudiosa
de Córdoba.

Hay frases, o más bien dicho, afirmaciones, que equivalen para sus autores a echarse encima un quintal de plomo en alta mar.

"La ciencia en quiebra", alcanzó a gritar alguien, y un ligero remolino y unas cuantas burbujas indicaron el sitio en donde flotara hasta ese momento: se hundió en silencio, misteriosamente, como si el espíritu de Arquímides, justamente indignado, hubiera intervenido con su célebre ley que hasta la fecha no ha quebrado. Pero de todos modos la frase se deslizó e hizo camino, porque los grandes disparates lanzados con habilidad, suelen correr admirablemente por el plano inclinado de la estupidez humana. Con esa frase — "la ciencia en quiebra" — parece que se ha intentado debilitar la voluntad de los espíritus produciendo, si no la *abulia,* por lo menos el desconsuelo, la desesperanza.

Imaginad, lector, un Banco que a cada instante aumenta sus depósitos; que cada día descuente a

más bajo interés, siendo muchas veces el consuelo y la salvación del pobre como del rico; que cada año reparta dividendos más crecidos y que continuamente se vea obligado a ensanchar sus arcas porque el oro rebalsa. Pues bien; hay gente que a este Banco lo declara en quiebra porque sus fundadores y directores no saben explicar el *primer origen* del oro. Pero ¿qué les importa del primer origen del oro, si con él obtienen todo lo que necesitan y desean, y si conocen sus propiedades y relaciones con los demás cuerpos?

Ese gran Banco es la ciencia moderna, al que se declara en quiebra con toda soltura de cuerpo y de lengua, porque no descubre las primeras causas, porque no explica todos los fenómenos, porque no responde a todas las preguntas.

Que no sabemos ni lo que es la *unidad*, se ha dicho con aire de triunfo.

Es verdad; no sabemos lo que es la *unidad* en sí, pero eso no basta para que el ingeniero, con el auxilio de las matemáticas, que se basan en la unidad, construya puentes, torres y máquinas admirables, en las que se ha calculado con precisión increíble la resistencia y el trabajo del más ínfimo tornillo; máquinas a las que no les falta más que hablar por cuenta propia, ya que el fonógrafo, esa máquina con memoria, lo hace por cuenta ajena.

No sabemos lo que es la *unidad* ni el *espacio*, pero Leverrier, sin mirar al cielo, sin más aparatos que el papel y el lápiz, sin más telescopio que el

álgebra y la geometría, descubre y señala el punto en donde, según el cálculo, *debe* hallarse un planeta. Primero Galle, a pedido de Leverrier, y después todos los demás astrónomos, perforan el espacio con sus flechas de cristal, y surge Neptuno, allá lejos, hacia donde apuntaba Leverrier, en los arrabales de nuestro sistema solar, girando en la pista con marcada displicencia, sin bríos, como esos viejos caballos de circo cuyos nervios no se alteran por más que el patrón haga silbar el látigo, patalee y grite, y la orquesta acelere la galopa. (1) No sabemos lo que es la luz en sí, pero Römer la sorprende en su viaje silencioso desde los satélites de Júpiter, y es el primero en medir sus pasos. Newton le interpone un prisma cristalino, y ella lo atraviesa sin temor, por tratarse del cristal, su amigo y protector, pero al pasar, choca contra las facetas y aristas filosas, cayendo al otro lado toda hecha girones, descuartizada, *descompuesta;* y de una sola nota, la del color blanco, el sabio obtiene una escala de siete notas, como la de la música.

Röntgen descubre el rastro de la luz en el seno mismo de la obscuridad, y allí está oculta como un brillante negro, o como esas luciérnagas adormecidas que por la noche solemos encontrar dentro de los troncos carcomidos de árboles vetustos: el hueco

---

(1) El joven astrónomo inglés, Adams, llegó al mismo resultado que Leverrier, pero habló tarde.

está en tinieblas, pero basta revolver en su interior una varilla, para que de pronto la caverna se ilumine como si hubiérais oprimido un botón eléctrico.

El físico, con el espectroscopio, hace la autopsia a la luz, descubriendo en sus fibras los signos de las materias que le han dado vida, ardiendo en los remotos astros de donde ella llega, muchas veces después de un viaje de siglos; y así sabemos que el universo ha sido construído, por lo general, con los mismos materiales.

El cirujano, con la luz solar, cauteriza y cura; el alienista, con la luz azul, calma de súbito el furor del loco, y con la roja, anima y tonifica al melancólico.

Se ignora lo que es en sí la gravitación, esa fuerza misteriosa, pero se conocen sus leyes, y con éstas, las de Kepler y de Galileo, se explica y se comprueba desde el grandioso mecanismo del cielo hasta la caída de una pluma.

No sabemos lo que es la electricidad, pero se la produce y se la maneja con el dedo meñique, ¿y qué no se obtiene con esa fuerza? Ignoramos lo que es el dolor en sí, pero lo sentimos, y muchos operados morían de dolor; entonces la química nos brinda los anestésicos, y hoy en día se nos puede abrir como a un sapo, sacar nuestros órganos, lavarlos y plancharlos, si fuera necesario, sin que tengamos la menor noticia.

A todo esto no faltará quien diga que la mayor parte de los descubrimientos científicos se deben a

la casualidad: Pero debiéramos fijarnos, — y ya lo hicieron notar pensadores eminentes, — que es muy *casual* que la casualidad caiga siempre en manos de genios. ¿Por qué entonces el imbécil o el mediocre, jamás descubren nada, es decir, por qué no formulan o explican nuevas leyes de los fenómenos que la casualidad a cada paso les mete por los ojos? ¿Cuántos hombres antes que Newton no vieron caer fruta de los árboles? ¿Y qué dedujeron? Que estaban maduras, seguramente.

Volviendo a nuestro tema, diremos que la ciencia moderna no pretende de ningún modo descubrir el primer *porqué* del fenómeno, sino el *cómo*, es decir, su ley, y cada día descubre nuevas leyes de las que se deducen nuevas consecuencias útiles para la humanidad, su punto de mira. En cuanto a la Causa Primera, se la siente palpitar en todas partes aunque no se la explique; desde el telescopio hasta el microscopio, esos dos rastreadores del infinito, proclaman su existencia.

Sin embargo, mientras la ciencia exista, mientras el deseo de conocer haga vibrar cerebros, no faltarán Faustos más o menos sinceros. Pero lo malo es que el Diablo, después del fracaso aquel tan ruidoso que tuvo en Alemania con el mentado doctor y la rubia Margarita, se nos perdió de vista, sin duda avergonzado. Y al fin, si volviese, ¡quién sabe si los desilusionados de hoy se animarían a trabar relación con el misterioso perro negro de fosfores-

cente rastro, llevándolo hasta sus gabinetes de estudio y presenciando sin espanto sus diabólicas metamórfosis! Y si, como es probable, el Diablo no hubiera mejorado sus medios de transporte, por ser persona antigua y rutinaria, muy mal parados se verían sus modernos clientes, acostumbrados a viajar en tren directo, con cantina bien servida y muy bien iluminada, si se les obligara, como al héroe de Goethe, a marchar a talón limpio por los pedregales y despeñaderos de las sombrías montañas de Harz, sin más guía que la débil luz azulina y ondeante de un fuego fatuo; aturdidos por el silbido de las mil flautas que sopla el huracán en las cavernas, por el infernal fandango de las brujas, el rechinar de dientes y el siseo espeluznante de los buhos de ojos siniestros. No: en estos tiempos, la gente es delicada, y si se arriesga en empresas temerarias, si va al Polo, lo hace después de mil cálculos y con todo el *confort* y refinamiento de nuestra época — menos Andrée — llevando hasta armonium, para en caso de llegar a los suspirados 90° de latitud, ejecutar las grandes sonatas de Beethoven debajo de la estrella polar, o más allá de la Cruz del Sud, con la estrella *beta* del Octante sobre sus cabezas.

La verdad jamás se entrega: es algo que siempre huye; es el resplandor de una luz eternamente oculta; es como el tañido misterioso de aquellas campanas de la ciudad de Is, sepultadas en el fondo

del mar, y que en noches serenas escuchaban aterrorizados los marineros y pescadores de las costas de Bretaña, pero que en el corazón de Renán sonaban dulcemente, rejuveneciendo e ilusionando, aunque con cierta tristeza, esa alma tan grande y tan diáfana como el mar, pero tan profundamente agitada por la duda.

Avanzar siempre hacia donde se vislumbra ese resplandor, tras de esa ilusión, sin esperanza de llegar jamás, esa es la ley a que está destinada la ciencia y eso se llama progresar. Los que niegan su progreso, son los hipócritas, los descontentos o los fatigados. A los primeros, habrá que dejarlos seguir mintiendo; a los descontentos, les diremos lo que muchas veces oí decir a un filósofo padre de familia, cuando en la mesa alguno de sus hijos llegaba a rezongar por cualquier plato que le era antipático: "está rico, muchacho, *¡comé callao!*", y de acuerdo con la propaganda por el ejemplo, un enorme bocado desaparecía en su boca, corriendo la suerte de la copa de oro en los abismos de Caribdis. Y a los últimos, a los fatigados, a los desconsolados, le recordaremos la advertencia aquella de Napoleón a sus soldados en la retirada de Rusia: "el que se sienta se duerme, y el que se duerme se muere".

Y ya que a los sabios les falta el tiempo y las ganas para responder a los que tan mal tratan a la ciencia, nosotros, los que no tenemos ningún título,

los que no entraremos en el templo de la verdad, pero que mosqueteamos desde afuera con respetuosa admiración los grandes oficios, protestamos sinceramente en nombre de la justicia.

1902.

EL ASEGURADOR

La buena presencia es un recurso como cualquier otro, y algunas veces mejor que otro cualquiera; es arma de efecto y sirve para muchas cosas, dígase lo que se diga.

En el teatro, por ejemplo, cuando el gremio semiescuálido y cuasi macabro de las coristas invade el escenario, verán ustedes infaliblemente a las dos mejores, ocupar los extremos de la bandada, haciendo las veces de puntos de mira. Estas dos ninfas — entre paréntesis — son las que mejor atiende, paga y viste el empresario, y fuera del paréntesis, las que más trabajo dan al director de orquesta, por ser generalmente las más rudas, desafinadas y aturdidas. Sin embargo, juegan un papel muy importante en la política de perspectiva: el público mira únicamente a ese par de ninfas y pasa por alto o por bajo a las otras, porque la vista, gracias a su instinto de conservación, se niega rotundamente a posarse sobre los demás ejemplares de la tropa, así como un pájaro jamás se asienta sobre los vidrios filosos de una tapera.

Otrosí digo: Las damas caritativas y peticionantes, sea que soliciten dinero para un asilo, una lámpara votiva o para acristianar chinitos en la gran China, siempre van armadas de una niña de grata presencia, la que en este caso hace las veces de la punta de diamante en el taladro: la rosca del instrumento es la dama, la punta perforadora y brillante, la niña, y la mina, el bolsillo del prójimo masculino; o, si se quiere, la niña es como un sable deslumbrador y perfumado, que al partir, embalsama la herida.

A esto podíamos llamarle política de sableo.

Las compañías de seguros de vida tienen también su política, la que consiste en valerse de asegurados-res atrayentes, simpáticos, lo cual se explica, pues el efecto inmediato que el negocio produce, es sin duda repelente, por tratarse de la muerte.

El asegurador, por lo tanto, debe ser un buen mozo, y lo es en general, a más de insinuante, ladino (aunque sea inglés: hay ingleses deliciosamente ladinos), correcto y elocuente hasta llegar a la nota patética en el momento preciso.

—Señor, — dice el sirviente, — van cinco veces que lo busca un mozo para cierto negocio urgente, pero no quiere dar su nombre. Ahora está en la sala esperándolo.

—Servidor de usted!

—Estoy a sus órdenes, — contesta el dueño de casa.

—Mil gracias, señor doctor.

—Dispense, no soy doctor.

—¿Cómo? ¿No es usted doctor?

—No, señor.

—¿Pero, no es usted cordobés?

—Sí, señor.

—Entonces me disculpará usted: no puedo creerle; y después de todo, su aspecto lo indica... en fin, no puedo...

—Con aspecto y todo, no soy doctor; y usted sabe perfectamente que se encuentran muchos burros de muy buen aspecto.

—Pues bien; me dispensará usted la impertinencia, ¡pero qué quiere! seguro, como estoy, de que le haré un gran servicio, no he trepidado...

—¿De qué se trata?

—Nada menos que de la tranquilidad de su familia, del pan de sus hijos, del consuelo de sus deudos para después de sus días. Usted sabe que la vida pende de un hilo, y yo he visto hombres más fuertes y jóvenes que usted, llenos de esperanzas y de fe en el porvenir, ¡los he visto, sí! arrebatados de súbito por la parca cruel, dejando a sus familias desamparadas, y, lo que es peor...

—Vea, señor; yo no necesito asegurarme, — replica la víctima — no me encuentro en ese caso; y después, le tengo fe al hilo del cual pende mi existencia: no temo a la tijera de la parca Atropo.

—¡Oh! qué seguro está usted de lo que todos debiéramos dudar — refunfuña el asegurador poniendo en blanco los ojos. — Desengáñese usted. ¿De

dónde sabe si mañana, si hoy, si en este mismo momento, no pisa usted (Dios no lo permita), el borde del sepulcro? — y después, otra cosa: por más previsor que sea usted, muriendo, su familia puede quedar en la calle, gracias a tres personas distintas y un solo procedimiento.

Personas: procurador, escribano y abogado.

Procedimieno: *limpieza.*

Es decir, ciertos abogados, muchos escribanos y la mar de procuradores, son como escobas nuevas; por donde pasan *actuando,* dejan el suelo, — por no decir los bolsillos,—más lustrosos que una patena: haga de cuenta que lo toman tres mastines. También abundan, es verdad, médicos, que si bien fortalecen y tonifican a sus pacientes, luego los vuelven anémicos con la *sangría* final. Pero a todo esto, yo quería hacerle notar, doctor, que el dinero del seguro no puede ser barrido por esas escobas...

Hasta aquí la víctima se resiste y el asegurador se va sin conseguir su objeto; pero, vuelve al ataque diez, veinte veces, hasta que cierto día se presenta acompañado de un señor de aspecto grave y simpático.

—Aquí venimos, doctor...

—Le dije que no soy doctor.

—*¡Pardón!* Veníamos, digo, para que firmemos la póliza aquella de que hablamos; pero como la compañía tiene que cerciorarse del grado de su salud y condiciones de vida, etc., para según eso ase-

gurarlo o no, he venido con el médico, a quien tengo el honor de presentarle.

—¿Quiere decir, entonces, que si uno tuviera malos antecedentes hereditarios o no cumpliera con la higiene, se salvaría?...

—El examen será rápido — dice el médico, aproximándose al dueño de casa, frotando los anteojos con displicencia.

—Vamos a ver: ¿Edad? ¿Nacido aquí?

—Sí, señor; en el pozo de don Jerónimo Luis de Cabrera.

—¿No hubo en sus antepasados tuberculosos?

—¡Uff! ¡la mar!

—Bien. ¿Fuma usted?

—Más que un turco, y en pipa, tabaco virginia.

—¿Hace uso del alcohol?

—Tanto como un marinero desembarcado.

En seguida el doctor examina todo lo que quiere, ausculta, percute y concluye por declarar que el paciente es buena presa.

El otro, naturalmente, ya tiene formulada la póliza y espera con la pluma sopada: no hay más remedio que firmarla.

Al despedirse el asegurador, y después de felicitar al asegurado por el paso que ha dado, tiéndele la mano diciendo:

—Lo que sí, puede usted estar seguro de que antes que se enfríe su cadáver, la familia de usted

recibirá el importe de la póliza con sus intereses compuestos...

Todas las épocas han tenido sus plagas, así como todo animal tiene sus parásitos propios, característicos.

La edad Media tuvo la plaga de los anunciadores del fin del mundo, astrólogos e iluminados por la ociosidad, que auguraban la muerte universal en las formas mas espeluznantes, aterrando a pueblos enteros. España, en tiempo de Quevedo y de Cervantes, — el gran chueco y el gran manco, — sufrió la plaga de los escribanos; y hoy todos sufrimos la amable y útil plaga de los aseguradores de vida, una nueva especie de predicadores de la muerte, con la diferencia que éstos, los modernos, aseguran la vida y tranquilidad de la familia que dejaría el muerto hipotético, mientras que los otros se conformaban con prometer a los futuros difuntos el fuego eterno del infierno, cosas en verdad muy distintas, porque lo del fuego resulta deprimente, y lo del *seguro*, aunque con un fin comercial resulta importantísimo.

1902.

COSAS VIEJAS

"Nada nuevo hay bajo el Sol; todo se ha dicho y se ha hecho; lo nuevo está en lo viejo", etc.

Esto, y mucho más, aseguraban los antiguos de remotos tiempos, pero, no obstante, ellos se afanaron en hacer y decir todo lo posible. Lo mismo declaran los modernos y proceden exactamente como los antiguos.

¿No será esto debido a que todos creen decir algo nuevo?

Si Labruyére hubiera sido más lógico, seguramente no escribe sus "Caracteres", con lo que se inmortalizó; debió conformarse con traducir a Teofrasto, puesto que ya "venimos demasiado tarde, cuando todo se ha dicho", según él.

Si Flaubert no hubiera creído como creyó, en la novedad de la frase y de la imagen, no debió sacrificarse esculpiendo y abrillantando sus obras, con furor artístico, con violenta pasión; pero las letras francesas, quien sabe si contarían hoy con

esas joyas tan admirablemente cinceladas, como aquellas otras del diabólico y celestial artista Benvenuto Cellini, bandido genial, que aterrorizaba con su puñal y embelesaba con su cincel. Y ahora los ultra-modernos pesimistas, cambiando de tono a la cantata, dicen que no hay progreso; que el futuro se encuentra contenido en el pasado; que la humanidad no avanza un palmo, sino que oscila como un enorme péndulo, y que todas nuestras ilusiones se deben a los distintos mirajes que presenta el arco de oscilación al ser recorrido: cuestión de perspectiva, nada más.

Sin embargo, hoy en día, todos trabajan más que nunca. Por lo tanto es preciso convencerse de que la gente es, y ha sido siempre muy porfiada; pero la tal porfía, resulta una gran cosa, porque al menos nos libra del aburrimiento, del tedio, aunque al final del cuento no saquemos nada en limpio. No debemos pues reírnos del pobre gusano cuando lo vemos afanado en trepar por un cristal húmedo.

Sin ser un aficionado a lo viejo, creo que es bueno esto de abrir libros apolillados por los siglos: es como largarse a recorrer caminos abandonados, o revolver las ruinas de algún templo, en cuyos muros carcomidos verdean las hiedras solitarias, y de noche brillan los ojos de los buhos. Siempre se encuentra algo: un objeto olvidado, un dato curioso, un rastro interesante o sugestivo. En esos caminos andaba yo vagando sin rumbo,

cuando en medio del silencio me pareció escuchar una voz que me decía:

—No os afanéis en buscar los manantiales de la verdad aquí tan cerca; para encontrarlos, es preciso remontarse aguas arriba, en el ancho río de los siglos, dos y tres mil años atrás, hasta llegar al pié de esas grandes montañas llamadas Arquímedes, Pitágoras, Demócrito, Anaxágoras, Plutarco y tantos otros; y aun así, no llegaréis al origen mismo de las aguas cristalinas, porque tras de esas montañas, se divisan otras y otras, lejos, muy lejos: apenas si se vislumbran sus cimas plateadas por la nieve, como blancos y lejanos cirrus, raspando el horizonte. Los modernos, si contamos desde el siglo xv hasta hoy, ¡qué diablos! muy poco han hecho. Lo que si han hecho, es apoderarse de las verdades dejadas por los antiguos, darles lustre, quitándoles el moho depositado por el tiempo; pulir una que otra faceta mal cortada, para después presentarlas al respetable público con vistosas etiquetas. No hablemos de filosofía, puesto que los modernos no han agregado una palabra más sobre estas cosas. Tratemos de lo que llamamos nuestras grandes conquistas. Si usted quiere, principiemos por la ciencia del cielo, lo más grandioso, lo más exacto y digno de atención, y al mismo tiempo lo más despreciable para todo espíritu vulgar y atortillado. Veamos: gravitación universal.

—Newton, siglo XVII, modernísimo — le contesté.

—¡Pero, mi amigo! si esto era conocidísimo por los antiguos. Créame, no pretendo menoscabar la gloria de Newton, gloria que honra a la humana especie, sinó probar que la idea no era original. Escuche — dijo, y ví moverse las páginas amarillas de un libro viejo, con grandes góticas. — Oiga usted lo que decía Plutarco, ese griego entendido en ciencias y en letras, mil quinientos años antes que Galileo y Newton trataran de la caída de los cuerpos, o sea de lo que llamamos *gravedad*, punto de partida que sirvió a este último sabio para deducir su ley universal de la gravitación. Habla Plutarco: "una atracción recíproca entre todos los cuer-" pos, que es causa de que la Tierra haga gravitar " hacia sí los cuerpos terrestres, así como el Sol " y la Luna hacen gravitar hacia sus cuerpos to-" das las partes que les pertenecen; y por una fuer-" za atractiva, las contienen en sus esferas particu-" lares..." ¿Qué me dice usted de esto?

—Que estoy sorprendido, y que recuerdo la manzana de Newton. (¡Siempre esta fruta con papeles importantes!). Veo que la cuestión de la *gravedad* se agrava.

—Ya lo creo! — dijo la voz.

—Sin embargo, — observé — Galileo y Newton comprobaron experimentalmente las leyes que rigen a ese fenómeno del que tan claramente habla Plutarco, y a mi entender, esa es su gloria.

—Conformes — dijo la voz. — Ahora — prosiguió — usted sabe que partiendo de este fenómeno

terrestre y con ayuda de las leyes de Kepler, Newton dedujo la universal: la gravitación. Veamos si los antiguos conocían esto. Aquí tiene usted lo que decía Pitágoras...

—Si me permite usted, señora voz... Según dicen, no eran suficientes las leyes astronómicas de Kepler para deducir la atracción universal; sinó también las mecánicas de Huyghens, y las físicas de Galileo: esos fueron los tres puntos de apoyo de Newton.

—Está bien; pero atienda usted lo que decía Pitágoras — continuó la voz — dos mil años antes que Newton. Verá usted que la célebre ley del *cuadrado de la distancia*, esa hija de Newton, era perfectamente conocida por los antiguos.

"Una cuerda de música — dice Pitágoras — dá "el mismo sonido de otra de doble longitud, cuan- "do la tensión o fuerza con que esta segunda está "estirada, es cuádruple; y *la gravedad de un pla- "neta es cuádruple de la otra que está a una dis- "tancia doble.*

"En general, para que una cuerda pueda llegar "a estar unísona con otra más corta, de la mis- "ma especie, debe aumentarse su tensión en la mis- "ma proporción que es mayor el cuadrado de su "longitud; y para que la gravedad de un planeta "llegue a ser igual a la de otro más próximo al "Sol, debe aumentar a proporción que es mayor "el cuadrado de su distancia al Sol. Así, pues, si "suponemos unas cuerdas músicas extendidas des-

"de el sol a cada planeta, para que estas cuerdas "llegasen a estar unísonas, sería preciso aumentar "o disminuir su tensión, según las mismas propor- "ciones que serían necesarias para ser iguales las "gravedades en los planetas". ¿Cómo encuentra usted todo esto? — dijo la voz en tono sarcástico.

—Sencillamente hermoso y exacto — contesté. — Veo — agregé — que a más de ser un sabio el tal Pitágoras, fué un artista; porque hay delicadeza y gusto en esa comparación de las cuerdas músicas. — Me permitiría usted, señora voz, una pequeña fantasía con variaciones sobre este hermoso tema de Pitágoras, el que a su vez ya fué variado por Kepler, ese sabio con temperamento de poeta, casi visionario, según Tyndall? — Diferirá algo en la forma, pero no en el fondo, con la fantasía kepleriana.

—Hágala — dijo la voz — aunque no soy aficionado a las variaciones.

—Pues yo me lo figuro a nuestro sistema planetario, como a un instrumento de cuerda, gigantesco, de forma sensiblemente circular, flotando en el negro espacio sin fondo, cual un enorme pulpo luminoso. Sus ocho largas patas o tentáculos, serían las cuerdas que retienen los planetas, las que van a enrollarse sobre un brillante clavijero: el Sol; enorme y dorado clavijero, que afloja o tira según los caprichos del artista. La nota más aguda, necesariamente la daría la cuerda de Mercurio, por ser la más corta; la de Neptuno emitiría la

nota más profunda y grave, por ser la más extensa, y estas dos cuerdas darían la octava. Dentro de este par de notas límites, tendríamos las seis restantes de la escala natural, dadas por las cuerdas de los seis planetas que faltan. Y si a Neptuno, la nota más grave de la escala, le llamamos *do*, Urano sería *re*, Saturno *mi*, Júpiter *fa*, Marte *sol*, Tierra *la*, Venus *si* y Mercurio *do*.

Pero analizando un poco este instrumento, nos encontramos con que se le ha cortado una cuerda, quien sabe cuándo; probablemente al ser templado por primera vez.

—¿Qué diablos dice usted? — rezongó la voz.

—Lo que oye. Entre *sol* y *fa*, debía existir otra cuerda, según cierta ley de reparto que usted conoce: se le buscó con afán, y por fin fueron encontrados sus pedazos.

—¡Ah! se refiere usted a la zona de los planetóides? Son pedazos, según y conforme.

—Habrá notado usted — proseguí — que la cuerda de nuestro planeta debe dar el *la*, lo que es un honor para nosotros, por ser esta nota la fundamental en la música moderna. Así que todo artista que quisiera tocar algo en el magistral instrumento, tendría que pedirnos el *la* para afinarlo: seríamos al diapasón de nuestro sistema planetario. Algunas de estas cuerdas tienen campanillas suspendidas a su alrededor, las que juegan un buen papel en el concierto. Por ejemplo, la cuerda *do* grave, tie-

ne 1; *re*, 4; *mi*, 9; *fa*, 5 (1); *sol*, 2; *la*, 1; a *si* y *do* agudo no se les conoce ninguna.

—¿Ha concluído usted con sus variaciones?

—Démoslas por concluídas — contesté.

—Muy bien. Volviendo a lo que decíamos — prosiguió la voz — ¿conocían o no los antiguos la ley de atracción?

—Se ve que la conocían, pero lo que no sabemos es si supieron demostrarla y comprobarla matemáticamente como lo hizo Newton, usted recordará que Newton probó, de la manera más sencilla, valiéndose de la Luna, aquello de que la atracción se ejerce en razón inversa del cuadro de la distancia: un niño entiende la demostración del gran sabio.

—Ahora fíjese usted — prosiguió la voz — si es que los antiguos conocían el sistema de Copérnico, de que tanto nos vanagloriamos. Escuche lo que decía Plutarco: "Pitágoras creía que la Tierra "era móvil y que no ocupaba el centro del mundo, "sinó que giraba alrededor de la región del fue- "go, por la cual entendía el Sol". — Aristarco Samio enseñaba igual cosa y fué acusado de impiedad, según Arquímedes, "porque alteraba el re- "poso de Veste y los Dioses Lares".

—En todos los tiempos, la misma historia.

—Es verdad; pero en cuanto a lo de Copérnico,

---

(1) Hoy Júpiter tiene 9 satélites y Saturno 10.

el inmortal canónigo de Thorm, recuerde usted, señora voz, que él mismo cita las fuentes en donde bebió y que no son otras que las indicadas por usted. Lo mismo debemos decir de Newton: cuando fué atacado, sus discípulos lo defendieron citando los autores antiguos de que se valió. Todos estos grandes hombres, señora voz, no hicieron más que reavivar con su genio las teorías antiquísimas que yacían sepultadas bajo la ceniza de los siglos, y la verdad brilló de nuevo, así como un carbón casi apagado, chisporrotea y arde al contacto del oxígeno.

—Perfectamente — dijo la voz. — Voy a probarle con papelito en mano, que muchas otras teorías y célebres descubrimientos de los modernos, fueron conocidos y enseñados por los antiguos.

—No se moleste con más citas. Estoy enterado y convencido. Sin embargo, debo decir a usted que no me ha prestado una sola demostración de los antiguos en ninguno de los casos tratados. Pruebas racionales habrán tenido, seguramente, pero los modernos idearon las experimentales, que entran por la inteligencia. Newton y otros, probaron la rotación de la Tierra por la desviación al Este que sufre la vertical de un cuerpo que cae desde gran altura; y en nuestros días, Foucault probó lo mismo con sus clásicos experimentos que lo han inmortalizado. En fin, señora voz, todos creemos tener razón y nadie la tiene por completo. Es cier-

to que las cosas cada día se ven más precisas, más grandes, más exactas, pero la claridad no aumenta: lo que se gana en amplificación, se pierde en luz.

La humanidad navega hacia lo desconocido. Nuevas facetas brillan en el poliedro de infinito número de caras; nuevos eslabones se unen a la cadena interminable. Arden nuevas luces, aparecen nuevos faros; se avistan nuevos mundos y nuevos horizontes se descubren. La tripulación, ajitada, arroja la sonda en todas direcciones, y cuando cree haber tocado fondo, o avistado tierra, un relámpago ilumina el mar sin límites y aparece la boca del abismo.

Pero la Verdad, esa sirena misteriosa y eternamente joven, canta siempre, siempre canta más allá.

¿Adónde vamos? — El rumbo nos es completamente indiferente, porque el espacio infinito no tiene rumbos. La constelación de Hércules y de la Lira, nuestra dirección actual, también marcha viento en popa.

—Estoy conforme con usted — dijo la voz — pero ya es tarde; otro día hablaremos. ¡Adiós! y adelante!

La noche había llegado sin sentirla, y el salón quedó desierto. Pero allá en el fondo, entre la semiobscuridad, el gran reloj de doradas pesas, con calma imponente, hamacaba su péndulo de bronce, dejando filtrar el tiempo gota a gota, al través de

su engranaje complicado. De pronto algo gruñe sordamente, y suenan, como dentro de un sepulcro, siete campanadas, lentas, tristes. Después un suave y lúgubre tic...tac, llena el vacío que el silencio engendra.

LOS INSUPERABLES

—¿Y tú quién eres? — le preguntaba Fausto a Mefistófeles en las primeras entrevistas que tuvieron, antes de firmar el pacto.

El diablo dándose tono, — y con razón, — repondió, según Gœthe:

—Yo soy el que siempre niega.

La misma pregunta debiéramos hacerles a todos esos espíritus mezquinos, no exentos algunos de ellos de ilustración y de talento, pero incapaces de reconocer nada fuera de ellos mismos. Corazones cerrados a todo acto benévolo, a toda expansión altruista, a toda sinceridad; en una palabra: almas eunucas. Críticos de tan fino olfato para descubrir defectos y puntitos negros, que constantemente los vemos andar frunciendo la nariz y mirando de soslayo, cuando no restregándose los pies contra los umbrales, como si algo malo hubieran pisado. Sin embargo, no se me ha ocurrido compararlos con el Diablo porque ¡qué diantre! Mefistófeles, dígase lo que se quiera, fué un cumplido caballero; generoso, galante y siem-

pre amable. Habrá tenido sus mañas y sus especulaciones como cualquier comerciante; habrá cobrado cuentas al final de la cosecha, cargando algo la mano en la libreta o en el fiel de la balanza, pero esas cosas se ven todos los días.

Los nuestros, los insuperables, son espíritus pequeños, podríamos decir: de valor *negativo*; afectados con signo *menos*. Y considerándolos desde este punto de vista matemático, nos explicaríamos varios fenómenos curiosos. Por ejemplo: ¿en qué consiste que un insuperable jamás está de acuerdo con el juicio emitido por la mayoría pensante, imparcial y justa? Naturalmente, porque esa mayoría pensante representa una cantidad de valor *positivo*, afectada, por lo tanto, del signo *más*: pero sabemos que *menos* por *más* da *menos*. Viceversa, ¿por qué un insuperable aplaude todo lo que esa mayoría rechaza o niega? Porque en este caso la mayoría opera con signo *menos*, y sabemos que *menos* por *menos* da *más*.

Se está en reunión de confianza, donde todos opinan con plena libertaad; se discute con sinceridad y sin pretender pontificar. Todo va bien; pero se incorpora a la reunión un insuperable: inmediatamente decaen los ánimos, la gente se encoje y la conversación pierde su encanto. ¿Por qué? Sencillamente porque a esa cantidad de valor *positivo* que llamamos reunión íntima, se ha sumado una cantidad de valor *negativo*: el insuperable; y sabemos que adicionar una cantidad *negativa*, equivale a la sustracción

del correspondiente número positivo. Si a 20 le sumamos—5, nos quedan 15.

Sin embargo, existen insuperables completamente inofensivos y hasta útiles muchas veces, a los cuales la gente se complace en darles cuerda porque algún provecho saca de ellos. Y son inofensivos, porque se consideran en otro plano, a una grandísima altura, más allá de las nubes. Por eso es que nos hablan paternalmente. Su modo de decir es suave y acariciador, aunque algo meloso. Se parecen a esas frutas remaduras, pasadas de punto, envueltas en una finísima película de moho, chorreando jugo agridulce por todas sus grietas.

INTERMEZZO

Hay cierta clase de honorabilidad que en las primeras apreturas ¡crack! se rasga, y esto le sucede porque es teórica, falsa; cuando más heredada, pero no adquirida. Mientras el caso de prueba no se presenta, el individuo se pavonea muy orondo con su valioso caudal, pero andando el tiempo, le pasa lo que a las mulas de carga: en el primer charco que encuentran se revuelcan con todo lo que llevan encima y ¡adiós bolsas de arrope, quesos, pasas y pelones!

*
* *

Generalmente el *hombre vivo,* de quien he hablado alguna vez, se cotiza a mejor precio en materia de consideración social que el hombre ilustrado y de talento. Sin embargo, el hombre vivo, representa la astucia en todas sus faces, y la astucia o arte de engañar corresponde a una facultad inferior: a los animales debiéramos aplaudirles sus cábulas, pero como el hombre se quiere dar el lujo de no ser animal...

La mayoría de los grandes hombres fueron y son completamente inútiles para mentir y perfectamente aptos para ser engañados por el prójimo inferior.

La política y el comercio son ambientes muy propicios para el desarrollo del *hombre vivo*: allí encontramos notables ejemplares de sangre purísima y brillantes aptitudes.

*
* *

Por lo general, nuestros compatriotas millonarios y millonarias, se ocupan más en asegurar sus almas para la otra vida, que de aliviar al prójimo menesteroso. Por eso es que vemos muchas capillas lujosas erigidas por ellos, muchas torres góticas con sus agujas apuntando al cielo, como queriendo abrir brecha para que pasen derecho las almas piadosas que las mandaron construir. Pero no vemos hospitales, ni asilos, ni casas de refugio, ni nada, en fin, que implique altruísmo. De esa manera pretenden matar al Diablo y apagar el fuego del infierno, cuando realmente sería mejor apagar la sed y matar el hambre de sus semejantes, porque si las cosas anduvieron mal, me parece que el Diablo se las llevará, no obstante sus capillas y sus torres góticas.

*
* *

Es claro que no hay crítica sino críticos, así como no hay enfermedades sino enfermos. A cada uno le

duele el estómago de diversa manera; y si a mí, en tal caso, me sienta bien una empanada, a otro lo dejará bizco. El juicio de ambos sobre la empanada será distinto seguramente, pero los dos habremos dicho la verdad.

Cada época tiene su manera de ver y de sentir, y la mejor obra de arte o de pensamiento será aquella que resulta nueva en todos los tiempos, que se adapta a todas las latitudes, que soporta todas las miradas aunque cambien mil veces de color. Don Quijote, la obra inmortal, ¿de cuántas maneras no ha sido interpretada desde la mañana aquella en que al famoso hidalgo se le ocurrió apretarle la cincha a su rocín y escabullirse sigilosamente por la puerta falsa, mientras el ama y la sobrina dormían a pierna suelta, y el rubicundo Apolo con su dorada cabellera... y "los pequeños pajarillos con sus arpadas lenguas..."?

*
* *

Eso de novela histórica, siempre me ha hecho cosquillas.

Me suena tan mal como aquello de que tal azúcar *sala poco,* o de que un enfermo *ha sufrido* una gran mejoría.

La novela y la historia no debieran andar juntas ni en carnaval. Que cada una haga lo que pueda por su cuenta y riesgo, para que después no se culpen

mutuamente. Es una cruza que fatalmente tendrá que dar productos híbridos.

*
* *

Antes se creía que el pensar era algo así como un honesto pasatiempo de gente ociosa; algo que requería tanta energía como la necesaria para rascarse o para fumar, tendido de espalda, un buen cigarro. Pero hoy en día, gracias a la fisiología experimental, se sabe y se prueba matemáticamente, que el pensar con cierta intensidad, ocasiona un desgaste físico, por lo general, más intenso en igualdad de tiempo que el trabajo muscular.

Sólo después de conocer esta verdad científica, puede uno explicarse por qué, en general, es mucho más fácil y corriente creer que dudar. Naturalmente, para dudar es menester raciocinar, discutir, comparar; es decir, pensar, o, en otros términos, trabajar, y la humanidad fué siempre inclinada al *dolce far niente;* mientras que para creer, así no más por que sí, basta tener buena voluntad, o más bien dicho, no tenerla.

Cuando en tiempo de los Borbones, — según dicen — fué nombrado el duque de Angulema gran maestre de la marina francesa, surgió de golpe una dificultad, y era que el señor Angulema se encontraba completamente disgustado con las matemáticas, al grado de no estar muy seguro de lo que era un triángulo.

Entonces se resolvió que el matemático más eminente de Francia instruyera al duque. Así se hizo, pero a las primeras de cambio el discípulo se empantanó de la manera más desastrosa, tanto, que ni con la palanca del gran sabio antiguo hubiera sido posible moverlo.

Desesperado el gran profesor, viendo que predicaba a un poste, se dirigió al discípulo, más o menos en estos términos: — "¡Monseñor! os juro que lo que trato de demostraros es la verdad".

—¡Pero, hombre! — exclamó el duque, abrazándolo: — ¿por qué no me lo dijistéis antes? Así nos hubiéramos librado de tanto número y cálculo, y de fatiga tanta.

De lo que se deduce que mejor es creer sin andar hurgando ni averiguando mucho... con tal que sea cierto.

*
* *

La oportunidad no admite espera; aprovecharla en su punto, es tan difícil como tomar de la cola a una rata que se escurre en la cueva.

*
* *

Existen dos gremios por quienes tengo compasión: los maquinistas y los periodistas. No me explico cómo se puede vivir metido en un horno, asado, en-

grasado, tiznado, paralizado, aspirando un aire enrarecido entre humo, carbón, aceite y cenizas.

Y los periodistas ¿cómo hacen para escribir siempre, tengan o no tengan ganas, tiempo, ideas, voluntad?

Hay momentos en que ni con prensa hidráulica se le puede hacer destilar al cerebro; sin embargo, el del periodista, a la menor presión algo destila: se parecen a esas vacas escuálidas de los tambos a las que nunca les falta cuatro chorros azules y bulliciosos para llenar la copa de espuma al dispéptico marchante.

* * *

No es solamente Renán: en el fondo de toda alma sensible, como en el fondo del mar de la leyenda bretona, también se encuentra sumergida una misteriosa ciudad de Is, con sus torres de agudas flechas. Y en noches tranquilas se escucha el tañido misterioso de campanas que suenan allá, en las lejanías del pasado. Mas para percibir con nitidez sus dulces vibraciones, es menester encontrarse lejos del "mundanal ruido", del odio, y lo más cerca posible de la Naturaleza.

VELORIO SINIESTRO

Corrían los tiempos de la tiranía.

El estampido seco y estridente de una descarga de fusilería, repercutió por todos los ámbitos de la ciudad; y el cielo encapotado y triste de una tarde de invierno, devolvió hacia la tierra el eco infausto de la pólvora, como si no quisiera participar de tanto crimen.

La campana mayor habló de agonía con su voz grave y solemne, invitando a orar por las almas de los tres ajusticiados que en ese momento caían del banquillo.

Cumpliendo su piadosa misión, los miembros de la Hermandad del Pilar recogieron apresuradamente los tres cadáveres, los amortajaron y colocaron en sus ataúdes, llevándolos después al templo para velarlos esa noche como de costumbre. El velorio se hacía por turno, tocándole dos horas a cada uno de los socios.

A eso de la media noche, llegaba a la iglesia el doctor X, bien arrebozado en su amplia capa, con el ob-

jeto de relevar a otro doctor en la fúnebre guardia.

Es bueno saber que a la Hermandad del Pilar pertenecía la flor y nata de Córdoba, por eso es que entran y salen doctores.

Después de una breve oración, el relevado se retiró, y sus pasos que en un principio llenaron la nave solitaria, se extinguieron en la calle sombría y desamparada.

Lloraban las nubes lentamente, envolviendo a la ciudad dormida en un tul finísimo de lágrimas.

De tarde en tarde, oíase el alarido prolongado y tétrico de los centinelas.

Quizás en ese momento lloraban también las madres, hijos o esposas de los muertos.

Dentro del templo tibio y silencioso, flotaba en el ambiente ese perfume vago y embriagador que exhalan las flores marchitas; triste y dulce perfume por ser el último canto de la flor moribunda, las últimas notas de una melodía que se esfuma.

Las imágenes de los santos, en sus variadas actitudes, miraban hacia los féretros con insistencia extraña; y los cuatro cirios de llamas inmóviles, lloraban también lágrimas de cera.

Algunos murciélagos, con su volido ondulante, cruzaban la nave de un extremo al otro, y chirriaban de gusto, cuando al pasar como flechas por entre los cirios, lengüeteaban las llamas: — parecían columpiarse entre el coro y el altar mayor, agitando el aire con sus alas de trapo y sus chirridos de goznes sin aceite.

De vez en cuando la madera reseca de los confesonarios, embotada por la humedad, crugía lastimosamente, como si soportara el peso de grandes pecados. Después, volvía a reinar un silencio mortal.

—Me permite una palabra — dijo alguien, con voz trémula y débil.

El doctor se estremeció y miró hacia la puerta, pero él bien sabía que estaba cerrada.

—No se asuste, señor; yo soy Pérez y estoy vivo — dijo la voz.

El doctor dió vuelta y quedó estupefacto.

Entre los cuatro cirios amarillos, se destacaba un fantasma blanco y ensangrentado.

—Sálveme, señor; le aseguro que no estoy muerto! — dijo la visión. — Me hirieron en un brazo y en el pecho y me hice el muerto.

—¡Es posible! — dijo el doctor, después de un momento de silencio y como saliendo de un sueño. —¿Qué significa...? ¿Cómo es esto...? Pero entonces, está usted vivo? Bueno; bájese y salgamos, ¡pronto! ¡pronto!

—Ayúdeme a bajar — replicó el fantasma.

El doctor se aproximó, alargándole le mano.

—Ahora, póngase usted mi capa sobre la mortaja y vamos — dijo.

Salieron, cerrando de nuevo la puerta.

Lloraban las nubes, y un viento frío pulverizaba sus lágrimas heladas, azotando con ellas muros y tejados.

—Al convento de los Franciscanos — dijo el doctor.

Oyóse de nuevo el grito lejano de los centinelas. Y la intensidad de los destemplados alaridos disminuía, aumentaba o se extinguía de golpe, según las ráfagas de viento. El vendaval jugaba con las voces, como juega el gato con los ratones.

Llegaron a la portería del convento, agitando rápidamente la campanilla. Se oyeron pasos y ruidos de llaves, y el portón se abrió. Un lego asomó su cabeza encapuchada.

—Queremos hablar con el padre guardián; es urgente, hermano.

—Está bien — dijo el lego, cerrando la puerta.

Después de un momento de expectativa anhelante, volviéronse a oir pasos y ese tilinteo suave y simpático producido por el choque de las medallas y las cuentas del rosario: apareció el padre guardián, tranquilo y amable. El doctor le puso al corriente de lo acontecido, entregándole el reo para que lo salvara. El difunto devolvió la capa al doctor, y su blanca silueta y la gris del padre, se desvanecieron juntas, cual sombras dantescas, a lo largo de los claustros tenebrosos.

Sonaron de nuevo las llaves.

Silbaba el viento y lloraban las nubes en silencio...

1902.

CHARLA CANINA

A pesar del sentimental discurso de Lord Byron en la tumba de su perro, o algo así por el estilo; no obstante las consideraciones de Schopenhauer sobre el mismo cuadrúpedo, quien (el filósofo) declara preferir la amistad canina a la de todos sus compatriotas juntos, los alemanes; tomando muy en cuenta el sacrificio de Ricardo Wagner, cuando en plena miseria y en plena lucha por la gloria, allá en París, tuvo que vender su chaleco para dar de comer a su hermoso perro de *terranova;* y por último, descubriéndome con sincero respeto ante la tumba de Barry, el heroico perro *sanbernardo,* en cuya foja de servicos están grabados los nombres de cuarenta personas salvadas por él de entre la nieve, y muerto al fin de trágica manera; no obstante todo esto, creo que al perro, como a muchas otras cosas, se le va pasando la moda.

Los tiempos no están para tanto perro. En general, animales sobran y falta gente. Antes era materia de lujo un par de cuzcos pelados, para los

pies de la cama, en noches de invierno; ahora este sistema de calefacción animal no pasa de una inmundicia. Pero esto no quiere decir que nuestros abuelos hayan sido más sucios que nosotros, ¡qué esperanza! Lo que hay es, que ellos entendían la suciedad de otra manera, era otro su criterio en materia de limpieza, porque no conocieron microbios.

Hoy día, un vaso de agua cristalina no filtrada, es mirado por muchos con horror, mientras que antaño se le bebía con delicia.

Decía que los tiempos no están para tanto perro, especialmente en las ciudades. Sin embargo, llamemos a la puerta de muchas casas, y verán cómo estalla una cuadrilla de cuzcos de distintos formatos y pelaje. Afluyen al patio de todos lados y se precipitan a la carga contra el que llega, como si se tratara de un salteador. A veces el loro que está allí, más aburrido que un portero, se entusiasma con la algazara, y por entre el pico atiborrado de pan con leche, anima a los cuzcos con un suculento ¡chúmale! Entonces el zaguán se nubla de perros y el intruso se encuentra bloqueado.

Es inútil que trate de apaciguarlos llamándolos por sus floridos nombres: Jazmín, Diamela, Clavel. Es mejor que espere sin moverse hasta que acuda la sirvienta. Esta ninfa se presentará al fin con una cara muy poco halagüeña, y como a los veinte metros de distancia, y sin importársele un bledo del bullicio canino, nos gritará: «¿Quién es?»—Le

contestaremos: «Yo soy», y quedaremos en la misma, porque hay mucha gente que se llama «yo soy» y porque los perros no dejan oir absolutamente nada. Entonces la ninfa, inclinándose como si fuera a levantar una piedra, amenaza a los perros con un terrible *¡aguá verá!*

Al grito, la nube canina se disipa en remolino, ladrando y aullando, entre resentida y temerosa, y vuelve a sus puestos respectivos, es decir, a las camas, sillones o sofaes.

Haga la prueba el lector y cuente, al andar por las calles, los perros que vea. Encontrará sin duda al *choco* criollo compadre, de cuerpo empalizado, cola enroscada y dura como coscorrón de boliche; al pelado, cabeza baya y plumerito moro en la cola: al cuzco blanco, lanudo y sucio, de panza rosa a fuerza de uña, que por lo general suele llamarse Jazmín o Diamela, según el sexo; y por último, a un nuevo tipo de cuzco importado no ha mucho, y que va cundiendo con la rapidez de la influenza: me refiero a esos ñatitos bayos boca negra, cabeza de sapo reventado, caras de idiotas (y lo son completamente), ojos saltados y dientes salidos; una verdadera calamidad, estéticamente considerados; sin papel, ni gracia, ni instinto recomendable, por más que sus inventores, los ingleses, según entiendo, digan que son muy *ponitos*.

Verá también al perro grande, criollo, mestizo o fino, borneándose entre los cuzcos con aire despreciativo. Toda esta récua canina anda de ociosa

y en procesión diurna y nocturna, aplanando veredas, gruñendo y levantando la pata por «quítame esas pajas»; mientras que en los frisos, paredes y puertas de calle, se dibujan con toda nitidez Américas, Africas y Oceanías.

En China y en Turquía abundan los perros, es verdad, pero también es cierto que no son los pueblos más limpios. Después, en China, los perros se comen, mientras que entre nosotros sería una injuria grave aconsejar a esa pobre gente que declara a gritos morirse de hambre, echara al horno el cuzco más gordo de la tropa que *mantiene* a costillas o jamones del vecino.

—¡Cómaselos usted, su perro cochino! — nos dirían, seguramente.

En fin, soy partidario sincero de la protección a los animales, así que no pido la muerte para los perros, sino que los suspendan... que se limite su propagación, porque este noble animal no necesita haber leído *Fecondité* para triplicarse en un año.

ASHAVERUS

¿Quién es un hombre de aspecto taciturno, mirada vaga y andar sonambulesco, que hablando atrae, y escribiendo resulta un pensador?

Un señor que de negro siempre anda vestido, gasta blando zapato, chambergo alado y algunas veces su poquito de melena; que al caminar no mete el menor ruido; que nada mira y que todo vé (lo que sí es un gran mirón del sexo bello); que tiene tan bien calada a nuestra gente, que la conoce tanto como el frutero conoce sus melones.

Es un filósofo por dentro y fuera, un raro de talento, un escéptico afable, sin odios ni rencores, que se deja llevar por el río de la vida sin preguntar a dónde, porque sabe muy bien que ciertas cosas es inútil tratar de averiguarlas.

Sin muchas inquietudes, ilusiones ni temores, con cachaza oriental, pero sin una pizca de nirvana, boga sereno, fumando en la gran pipa del intrincado mundo, sin mirar con insistencia ni hacia atrás ni hacia adelante, y así va gozando con el poco de verdad y de belleza que en el camino encuentran los que como él, tienen un espíritu sensible y en la ciencia y en el arte creen.

Hombre de hielo, al decir de algunos, pero al que veréis, no obstante, con los ojos húmedos de lágrimas cuando emite o escucha un pensamiento delicado, bello, noble o bueno.

Escritor original, de estilo cervantesco cuando le da la gana, y que aún diciendo mucho, es más lo que sugiere, porque su pensamiento siempre obliga a interpretar, siempre deja que raspar, como las inolvidables pailas de brillante cobre, en que nuestras abuelas confeccionaban el dulce de membrillo, y que los nietos, armados de cucharas, pedíamos a gritos, concluída la faena, aunque después crugieran las barrigas con el dulce caliente y hubiera que acudir a los emplastos.

Es el autor de «Tierra Adentro», en donde el filósofo y el observador campean juntos, y autor también de otras cosas inéditas muy buenas, según dicen, aunque no lo sea de los días de nadie, lo cual, al fin, no tendría mérito ninguno, pues de lo contrario, debiéramos aplaudir al primer botarate que pasa por la calle.

De él dijo alguna vez Rubén Darío: «es un judío errante cordobés, de aspecto socarrón, palabra amable y poca, juicio bastante, sencillez innata, experiencia de las cosas de la vida y una afección o especie de poético amor por la vida de las cosas». ¿Y ahora lo conocéis? — Ahora sí: es don Amado.

Pues había sido usted muy lerdo.

1902.

"CANTOS RODADOS"

José María Vélez, el rubio de aspecto apacible pero tan nervioso, rápido y vehemente como un cachorro de león de esos que él pinta descuadrilando cabras y carneros, surge de nuevo con un nuevo libro.

«La Casta», «Cumbres y Quebradas», y ahora «Cantos Rodados».

Estos «Cantos Rodados», lejos de acusar, como la ciencia enseña, una corriente de agua que pasó en tiempos lejanos, nos muestra el torrente impetuoso y bullidor que actualmente los pule y redondea.

Se ha dicho, con verdad, que una obra de arte es la naturaleza vista al través de un temperamento. Vale decir, que el temperamento es como un cristal que se interpone entre el autor y el mundo; y es claro que según el color de ese cristal, han de resultar las cosas.

Los pesimistas ven todo negro, o por lo menos ceniciento, de lo que se deduce que su cristal está

ahumado. Otros ven azul, verde; éstos son los simbolistas e ilusionistas. Los que llegan a ver con luz blanca, natural, son los genios de la talla de Gœthe.

El cristal de Vélez es policromo, sin encontrarse el color negro; por eso es que sus «Cantos Rodados» brillan y chispean con mil matices.

La naturaleza que él nos pinta es exacta en el fondo, pero muchas veces se la ve desaparecer entre las llamaradas de su entusiasmo poético, como Elías, el profeta, en su carro de fuego.—Si alguna vez en sus páginas hay obscuridades, es por exceso de luz.—Los extremos se tocan.

Al cerebro de Vélez me lo figuro vibrando como un cinematógrafo. Las imágenes llegan en tumulto y pasan zumbando, desapareciendo en torbellinos vertiginosos, como bandadas de pájaros asustados. De ahí esa constante inquietud, ese estrépito, esa exuberancia de colores que percibo en sus cuadros, y que alguna vez producen el vértigo.

Falta, sin duda, la nota dulce y tranquila de la naturaleza: lo que en música correspondería al *modo menor*.

Para mí, es decir, según mi cristal o vidrio ordinario, la naturaleza en general es siempre sencilla, hermosamente sencilla; imponente, suave y penetrante como la mirada de una diosa griega. Hace pensar, conmueve y levanta el espíritu, pero rara vez lo sacude y agita con violencia. Su contemplación dilata y ensancha el alma, como el gas al globo,

para después remontarlo en silencio a la región de
misterio.

Por lo tanto, el exceso de colores, los adorno
complicados, la inquietud desmedida, no le sientan
bien a la naturaleza, como tampoco le sentarían
una mujer hermosa.

Pero hay mucha luz, mucha vida, mucho espíri
tu vibrante y noble en «Cantos Rodados».

Las dos páginas del colibrí, valen por un poema

1902.

LA GUITARRA Y LOS DOCTORES

A Leonor Allende, escritora.

Si el canto de un ruiseñor, según Heine, dejó en suspenso a un grupo de graves canónigos, que en medio de un bosque florido discutían a gritos intrincados asuntos teológicos, yo he visto, en cambio—decíame un amigo protagonista de este breve caso—derrumbarse de golpe todo ese enorme prestigio de que gozan los doctores ante la gente sencilla del campo, al sólo impulso de una buena guitarra, aunque no tan melodiosa como el célebre pájaro de los canónigos.

Siéndome necesario respirar aire de montaña y beber leche de cabra, dos cosas buenas y baratas—prosiguió mi amigo—me dirigí a uno de esos lujosos hoteles en la sierra, para desde allí buscar sin apuro cualquier casita de familia «pobre, pero honrada», donde a uno se le hospeda sencilla y francamente.

Después de algunas horas de continuo caracoleo

y gambeteo por entre las breñas, donde a cada instante se ve a la locomotora ralentar su marcha cautelosamente, como si quisiera olfatear el abismo que de improviso abre su boca desdentada y fría a un metro de riel, llegamos al hotel. Estaba repleto de gente «de abajo», como diría Sarmiento. Toda ella debía ser muy distinguida, por su gravedad silenciosa y tiesa. La entrada al salón-comedor, a la hora del almuerzo, resultó muy interesante. Las damas y señoritas, elegantemente vestidas, perfumadas y empolvadas, fresquitas, recién levantadas —han salido a tomar campo.—Los hombres, recién levantados también, muy elegantitos, aunque no tan frescos sin duda, pero igualmente empolvados y perfumados. Un silencio de iglesia reinaba en el gran salón. El ambiente era frío a pesar de las soperas humeantes. Se hablaba a media voz, mientras se sumergían los cucharones con marcada displicencia. De pronto estalla un instrumento de clasificación dudosa, emplazado al centro: tiraba a órgano sin pasar de aristón.

Entre plato y plato murió *Traviata,* a quien le hubiera sentado admirablemente una temporadita de sierra; *Mefistófeles* da su serenata por cuenta del doctor; *Ernani* muere perdonando *a tutti;* don Basilio se florea en el aria de la calumnia, y hasta las *Walquirias* pasan a media rienda con Wagner en ancas. El áspero rezongo de tal instrumento resulta insoportable. Comienza a tomarse gusto a aristón a todo lo que se come.

Por fin concluye el sacrificio y la gente se retira discretamente. El mozo me pregunta si desearía tomar café en la espaciosa galería donde se reune toda la gente a esa hora. Efectivamente: allí estaban todos formando dos enjambres, las mujeres en un extremo, envueltas las cabezas en amplios tules vaporosos, para evitar el aire y la luz de un día hermoso.

El conjunto semejaba una espléndida nebulosa irresoluble. Analizada con el espectroscopio social, no hay duda que hubiera dado las tres rayas clásicas y quizá algunas otras. Cuanto a los hombres, será mejor no tocarlos: están muy bien peinados, muy bien almidonados, olímpicamente arrellenados en sillones de mimbre, fumando a pierna cruzada y pantalón remangado, para mostrar, si no me engaño, la rica media crema calada, lo que daba lugar a un variado surtido de flacas canillas a la vainilla. Leían diarios y revistas.

Mientras tanto, en las quebradas umbrías y las lomas risueñas, bajo un cielo azul purísimo, rebuznaban los asnos con verdadera sinceridad y contentamiento, elogiando, sin duda, la vida natural y sencilla de la montaña. Sin embargo, nadie se daba por aludido.

Dos días después me despedí de esa mansión encantadora... y del aristón, para irme a alojar en casa de misia Liboria, distante unas tres leguas del hotel; casa de huéspedes muy recomendada por el cochero que me llevaba.

Es bueno saber que todo el lujo de un cochero serrano, consiste en demostrar que su coche no sabe quebrarse ni volcarse: y lo prueba, cruzando despeñaderos al galope y bajando lomas a media rienda.

—¡No vaya a volcar, amigo!

—¡No, íde!

—¡Va a hacer pedazos su coche!

—¡Diande!

—¿Y cuándo llegamos?

—Aurita, no más. ¡Yra *picaflor!* ¡movete *laucha!*

Lo que había llegado por lo pronto era la noche, con cielo cubierto, tragándose las montañas con sus precipicios, sus arroyos y sus peñascos. Quizá por eso íbamos a media rienda.

—¿Vé aquella luz? Allí es.

—Ahora, agárrese bien, que vamos a bajar la barranca de los loros, para ir a caer al mismo patio de las casas. Una sola vez líquida he volcao... porque no me largué derecho. ¡Agarre las cajas!

En ese momento me pareció que el coche volaba, tal era la fuerza con que cortábamos el aire, hasta que un feroz barquinazo, capaz de hacer saltar los dientes postizos mejor colocados, me sacó de la duda. El coche se había detenido. Todos los perros de la casa ladraron sin ganas, por compromiso, mientras que una mujer trataba de alumbrar con un farol bastante turbio.

—Este es el mozo que li tratáo, misia Liboria— dijo el cochero.

—Hacelo que pase; ya está la pieza.

—¡Muchachas, bajen los bultos!

Dos mujeres invadieron el coche. Me presenté a misia Liboria, quien se excusó de darme la mano por haber estado picando cebolla. Buen aspecto el de la patrona: baja, chata y muy risueña. Paso por alto a las dos muchachas, porque equivalían a un fuerte dolor de estómago. Diré únicamente que se llamaban Pepa y Nicomedes. Nadie se hubiera opuesto a que se llamaran Virginias, por ejemplo.

Me encontraba en ese estado ambiguo de todo el que llega a una casa desconocida, cuando se me dijo que estaba servida la comida en mi cuarto. Efectivamente, allí encontré una mesita redonda de tres patas, un perro al lado de la mesa, una jarra con agua, un pan más pálido que un muerto y un plato enlozado soportando una tumba esferoidal, humeante, pelada y dura, la que al sentirse pinchada por el tenedor, dió un brinco tan violento, que fué a caer justamente en la boca del perro. Al pobre animal lo ví encogerse y ponerse bizco, mientras la tumba hacía su recorrido; deglutió por última vez, se lamió el hocico y quedó pensativo. Yo también deglutí y quedé pensativo.

Nadie venía. Se escuchaban las voces de mando de la patrona desde la cocina y el taloneo de las muchachas, pero nadie llegaba. Por fin, me levanto y llamo con fastidio. Se presenta una de las dos

muchachas con una fuentecita de pichones dorados y aromáticos.

—¿Se le ofrece algo, señor?

—¿Qué dice? Vamos a ver, traiga la fuente!

—¡No, señor, si son pa los doutores!

—¿Cómo para los doctores?

—Sí, pa los doutores que están en el cuarto de la esquina — dijo — y desapareció.

Llamé a la patrona y me dijo que a los doctores se les cocinaba especialmente, porque eran muy delicados.

—Pero ¿pagan lo mismo que yo, señora?

—Sí, señor.

—¿Y entónces?

—Ya le van a traer la mazamorra, señor—dijo— y se fué.

—No la mande; mañana hablaremos.

Retiré la mesita, le mostré la puerta al perro y me acosté.

A la mañana siguiente me dirigí al corral de cabras; allí estaba misia Liboria ordeñando.

—Es la leche que prefiero, señora. Buen día.

—Lo mismo los doutores. Buenos días. Si alcanza le serviré una copa. Usté ve que las cabras son pocas y ariscas y los doutores toman leche descansando.

—¿Con que son pocas y ariscas? ¡Ojalá se le fueran todas! Y me retiré.

Pensé volverme a Córdoba inmediatamente, pero el carruaje debía pedirse con dos días de anticipa-

ción. Como derivativo, resolví salir a caballo. Busqué al peón-guía de la casa y le manifesté mi proyecto.

—Yo no tengo inconveniente de acompañarlo, señor, siempre que no me ocupen los doutores. No hay más que tres caballos buenos y están reservados para ellos.

Sin contestar nada me dirigí a la puerta. Allí encontré unas higueras monumentales cargadas de fruta y de zorzales breveros. Una hermosa acequia uzaba en silencio por entre los árboles, y de vez 1 cuando oíase el chirlo cristalino que daba una eva al caer en el agua. Yo había iniciado un ataque de verdadero hambriento, cuando en lo mejor alguien me dice:

—Señor, puede ir a las higueras del alto, porque éstas son reservadas...

—¡Ah! para los doctores, ¿no es cierto?

—Sí, señor.

—Pues dígale a su patrona que no quiero retirarme, que me mande sacar con sus *doutores*.

Llegó la hora fatal de la comida. Era una espléndida noche de luna. Los arroyos lejanos cantaban *berceuses* monótonas a la luz opalina del astro triste, como si quisieran hacer adormecer a las montañas. El hambre apretaba. Hacía media hora que me habían traído una tumba de carnero tan dura y gambetera como la anterior. El perro estaba en su sitio, con los ojos puestos en el plato. Al fin, me dí por vencido. Arrojé la carne a su

pretendiente, quien la hizo pasar de largo, quizá por aquello de que peor es meneallo. Retiré la mesita y apagué la luz, conformándome con la de la luna que entraba por la puerta. Desorientado, disgustado, hambriento, me acordé de mi guitarra. Encerrada la pobre en su estuche cuadrilongo, nadie habría sospechado de su existencia. La saqué de su prisión.

Lo primero que se me vino a los dedos fué una romancita de Mendelssohn, muy sentida, en arpegios. Aunque el instrumento era excelente — una guitarra de concierto — quedó sorprendido de su s ridad. Se debería quizás a la sequedad del aire... o al hambre que me afligía. Momentos después me pareció que se obscurecía algo en el cuarto. Miré hacia la puerta y ví la silueta de la patrona con el cucharón en una mano. En seguida hubo otra intermitencia en la luz: era una de las muchachas con una fuente; por fin el eclipse fué total.

No se veía más que un racimo de cabezas inmóviles. Me dí cuenta en el acto de lo que pasaba. Entonces comencé a variar el repertorio sin cuartos intermedios. De vez en cuando alcanzaba a percibir frases cortadas y en secreto: «A mí se me hizo que era órgano»; «De lejos parece piano»; «Yo habíai querer verle los dedos», refunfuñaba una voz de hombre.

De pronto se oyeron unos gritos como debajo de tierra:

—¡Nicomedes! ¡Peeepa!

—Ché, te están llamando los doutores — dijeron a media voz.

—¡Mentís! Es a vos que estás con la fuente!

—¡Cállense, chinitas...!

Para evitar el desbande entré de lleno en el repertorio criollo.

A los primeros compases de un gato punteado, se le volcó la fuente a Nicomedes.

—¡No empujen, oh!

El cuarto se saturó con un perfume exquisito.

—¡Se le quema el asao, misia Liboria!

—¡Callate! Andá, dalo güelta.

Los gritos de auxilio de los doctores seguíanse oyendo.

De pronto sentí un bozarrón que decía:

—¿Y qué significa esto? Hace una hora larga que esperamos la comida! ¡Ya estamos roncos de gritar!

—¡Pero, si son estas chinitas! — dijo la patrona — y se hizo humo la concurrencia, aclarándose la puerta.

Entonces ví a dos individuos con las servilletas al cuello, que se retiraban rezongando.

Me había vengado.

Satisfecho, cerré le puerta, guardé la guitarra, abrí una caja de conservas, cumplí con mi estómago y me acosté.

Serían las cinco de la mañana, cuando sentí golpes en la ventana.

—¿Qué hay?

—Dice misia Liboria que si le traen la leche de cabra a la cama o si usted irá al corral.

—Que me la traigan — contesté ahuecando la voz.

En seguida siento otro llamado a la ventana y una voz de hombre:

—Señor, ya está el caballo ensillado, por si gusta salir conmigo.

—¿Y si quieren salir los doctores?

—¡Y diai! ¡que salgan! Lo que es yo me he comprometido con usted.

No había tal compromiso.

Golpearon a la puerta anunciando la leche, y entró la Pepa, crujiéndole el vestido recién planchado. Traía dos copas de cristal azul, rebosando de leche espumosa y un ramito de nardos y albahacas "por si me gustaban las flores".

—Parece que hoy han dado más leche las cabras — le dije.

—Si son lecheras: lo que hay es que los doctores...

Salimos a caballo con el guía. Me dijo el hombre que yo montaba el mejor caballo del pago, pues era el parejero de su tío Blas, a quien se lo había pedido para mí.

—¿Y no podría venir mi tío — agregó — para oirle tocar la guitarra?

—Con mucho gusto, amigo.

—¡Más bien que no lo oiga mi tío, porque le va a mandar hasta la majada!

Volvimos de la excursión a la hora del almuerzo Ya estaba tendida la mesita; pero ¡qué cambio! Man-

tel flamante, un gran ramo de flores al centro y una fuente de higos remaduros. Las dos muchachas, a cual más emperifollada se presentaron al mismo tiempo a preguntar si ya deseaba almorzar. Dije que sí. Al salir, oí que decían:

—A vos te toca servir a los doutores.

—¡No sé nada!

—¡Vamos a ver!

Las dos volvieron; una trayendo un pollo asado al horno y la otra una vistosa fuente de ensalada de tomates, lechuga y yemas de huevo.

—¿De qué higuera son estos higos?

—De la de los doutores.

En ese mismo momento llegó misia Liboria para decirme que le indicara con tiempo los platos de mi agrado, pues deseaba conocer mis gustos... y que si podría tocar la guitarra esa noche, en obsequio de sus hermanos, que debían costearse desde tres leguas. Respondí que con el mayor gusto.

—También quería preguntarle — agregó que si no necesitaba a las dos muchachas, para ocupar una de ellas con los doutores.

—Me basta con una, señora.

—Bueno; andá vos, Nicomedes.

La aludida hizo una mueca y salió murmurando.

Esa noche toqué la guitarra en obsequio de la parentela de misia Liboria, vale decir para todos los habitantes de la pequeña comarca.

Al día siguiente comenzaron a llover quesos, manzanas, tunas, cabritos, melones y sandías.

—En fin — dijo mi amigo, protagonista de esta aventura — en el campo valen más las seis cuerdas de una buena guitarra que los seis años de universidad.

Setiembre de 1907.

TEMAS SIN SALIDA

A Arturo Capdevila, poeta-filósofo.

Quizás no hay ambiente más propicio para el ensueño filosófico, para esas divagaciones trascendentales, que el de una noche estrellada y apacible en plena pampa, después que el sol ha caldeado la tierra brutalmente hundiéndose por fin hacia el occidente, con general contentamiento de todos los seres que no disponen de heladeras ni ventiladores.

Esa es la hora en que se "comienza a vivir", como suelen decir las señoras sofocadas y las niñas que temen al sol. Oyese el ruido característico de las sillas-hamacas y de tijera, remolcadas perezosamente hacia lo más despejado de la casa, mezclado a las exclamaciones elogiosas respecto a la brisa que se inicia saturada del perfume de los alfalfares.

Desgraciadamente no son estos los tiempos de fray Luis de León, para gozar a pulmón lleno y nariz abierta del aire y la fragancia de los campos: "El

aire el huerto orea, y ofrece mil olores al sentido; los árboles menea con un manso ruido que del oro y del cetro pone olvido". Al contrario, aquí en esta región, el perfume de la alfalfa nos recuerda el prosaico y sabroso problema de la exportación de ganado a Europa.

La poca gente de la casa fuése ubicando en sus sillas predilectas, y después de tomar la posición característica de las circunstancias, esto es, reclinadas hacia atrás, y por lo tanto mirando al cielo sin querer, se inició una conversación amable y general entre algunas personas, gente toda de bastante espíritu y cierta instrucción.

—¿Y de qué hablaremos esta noche tan espléndida? — dijo una señorita.

—Siempre que no sea de política o de religión, puede usted iniciar el tema — dijo un caballero.

—Muy bien pensado — agregó una señora — así se aleja la posibilidad de que nos arañemos la cara o el alma. Para que una conversación sea agradable e inofensivo debe recaer, me parece, sobre lo que se ignora, sobre lo trascendente, sobre el misterio...

—¡Pero si todo es misterio, al fin!

—Convenido — dijo la señorita — veamos, la vida: ¿de dónde vino? ¿como principió?, etc. Prescindiremos por el momento de las sencillas respuestas que dan las distintas religiones, pues en tal caso no habría discusión ni duda alguna.

—No podría usted desconocer — replicó una se-

ñora — la gran comodidad que nos brindan las religiones positivas, pues en cuatro palabras nos libran del peso de esos grandes problemas irresolubles que oprimen y desgastan la mente.

—Es verdad; pero yo prefiero andar y explorar, a estar sentada toda mi vida en una silla-hamaca.

—Sí—dijo un caballero — la señora confunde, me parece, la inmovilidad con la comodidad...

—Bueno — dijo la señorita — vamos entrando en donde no queríamos. Más bien aclaremos esta duda. En general, los sabios modernos no aceptan la idea de la generación espontánea; es decir, la posibilidad de que aparezca la vida sin un germen vital anterior. Todos recuerdan los clásicos experimentos de Pasteur y otros: si se esteriliza por medio del fuego la materia orgánica animal o vegetal encerrada herméticamente en un recipiente, y por lo tanto al aire que contiene, esa substancia permanece inalterable por tiempo indeterminado, porque una temperatura algo superior a cien grados centígrados destruye todo germen de vida.

—Justamente en ese principio se basa la sabrosa industria de las conservas — dijo una señora — y si la gente fuese menos ingrata, cada día, al paladear en la mesa alguna de esas latas exquisitas, debiera brindar por Pasteur.

—Señora, la humanidad no recuerda más que a sus verdugos...

—Cierto; pero el mundo marcha, y llegará un día

en que las calles, las plazas, las estaciones lleven el nombre de sus grandes benefactores en el orden moral y físico.

—Se ve que es usted discípula de Augusto Comte.

—No tanto; soy más bien ecléctica.

—Es ese el gran sistema; no casarse con nadie en materia de doctrinas filosóficas y científicas.

—O por lo pronto, estar lista para el divorcio cuando las cosas se enturbien — replicó la señora.

—Bueno, pues, — prosiguió la señorita — si la tierra fué un globo de fuego en sus primeros momentos, pasando lentamente del estado gaseoso incandescente al semi-líquido pastoso, hasta que se enfrió suficientemente para formarse la débil costra sobre la que nos encontramos tan tranquilos y cuyo espesor no debe ser mayor de sesenta kilómetros; ¿cómo entonces apareció la vida de una materia que estuvo esterilizada por un calor — su propio calor — de muchos miles de grados centígrados, cuando hemos dicho que ningún germen vital resiste más de ciento y tantos grados de calor?

—Es claro — dijo un caballero — la tierra ha debido pasar por una temperatura algo parecida a la que hoy tiene el sol, y la temperatura de la superficie del sol es más o menos de seis a siete mil grados centígrados; en cuanto a la de su interior el cálculo da muchos millones.

—¿Y cómo se calcula esa temperatura de su superficie?

—Según la ley de Wien, aceptada por los físicos en general, la temperatura absoluta de una estrella, y por lo tanto del sol, es igual al cociente del número de dos ochenta y nueve (2.89) por la longitud de la onda calorífica de su espectro. La región más caliente del espectro usted sabe que corresponde a la parte verde-amarillenta de la banda...

—Pero hay cierta discrepancia en la determinación de la longitud de esa onda; unos dan para la del sol 0,00055 mm., otros 0,00045 mm. Si efectuamos la operación con el primer valor, obtenemos cinco mil doscientos y tantos grados; con el segundo, seis mil y pico.

—Mil grados más o menos para la temperatura exterior del sol, es poca cosa — dijo la señorita.

—No olvidar — agregó un concurrente — que a esas temperaturas debemos deducirles los 273 grados correspondiente al cero absoluto.

—Siempre habría que aumentar algo tomando en cuenta la absorción de la luz y calor por nuestra atmósfera...

—Bueno, pero sigamos mi tema — interrumpió la señorita. — Salvo que aceptemos la fogosa teoría de Preyer, dicho sea sin metáfora, con sus "pirozoarios", o gérmenes que han vivido cómodamente en el fuego, considero difícil salir del paso.

—Entonces ¿porqué no se embarca en la teoría de los "cosmozoarios" del médico Richter y el botánico Cohn? Según ellos, los gérmenes de vida han podido venir de otros mundos transpor-

tados por los meteoritos o piedras del cielo que caen a la tierra.

—Conozco esa manera de ver y las objeciones que se formularon...

—Sí, pero con un poco de buena voluntad se salvan los inconvenientes del calor y del frío; pues se ha dicho que los meteoritos llegan aquí convertidos en una brasa, debido, como todos saben, al roce con nuestra atmósfera, o mejor dicho, a la compresión ejercida por la atmósfera, así que los gérmenes transportados perecerían; pero se observó inmediatamente que esos gérmenes podían venir muy bien en el interior del meteorito, pues debido a la velocidad portentosa de la caída, atraviesan nuestra atmósfera en unos cuantos segundos, y por lo tanto, no alcanzan a calentarse totalmente.

—Es verdad; dicen que sorprende grandemente el tocar el interior de esas piedras del cielo cuando aun se encuentran rojas, humeantes, pues el frío es tan intenso que quema también!

—Es claro, pues que antes de tocar la atmósfera, es decir, pocos segundos antes, esos cuerpos tenían la temperatura del espacio, cerca de 273 grados bajo cero.

—Pero entonces ya nos pasamos a la otra alforja; los gérmenes morirían de frío...

—Espérese. En el instituto "Jenner" se ha comprobado la vida tranquila y feliz de algunas esporas y bacterias a 252 grados bajo cero!!

—Retiro mi observación.

—Todo eso es muy bonito y conocido; sin embargo prefiero la teoría formulada por Arrhenius y otros sabios: la "panspermia". El espacio infinito está lleno de gérmenes de vida — dicen esos señores—esos gérmenes caen sobre los astros enfriados como la tierra u otros planetas, o si ustedes quieren, los planetas encuentran a los gérmenes en su marcha por el espacio...

—¿Y cómo han sido dispersados esos gérmenes en el espacio? ¿de dónde salen? ¿Quién los largó a rodar cielos? — preguntó alguien.

—La pregunta es grave, sin duda... Supongamos con lord Kelvin, que provienen de los mundos llenos de vida que han chocado, pulverizándose en el espacio...

—Siento mucho no poder suponer eso, pues un simple razonamiento me dice que debido al choque, los dos mundos quizá arderían íntegros; después, eso no explica el origen primero...

—¡Ah! pierde usted la esperanza de encontrar el origen primero de nada...

—Y porqué no suponen — replicó una señora — que esos gérmenes de vida fueron dispersados por la mano invisible del gran sembrador?

—Como ustedes gusten. Pero no olviden que estamos discutiendo la posibilidad del viaje de esos gérmenes en el espacio; es decir, cómo andan, y cómo caen al fin.

—Por algo así como un silencioso e impercepti-

ble vendaval que reina en todo el universo — replicó la señorita; — por una nueva fuerza descubierta, la antítesis de la gravitación; por algo que hacía falta para concebir sin mucha pena la eternidad de la materia... no obstante Mr. Le Bon.

—¡Ah, sí! La fuerza repulsiva de la luz o presión de Maxell-Bartoli.

—Pero no es cosa tan nueva: Képler ya la vislumbró en la formación de las colas cometarias, aunque nadie le hizo caso a Képler, inclusive el mismo Newton.

—Ni más tarde a Euler. A Maxwell y Bartoli les cupo la suerte de dar en la tecla, haciendo ver y midiendo en el gabinete de física esa fuerza repulsiva.

—Siempre lo de ver y creer.

—Sí, pero comprender también es ver. Exigir que todo entre por los ojos, es muy vulgar.

—Esa fuerza es la que agita a nuestro sol y a los millones de estrellas, esparciendo una lluvia impalpable y sutilísima de su propia substancia hacia el espacio infinito.

—Que sería como el pólen de esas grandes flores del cielo — agregó un caballero.

—Ahora bien; la velocidad con que son proyectadas esas partículas, depende de su densidad y de su tamaño. Sabios eminentes y originales se han dado el trabajo de calcularla, pero únicamente para el sol, por conocerse bastante bien su poder repulsivo debido al rechazo de las colas cometarias, y

más que bien su poder atractivo. Se toma siempre como unidad de densidad la del agua. Bueno, pues; se ha calculado que una partícula esférica de un diámetro de quince diezmilésimo de milímetros (0,0015 mm.), colocada cerca de la superficie del sol, se mantendría en equilibrio, es decir, la fuerza de atracción resultaría contrarrestada por la de repulsión.

—Maxwell "versus" Newton.

—Justamente.

—Pero siempre que esa partícula refleje totalmente los rayos luminosos — dijo un caballero.

—Sí; esa enmienda la hizo Schwarzschild. Ahora, si el diámetro de la partícula es inferior a ese valor de 0,0015 mm., triunfa la fuerza repulsiva y se aleja para siempre del sol.

—Pero hasta por ahí no más el achicamiento; pues, según el perspicaz Schwarzschild, si el tamaño de la partícula llega a ser inferior a los tres décimos de la longitud de la onda de los rayos luminosos incidentes, cesa el rechazo, triunfando ahora la gravitación: la partícula volvería al sol.

—Me alegro por Newton, cuyo espíritu lo considero contrariado con tales novedades — dijo una señora.

—De lo que se deduce que no podría aplicarse la ley de repulsión a los gases... (1).

—Ahí tiene usted un inconveniente para la ex-

(1) Después se ha demostrado que sí.

plicación satisfactoria de las colas cometarias — dijo un caballero.

—Pero las tales colas no están formadas exclusivamente por gases, sino también por partículas...

—Bueno; los sabios se arreglan cargando a esos gases de un potencial eléctrico — de lo que no hay la menor duda — para que se rechacen o atraigan según el caso.

—Muy cómodo. Pero dejemos las colas y sigamos con nuestra partículas.

—¿Cuál debe ser su tamaño para que sufra el máximum del rechazo, según esos señores originales?

—Cuando la circunferencia de la partícula sea igual a la longitud de la onda de irradiación. En tal caso, la fuerza repulsiva es 19 veces mayor que la atractiva.

—Sin embargo, entiendo que se han comprobado velocidades de rechazo doble de ese valor.

—Cierto.

—Pero vamos al grano — dijo una señora. — ¿Habría gérmenes vitales de un tamaño tan ínfimo como los que dan ustedes, para que pudieran viajar por los espacios a impulso de esas fuerzas revolucionarias?

—Según los sabios Raelhman y Gaidukow, existen ultramicroorganismos de un tamaño inferior a diez y seis cien milésimos de milímetro, 0,00016 mm.; ahora una partícula de ese tamaño, de densidad igual a la del agua y completamente refle-

jante, se encuentra en condiciones de experimentar el máximum de la fuerza repulsiva. Según Arrhenius, dicha partícula llegaría del sol a la tierra en 56 horas.

—Pero quizás sería difícil que un gérmen, espora o lo que sea, reuna todas las condiciones mencionadas.

—Justamente, Arrhenius toma en cuenta esos inconvenientes y calcula una fuerza muy moderada —más o menos cuatro veces superior a la de gravitación — para hacer viajar un germen. Resulta entonces que partiendo del sol, por ejemplo, llegaría a Marte en 20 días; a Júpiter en 80; a Neptuno en 14 meses y a la estrella doble alfa del Centauro, el sol que sigue en distancia al nuestro, en nueve mil años.

—Bueno, pero ese germen viajero debe tener enemigos mortales, como ser, el frío del espacio, la luz solar recibida constantemente, la sequedad absoluta, los rayos mortíferos ultravioleta...

—A todos esos argumentos se ha respondido satisfactoriamente.

—Cuanto a lo del frío recordemos los experimentos del instituto "Jenner".

—Y los de Macfadyen — agregó un caballero — microorganismos viviendo seis meses a doscientos grados bajo cero!!

—¡Qué animales!...

—Y al fin no es mucha la diferencia entre esa temperatura y la del espacio interplanetario.

—Respecto a la acción mortífera de la luz, es cierto; pero hay algunos microorganismos, como el "tyrothix Icabir", de Ducloux, que resiste un mes a la acción de la luz solar.

—Si me permitiera el señor Ducloux — replicó una señora — yo le rebajaría la mitad a ese mes de resistencia de su microbio, por las treinta noches del mes... pues el germen viajero por los espacios, no tiene noche, sino día constante.

—Muy bien observado.

—Respecto al argumento de la sequedad del espacio, los botánicos contestan que hay una alga, la "pleurococcus vulgaris" que vive bien durante cinco meses en un ambiente absolutamente reseco. Por otra parte, el sabio Roux piensa que la acción fatal de la luz solar sobre los microorganismos, se debe a una especie de oxidación producida por los elementos de la atmósfera; y como en el espacio no hay atmósfera, se deduce que los gérmenes vagabundos no sufrirían por la luz solar.

—Eso está por verse. ¿Y cuál sería el mecanismo para que un germen, supongamos terrestre, se fuera a rodar cielos?

—Los sabios le arreglan el viaje fácilmente — dijo la señorita. — Según Arrhenius, una espora de diez y seis cien milésimos de milímetro, puede ser elevada a cien kilómetros de altura por una leve corriente de aire de dos metros por segundo, pudiéndose mantener a esa altura de cien kilómetros, durante años, pues el mismo germen elevado tan

sólo a 83 metros demoraría un año cayendo a la tierra.

Ahora, llevada nuestra espora a esa respetable altura primera, allí, donde, según el sabio citado se forman las auroras polares por las descargas eléctricas de las partículas llegadas del sol, la espora se cargaría de esa electricidad; entonces, por tener el mismo signo que el de las partículas solares, sería rechazada, alejándose para siempre de la Tierra.

—Ahí tienen ustedes un viaje barato y sin preparativos — dijo una señora, bostezando — pero francamente, creo que estamos tan a obscuras como antes, pues a cualquiera se le ocurre preguntar de dónde salieron esas semillas de vida que pueblan los espacios, fecundadoras de astros enfríados, como la Tierra.

—Conforme — dijeron varias voces — ni de la vida ni de la muerte se sabe una palabra.

—Y poco de lo demás.

—Así es — replicó un concurrente — pero me parece que se gasta inútilmente ingenio y tiempo remontándose a los espacios en busca del origen de la vida; y me fundo en una consideración sencilla: si la materia viviente, la orgánica, como se dice, está formada íntegramente de la inorgánica; si nuestro cuerpo, como el de la planta, el ave o el microbio, se compone de unos cuantos elementos simples, como ser carbono, nitrógeno, oxígeno, hidrógeno, cal, hierro, fósforo, etc., es absolutamente

lógico ir a buscar el secreto donde esos elementos se encuentran a mano y a rodos, es decir, aquí no más, sobre la Tierra.

—Tiene usted mucha razón.

—Ahora, el secreto quedaría descubierto cuando se sorprenda el momento preciso y maravilloso del paso de la materia inorgánica a la viva.

—Sobre ese misterio hay estudios interesantes, admirables — replicó la señorita. — Sin ir más lejos: los cuerpos coloidales, o si ustedes quieren, el estado coloidal de muchos metales, como la plata, el oro, platino, etc., esos "fermentos inorgánicos", como se les llama, porque se comportan exactamente como los fermentos orgánicos.

—Conozco, entre otros, un interesante trabajo de nuestro sabio y joven compatriota Angel Gallardo — dijo un caballero.

—Por ejemplo — prosiguió la señorita — el platino en estado coloidal, transforma el alcohol en ácido acético, exactamente como si se operara con la batería del "mycoderme aceti", y así, muchos otros fermentos inorgánicos producen efectos idénticos al de ciertas bacterias y microbios. Otra cosa curiosa: los mismos venenos que paralizan o detienen la acción de los fermentos orgánicos, influyen exactamente sobre los coloides. El ácido cianhídrico, por ejemplo, en proporción ultra-infinitesimal: ¡un gramo disuelto en veinte mil metros cúbicos de agua!...

—Señores, muy buenas noches — dijo la dueña

de casa — todo muy interesante, sorprendente, si ustedes gustan, pero no hemos adelantado nada y la noche se va.

Tenía razón. Las horas se habían deslizado sobre la gran bóveda azul, recogiendo al pasar, y muy discretamente, las más lindas estrellas del verano, para dar vía libre a las de otoño, que ya venían remonatndo la amplia curva oriental.

Mientras Orión y Los Gemelos se desmoronaban fulgurantes hacia el abismo, la abrillantada hoz del León había culminado ya, tocándole el turno a Denébola.

El Boyero, al NE. lucía su topacio gigante, Arcturo. Mientras el Escorpión y el Serpentario, tendidos largo a largo a poca altura sobre el horizonte, trepaban en silencio la eterna escala de los cielos. El Centauro, la Cruz y el Navío, ceñidos por la Vía Láctea, proclamaban el triunfo incontrastable de nuestro cielo austral.

En la tierra, sobre la inmensa pampa, reinaba un profundo silencio, interrumpido de vez en cuando por el golpe perezoso y lejano de los molinos, esos fieles guardianes de las aguadas, accionando semidormidos al suave impulso de la brisa perfumada.

Con razón decíamos que no hay temas más fecundos que los inabordables...

Bell Ville, 1911.

SUPERIORIDAD DE LOS MARTENSES

Al señor Carlos Gutiérrez.

Los lectores de "La Nación" habrán leído, sin duda, el interesante artículo de Max Nordau, de hace poco, sobre el problema trascendental de la comunicación interplanetaria, especialmente con Marte.

El eminente escritor y filósofo, con la precisión, elegancia y claridad que lo distingue, hace dialogar amablemente a un astrónomo, una señorita norteamericana y no recuerdo a quien más, sobre ese tema tan elevado, dicho sin metáfora. Después de discutir ampliamente el caso y convenir en la no imposibilidad de la comunicación, nuestras ilusiones van a parar por los suelos, pues resulta que habríamos trabajado inútilmente, al divino cohete, porque no podríamos comprender a los martenses. Y no podríamos comprenderlos porque es tan grande la inteligencia y civilización a que han llegado estos caballeros en comparación de la nuestra, que

los hombres más geniales de aquí abajo harían el papel de monos inferiores al lado de nuestros compatriotas de arriba. ¿A qué se debería esta diferencia tan deprimente y abrumadora, según Nordau? Al estado de evolución del planeta Marte, mil veces más avanzado que el nuestro. En otros términos: a que Marte es más viejo que la Tierra; y sabemos que el diablo es diablo por ser viejo. Es verdad; esta es la manera general y corriente de ver el problema, pero debemos recordar que muchas veces las cosas más corrientes y generales suelen ser las menos ciertas. Daré mis razones en las que fundo mi manera distinta de ver la cuestión, sin que pretenda estar en lo cierto. No me impulsa un amor propio terráqueo, ni mucho menos aquel orgullo egocéntrico de los antiguos. Por el contrario, creo que la vida orgánica en cualquier punto del universo y en cualquier forma que se manifieste, no ha de pasar de una triste ridiculez, de un fenómeno tragi-cómico. Me lleva cierta inclinación a los enigmas trascendentales, al misterio universal, a todo lo que se encuentra un poco más arriba de la Bolsa de Comercio, del maíz, de los animales gordos y de las carreras; aunque también cultive con entusiasmo discreto algunos de estos ramos, excepto el primero y el último. Estamos, pues, muy lejos del simpático Guillermo del bello libro de Nordau.

Bien, pues; se dice que siendo el planeta Marte mucho más viejo que la Tierra, los habitantes de-

den llevarnos muy adelante en progreso y sabiduría. Ante todo, debemos convenir en que eso de vejez y juventud, no son conceptos muy claros, aunque lo parezcan, ya se apliquen en la tierra como en el cielo.

Dada la secreta armonía que liga todas las cosas, podríamos comparar sin violencia la evolución orgánica de un hombre con la de un planeta. Sabemos que hay jóvenes viejos; jóvenes blancos de canas, arrugados, friolentos, decrépitos; y viejos jóvenes, más tersos y lustrosos — sin cosméticos, se entiende — que una manzana; tan llenos de vida y alegría que es menester andar atajándolos con el indiscreto recuerdo de sus años cumplidos. Y es ese un error, pues cada uno tiene, como se ha dicho, la edad de sus arterias. Y quien dispone de buenas arterias, goza de un cuerpo caliente, y calor es vida, juventud.

En cambio, el organismo del joven-viejo ha evolucionado rápidamente, llegando muy pronto a cerrar el ciclo visible con la muerte. ¿Pero acaso podríamos decir que por haberse adelantado en la evolución, por haber recorrido el camino más de prisa, este joven-viejo ha debido sobrepasar en conocimiento, en sabiduría a nuestro viejo-joven?

En el cielo también hay astros jóvenes-viejos y viejos-jóvenes.

La vida, la longevidad de un astro depende directamente de su masa: a mayor masa, mayor vida, puesto que mientras mayor sea aquella contendrá

más calor originario y demorará más en enfriarse y en secarse. La Luna es más bien hermana melliza de la Tierra que hija. Relativamente, es decir, comparando las masas de Luna y Tierra, la Luna resulta el satélite de mayor masa de todo el sistema planetario, y el de mayor densidad absoluta: es casi un planeta. Ella se desprendió de la Tierra en el último momento, ya hecha, podríamos decir; comenzando — permítaseme el simil — a figurar en sociedad a la par de su hermana o madre por división. Luego, Tierra y Luna son casi de la misma edad en tiempo. Pero ¿quién no sabe hoy que la Luna es un astro muerto, un pequeño mundo petrificado, un cascajo celeste desde hace cientos de siglos; sin aire, sin agua, un blanco cementerio no obstante el esfuerzo hecho por algunos astrónomos yanquis para declararla, aunque más no fuera una Varsovia en paz? y por qué envejeció y murió tan pronto nuestra blanca tía? ¿Por qué nos ha adelantado en la marcha evolutiva como se dice de Marte? Sencillamente por el pecado original de su pequeña masa con relación a la de la Tierra. Por la misma razón que una esfera de hierro, supongamos de un kilogramo, calentada a trescientos grados, se enfría mucho antes que otra esfera del mismo metal y de ochenta kilogramos igualmente calentada a trescientos grados. El peso de la Tierra equivale a ochenta y una veces el peso de la Luna. Ahora, supongamos lo que es perfectamente natural: que a su debido tiempo en la Luna

también hubo humanidad, como diría un teólogo, cuando pasó como la Tierra su período terciario, lo que debió suceder mucho antes que aquí, por haberse enfriado con mayor rapidez. En tal caso, ¿sería lógico pensar que los selenitas, por haberse adelantado evolutivamente a nosotros, alcanzaron una civilización, cultura y sabiduría muy superior a la nuestra actual? ¿No se les habrían apagado las luces en medio del baile, o lo que es más justo pensar, su progreso, sus conocimientos, ¿no habrán sido proporcionales al tiempo de su vida astral?

Bueno, pues, el planeta Marte es un joven-viejo de los cielos. Según las vistas cosmogónicas actuales, se formó mucho después que la Tierra. Esta ya era madre de familia cuando el joven Marte apareció en el vasto salón sideral. Pero aquí está el busilis, me parece: la masa de Marte es la décima parte de la de la Tierra. Se necesitan diez Martes bien pertrechados para equilibrar en peso a la Tierra. Y es claro entonces, Marte, no obstante su poca edad, ha envejecido pronto por haberse enfriado mucho más rápidamente que la Tierra, según aquella estrecha relación entre la longevidad y la masa de un cuerpo celeste.

Los que no aceptan reforma alguna a la teoría cosmogónica de Laplace, pueden tener razón en considerar más viejo a Marte. Quizás es esta la manera de ver del doctor Nordau. Pero es el

caso, que el análisis prolijo y a fondo de la concepción laplaceña, ha encontrado fallas e inconvenientes graves, a pesar del esfuerzo de ilustres defensores como Roche y otros. Y aun aceptando la mayor edad en tiempo de Marte, creo fácil demostrar lo que nos proponemos.

Podríamos razonar exactamente como para la Luna.

Admitiendo que la Naturaleza no disponga bajar el telón en Marte y en la Tierra antes de concluída la fiesta, es decir, suponiendo que terrestres y martenses completen su ciclo en paz y en armonía, ¿podríamos aceptar que ambos humanidades, diremos, alcancen el mismo grado de sabiduría?

Y estrechando más el argumento: el valor absoluto de la parte del ciclo vital recorrido hasta hoy por los martenses, ¿sería superior al nuestro, no obstante llevarnos adelante en la evolución? Veamos:

El conocimiento ha sido parangonado al círculo; comparación muy bonita y justa. Aprovechemos y generalicemos el símil.

El radio del círculo o del ciclo completo de los martenses es naturalmente menor que el radio del círculo o ciclo completo de los terrestres, por aquella gran diferencia de las masas de ambos planetas. Ahora aunque la relación de la circunferencia al diámetro de ambos ciclos martense y terrestre sea

el mismo, puesto que el valor de "pi" es una cantidad constante e inconmensurable — como lo es el conocimiento absoluto de las cosas — no sucede lo mismo con la superficie de esos dos círculos, o sea, si se quiere, el conocimiento relativo de las cosas; pues las superficies de dos círculos son proporcionales a los cuadrados de sus radios. Luego, si suponemos con toda justicia que el radio de nuestro ciclo, esto es, el tiempo de evolución, sea por ejemplo tres o cuatro veces mayor que el de los martenses, la superficie abarcada por nosotros en el terreno del misterio universal, del conocimiento relativo, sería como el cuadrado de esos números, es decir, "nueve" o "dieciseis" veces mayor.

La idea o creencia en la habitabilidad de los planetas de nuestro sistema, me parece que debe irse restringiendo a medida que avanza el telescopio, y el espectroscopio, muy especialmente.

Si sobre una hoja de papel figuramos el Sol con un punto y tiramos nueve líneas horizontales y paralelas, cada línea representará la proyección de la órbita de un planeta, o si se quiere la posición de dicha órbita respecto al Sol, exceptuando la quinta, que corresponde a la zona de los asteroides, una gran manga de planetitas enanos en número de más de setecientos hasta hoy. Cuanto a las distancias relativas de las líneas entre sí, y respecto al Sol, la obtendríamos fácilmente interpretando la sencilla y preciosa ley de Titius-Bode. Pero no necesitamos esos valores para lo que nos pro-

ponemos. Las nueve líneas a contar desde el Sol, corresponderían a Mercurio, Venus, Tierra, Marte, los asterioides, Júpiter, Saturno, Urano y Neptuno. Paso por alto un pequeño planetita excéntrico, Eros, que circula clandestinamente entre la quinta y tercera línea. A los cuatro planetas comprendidos entre el Sol y la quinta línea o zona de los asteroides, se les llama inferiores; y superiores, a los cuatro restantes situados al otro lado de la zona límite. Bien, pues; es curioso observar que los cuatro planetas inferiores son los más chicos, los más pobres en satélites; pero los más densos, los solidificados y los que giran sobre sí mismos con moderación, decentemente, exceptuando Mercurio, que según observaciones interesantes, parece no girar o mejor dicho, que el valor de su revolución axial es igual al de su revolución orbital; respecto a Venus se está en duda, pero hay mayoría en favor de su rotación. Por el contrario, los otros cuatro planetas superiores son de dimensiones colosales, pero de pequeña densidad: la de Saturno es algo mayor que la del corcho, la de Júpiter, Urano y Neptuno, apenas supera a la densidad del aceite. Giran sobre sí mismos con una furia verdaderamente de locos, por lo menos los dos colosos, Júpiter y Saturno. Todos están plagados de satélites, menos Neptuno, quizá por la dificultad en descubrírselos. Mientras la velocidad máxima de rotación de un punto sobre la Tierra es de cuatrocientos sesenta y cinco metros (465 m.) por se-

gundo, en Júpiter es de doce mil metros (12.000 m.) en el mismo intervalo. Todo esto, y muchos otros síntomas que dejamos de lado, indican a las claras que los cuatro grandes planetas superiores están retardadísimos en su evolución. Respecto a Júpiter y Saturno se puede asegurar que aún se encuentran en estado fluído, gaseoso o semilíquido, y por lo tanto, calientes. Sin embargo, este grupo superior es más viejo que el inferior; viejo en tiempo, pero no en estado: nacieron mucho antes que los interiores; son los niños ancianos del sistema. La causa de la lentitud en recorrer la escala de la vida, ya la conoce el lector: la enorme masa de esos cuerpos con relación a la de los cuatro planetas inferiores que son los jóvenes-viejo.

Ahora bien; si los cuatro inmensos hoteles de nuestro sistema, Júpiter, Saturno, Urano y Neptuno, aún no están listos para el servicio público, será menester recurrir a los del primer piso, a los inferiores entre los que se encuentra el nuestro. Pero resulta que Mercurio-Hotel debe ser inaguantable por su ubicación tan próxima a la gran caldera, el sol, y por otras razones más graves aún: hasta estos momentos un buen número de astrónomos y físicos discuten la existencia de atmósfera en Mercurio y también su rotación. Hay sus buenas razones en pro y en contra. Después de estudiarlas y meditarlas, cada uno tiene derecho a opinar y elegir. Yo me permito estar por la negativa: Mercurio carece de atmósfera como la Lu-

na, y ejecuta su revolución presentando siempre al Sol el mismo hemisferio. Las consecuencias de tales condiciones son muy serias para la vida orgánica. Si aceptamos el procedimiento de cálculo del sabio Christiansen, la temperatura media del hemisferio de Mercurio bañado eternamente por la luz solar, llega más o menos a trescientos cincuenta grados centígrados (350 grados c.), mientras que en el hemisferio opuesto y sumergido en una noche eterna, reinaría el cero absoluto, esto es, doscientos setenta y tres bajo cero.

Este sería Mercurio en el peor de los casos. Suponiendo en el mejor, es decir, con atmósfera, y girando en más o menos 24 horas, la temperatura media, según otra manera de apreciarla, llegaría a ciento noventa y tres grados centígrados (193 grados c.), el doble del agua hirviendo! Como se vé, Mercurio-Hotel debe estar abandonado, pero las camas sin chinches. El que sigue, es de un aspecto muy hermoso: Venus-Hotel. Como todos saben, se encuentra no muy lejos de Mercurio, desgraciadamente. Se le vé brillar a gran distancia, pues está cubierto por un denso toldo de nubes más blanco que la nieve, lo que impide explorar el interior del edificio. Cuenta con una gran atmósfera. Si no fuese el toldo, la temperatura media allí alcanzaría a sesenta y cinco grados centígrados (65 grados c.); la blanca cubierta debe rebajarla a cuarenta grados (40 grados c.), algo muy respetable todavía. El toldo también impide a los observado-

res de conciencia la determinación franca y segura de la posición del eje de rotación de Venus, así que sería aventurado calcular las variaciones de la temperatura en sus estaciones. Con esa temperatura media de 40 grados, ya podríamos imaginar cuál sería la del verano allí en Venus, tan sólo con una inclinación de su ecuador para con la eclíptica, igual a la de la Tierra. La temperatrua media sobre la Tierra es de diez y seis centígrados.

También se discute la rotación de Venus sobre su eje; sin embargo, hay mayoría por la afirmativa (en cerca de 24 horas), en vez de 225 días, igual a la de su revolución orbital, según Schiaparelli y compañía. La existencia de una gran atmósfera en Venus es un grandísimo argumento contra las vistas de Schiaparelli. Parece entonces no existir inconvenientes muy graves para la habilitabilidad de Venus-Hotel. Lo que sí, sus huéspedes deben ser negros de trompa azul y mota ensortijada como resorte. Después de Venus, viene Tierra-Hotel. Excuso hablar de la carestía de la vida en este establecimiento. Nos falta Marte-Hotel. Todo el mundo conoce las crónicas y descripciones fantásticas de este balneario celeste. Sus exploradores y agentes más acreditados, como Lowell y Pickering, hacen muchos elogios. Dicen que las grandes manchas azul-verdosas consideradas como mares, son llanuras cultivadas, y sus célebres canales en número de 420, valles cutivados también. La temperatura media allí se calcula entre nueve y quince

centígrados, gracias a la diafanidad de su atmósfera que deja pasar casi sin pérdida toda la luz solar recibida. Allí puede decirse que rinde la luz, pero la irradiación nocturna del calor acaparado en el día, debe ser de un efecto cruel por esa misma diafanidad y escasez de vapor de agua. Todo está diciendo que reina allí la tranquilidad y la armonía, pero de esa armonía del suave descenso del otoño de la vida; con la perspectiva de un lindo mausoleo.

Acabamos de recorrer los ocho hoteles de nuestro sistema planetario a más de la romántica posada de la Luna, y apenas si encontramos tres en condiciones decentes de habitabilidad, que son, Venus, Tierra y Marte, es claro, razonando humanamente, de acuerdo con nuestra manera de considerar posible la vida (1).

Si nos fijamos un poco, veremos que aquel inocente orgullo del hombre antiguo por considerarse el rey de la creación, relativamente, no iba muy descaminado, aunque haya reyes desnudos, con cuatro plumas en la cabeza, lanza y argolla en la nariz. Pero si nuestra humilde republiqueta o sistema planetario cuya capital es el Sol, aun no está suficientemente poblada, no hay duda que lo estará más tarde, cuando se entreguen, como dijimos,

(1) Recientes estudios espectroscópicos indicarían que la temperatura media en Marte sería de treinta y tantos bajo cero.

al servicio público, los cuatro grandes planetas superiores. De todas maneras, entre los millones de soles que hormiguean en la profundidad del espacio, muchos deben tener como el nuestro, su cortejo de planetas, y con tan plausible motivo, también debe bailarse allí el pericón de la vida.

En fin; volviendo al tema principal de estas divagaciones, diré, que por las razones dadas al comienzo, no creo en la superioridad de los habitantes de Marte proclamada por Max Nordau y muchos otros. Al contrario, estoy seguro de que un ilustre terrestre como el doctor Nordau, podría enseñarle muchas cosas al más pintado doctor martense.

Setiembre 4 de 1910.

---

8 rue Henner, Paris le 23 Septer. | 1910.

Monsieur Martín Gil.

Córdoba—R. A.

Monsieur:

Mon article sur les martiens a eu un grand mérite: celui de susciter le vôtre.

Permettez-moi de vous féliciter de votre travail aussi brillant qu'érudit, aussi spirituel que courtois.

Vous avez peut-être raison. Je n'ai peut-être

pas tort. Chacune de nos deux hypothèses peut se défendre; aucune ne peut se démontrer.

Je suis heureux de vous avoir donné l'impulsion d'offrir un pareil régal aux lecteurs de "La Nación" et vous prie de me croire votre admirateur.

Dr. M. Nordau.

PRIMERO EL SOL

No necesito conocer personalmente a los señores congresales para dedicarles estas reflexiones. Bástame saber que hay entre ellos muchos que gastan buen sentido en el recinto y fuera de él, es decir, que estudian, hablan poco, corto y bien, y no hacen uso de la medalla para contrariar ordenanzas municipales ni policiales.

Como saben muy bien los señores legisladores, el señor ministro de instrucción pública ha tenido la idea progresista, aunque no me animaría a calificarla de justamente feliz, de autorizar la fundación de un magistral observatorio astronómico nacional, mediante un gasto total de más o menos un millón de pesos, si no estoy mal informado. El gran establecimiento mirará serenamente al cielo desde nuestras balsámicas sierras cordobesas, tan propicias para las exploraciones del infinito como para las afecciones del pecho. Con tal motivo se ha dicho que la Argentina dispondrá del telescopio más potente del mundo. Esto es muy honroso y

muy hermoso, aunque tal afirmación no se ajuste estrictamente a la verdad. Según lo publicado, nuestro futuro telescopio gigante será un "reflector" de un metro y medio de diámetro (1 m. 50), es decir, su objetivo lo compondrá un espejo de ese diámetro. Pero sabemos que en la práctica el poder óptico de un instrumento "reflector" es más o menos la mitad del de un "refractor" de igual diámetro, es decir, de un anteojo cuyo objetivo sea una lente y no un espejo. Ahora bien; el refractor ecuatorial del observatorio de Yerkes en Norte América mide un metro y milímetros de diámetro; luego, el espejo del nuestro debería excedr de dos metros para sólo igualar al de Yerkes. Pero tal cuestión, que podría discutirse más o menos teóricamente, no es la que me induce a escribir estas líneas; apúntola de paso por simple respeto a la verdad y para prevenir toda jactancia patriotera sin base firme. Es otra la cuestión, y a mi ver, trascendental.

¿Cuál sería el fin, el rumbo, el propósito de este gran observatorio?

Su programa se puede vislumbrar sin error muy grande: se trata de estudios estelares en general; de nebulosas, de cometas, de espectroscopia estelar, completando así la exploración minuciosa de la parte de la bóveda celeste inaccesible a los observatorios del hemisferio Norte.

Es bueno recordar que otro gran observatorio nacional, el de La Plata, debe o debería ejecutar

idéntico género de trabajos dado su poderoso instrumental. Y por variar, el gran observatorio del Cabo, en el Africa, situado a una latitud casi idéntica a la de nuestros dos observatorios nacionales, y por lo tanto dominando los tres la misma porción de la bóveda celeste, ejecuta más o menos la misma índole de trabajos. De todos modos, me apresuro a manifestar que los estudios estelares modernos, inclusive los de nebulosas y cúmulos, son de una gran trascendencia en el terreno de la ciencia astronómica pura y de la filosofía natural. Los trabajos modernos están destinados a poner en claro en un futuro próximo ciertos grandes problemas de cosmogonía y de mecánica celeste universal, siendo muy numerosos los observatorios que en estos momentos se empeñan en tal afán.

Pero hablando con cierto egoísmo terráqueo o animalesco, si se quiere, diríamos que el hombre, sin abandonar las especulaciones trascendentales de la ciencia pura, tan gratas al espíritu, debiera comenzar interesándose por los grandes problemas que lo afectan de inmediato; de las fuerzas de la naturaleza a que está supeditado y de las que depende su vida, su felicidad o su desdicha.

Las estrellas, esos millones de soles hermanos del nuestro, encuéntranse muy lejos de nosotros; la luz de la más próxima nos llega a los cuatro años de marcha a razón de dieciocho millones (18.000.000) de kilómetros por minuto. Por lo demás, hasta hoy ha sido imposible comprobar que

las estrellas ejerzan la más mínima influencia sobre nuestro sistema planetario, y por lo tanto, sobre la Tierra y nuestra vida. Con razón los poetas, al cantar a las estrellas, lo hacen impulsados por la idea de un inmenso abandono. Realmente, ellas ni nos miran ni nos oyen.

Pero hay una sola cuya luz nos llega en ocho minutos y fracción, fuente de toda vida y movimiento, de toda manifestación de energía aquí en la Tierra como en el sistema planetario. Su luz para nosotros equivale a la de un foco eléctrico de trescientas mil (300.000) bujías, visto a un metro de distancia; el calor que nos envía en un año es suficiente para licuar una coraza de hielo de cuarenta y dos metros de alto que envolviera la tierra entera; sin embargo, ese calor interceptado por la Tierra no es más que la dos mil doscientas cincuenta millonésimas avas partes de la radiación total de esa estrella.

La electricidad, el magnetismo y demás fuerzas sutiles de la naturaleza, tienen su origen en ella. Pero, ¿sería menester nombrar a esa estrella? ¿Quién no conoce al Sol? Hablando estrictamente, la estrella más cercana a la Tierra no es como se dice Alfa del Centauro, sino el Sol. Las mentiras convencionales también rigen en astronomía a pesar del noble esfuerzo de Max Nordau. Va sin decirlo, que la Tierra, como sus demás hermanos planetas, es una prisionera de esa estrella amarilla que, cual una araña gigantesca, retiene en su

malla circular e impalpable, un enjambre de insectos globulares sin más libertad de acción que la que gozan nuestras pobres mulas de noria.

Seamos prácticos dentro de la misma ciencia pura. Que la caridad comience por casa y estudiemos primeo el Sol, que es lo que nos afecta de inmediato en una forma absolutamente imperativa y sin réplica. Si a la filosofía en general se le considera como la cúspide de todos los conocimientos, me atrevería a afirmar que estudiando al Sol sistemáticamente, se llegará a hacer filosofía integral.

Hay en estos momentos una inmensa y solemne espectativa científica provocada por las investigaciones de heliofísica. La meteorología moderna, la sismología, el estudio de la atmósfera desde el punto de vista eléctrico, el magnetismo terrestre y hasta la bacteriología, están pendientes de dichos estudios. Bastaría decir que en general, las epidemias, especialmente la difteria, aparecen en la época del mínimum del Sol, justamente ahora, del año pasado al presente. Sería interesante averiguar si no se comprueba actualmente en el mundo un incremento muy marcado de tal enfermedad. ¡Qué inmenso beneficio no reportaría al hombre el convertir en ciencia de precisión a la meteorología y sismología, por ejemplo! ¡Predecir con exactitud suficiente las lluvias, las sequías, el calor, el frío, los ciclones, las inundaciones, los temblores de tierra, etc.! Y en verdad que no estamos muy lejos

de ese momento, a pesar de la sonrisa de los meteorólogos y sismólogos de la escuela cristalizada.

Más por ser la heliofísica una ciencia de ayer, apenas si se dispone de unos cuantos observatorios de este género en todo el mundo, mientras que los dedicados al estudio puramente estelar y planetario, pasan de un ciento. Ahora bien: es bueno saber que la Argentina resulta ser no solo uno de los puntos clásicos del globo para realizar las grandes operaciones de alta geodesia, que resolverían ciertos problemas magistrales aun pendientes, sino también la región ideal del hemisferio austral para complementar los estudios de física solar efectuados en el otro hemisferio y poner así en claro el gran misterio del Sol. Esto no quiere decir que debiéramos jactarnos de nuestras enormes ventajas naturales, pues quizá sería provocar, a lo menos in mente, reclamaciones enojosas ante el Creador por tantos pueblos indigentes en dones naturales.

Sabemos que existen dos regiones clásicas en el globo donde reinan bajas presiones barométricas en forma constante: una, en el ecuador, y otra en los polos. La primera es de origen térmico, producida por la dilatación del aire en virtud de la radiación solar y la fuerza centrífuga; la otra, la de los polos, es de origen mecánico, ocasionada por un fenómeno menos simple, aunque fácil de comprender. Debido a la rotación de la tierra, todo cuerpo en movimiento tiende a desviarse hacia la derecha de su trayectoria en el hemisferio boreal y ha-

cia la izquierda en el austral. Los vientos contraalisios, cuya acción es permanente, al descender en las regiones polares, se encuentran desviados justamente en el mismo sentido de la rotación de la Tierra; por lo tanto, la velocidad con que llegan se suma a la pequeña que anima a esos puntos terrestres, resultando así mayor la velocidad del aire que la giratoria. Entonces la fuerza centrífuga desarrollada por esa masa de aire atrae o llama, podríamos decir, al aire que circunda el eje de rotación, produciéndose entonces una baja presión constante.

Ahora, si en la curva barométrica del ecuador a los polos existen, como vemos, dos "mínima", las dos depresiones que acabamos de indicar, forzosamente debe haber un "máximo" entre esos dos puntos para cada hemisferio.

La experiencia confirma esos dos "máximum" a las respectivas latitudes de 30 a 32 grados. Como vemos, uno de esos puntos corresponde medio a medio a la Argentina. Tenemos, pues, la suerte de encontrarnos ubicados en la zona de altas presiones, vale decir, de atmósfera relativamente tranquila y firme, impropia para la formación de ciclones, tornados y demás fenómenos atmosféricos violentos. La gran muralla de los Andes quiebra, sin duda en nuestro obsequio, la furia de los vientos del Pacífico, menos en la región patagónica. Gozamos, pues, de un ambiente propicio para estudiar en sus mínimos detalles los fenómenos sola-

res-terrestres en general. Todo lo contrario le pasa a Norte América, donde existen actualmente los observatorios de heliofísica más completos y poderosos del mundo. Pocas regiones del globo más azotadas constantemente por tempestades y ciclones, y con cielo más variable y caprichoso. Siempre la ironía del bizcocho y las muelas.

El continente europeo tampoco se presta mucho para el estudio completo de causa y efecto entre los fenómenos del Sol y de la atmósfera, debido a ciertas complicaciones provocadas por las corrientes violentas que, cruzando el Atlántico chocan en Europa, según Bigelow, contra el área permanente asiática de alta presión. Luego, entonces, para complementar fundamentalmente los estudios de heliofísica y de física cósmica realizados en forma trunca por Norte América y Europa, sería menester la creación de un gran observatorio argentino de este género. Así mataríamos dos grandes pájaros de un solo tiro. Reconozco que el dicho popular no me viene bien en estos momentos, por haber prohibido, como ministro, la destrucción de los pájaros, lo que me ha valido la burla de una parte de la prensa de la docta Córdoba, mi pueblo; aunque me apresuré a manifestar que mi decreto comprendía únicamente a los pájaros y no a los animales en general.

Cuando hace dos años tuve el honor de ofrecer el Sol al señor Presidente de la República, indicaba la gran conveniencia que había de fundar este

observatorio ,desde el doble punto de vista de la utilidad práctica y de la ciencia pura.

A un país como el nuestro, cuyo horizonte sensible económico es y será siempre agropecuario; que su bienestar social, su crédito, su política y hasta el número de sus revoluciones y de sus automóviles dependen del pluvímetro, ¿no le interesaría conocer casi a ciencia cierta la probabilidad inmediata y también a largos plazos de su suerte material, y disponer de la facultad más trascendental que existe, como es la de prever y prevenir?

En fin, ya que el Poder Ejecutivo, despreciando al Sol, se ha desvinculado del sistema planetario, yendo a parar de un golpe a las estrellas, mediante la fuerza viva del dinero, sea entonces el Congreso más humano y realista; no salga de su órbita si no quiere perderse en el vacío y funde un templo argentino de heliofísica y física cósmica, en obsequio de la ciencia moderna del Sol, la más humana, positiva y útil de las de observación, y la que encierra más sorpresas maravillosas y más útiles secretos para la felicidad del hombre y de nuestros colaboradores y compañeros de viaje: los animales y las plantas.

Quizá se preguntará en la Cámara: ¿costaría mucho dinero el tal observatorio? ¿Qué trabajos ejecutaría? ¿Quién lo dirigirá?, etc.

Con lo que se gastará en el otro observatorio

autorizado por el Poder Ejecutivo, se tendrían dos observatorios de heliofísica.

Entonces, fundemos uno por lo menos. Los trabajos a ejecutarse serían, entre otros: registro fotográfico cada dos horas de la "fotosfera" del Sol (fáculas, manchas y sus medidas); otro registro en igual forma de la "cromosfera", mediante el espectroheliógrafo ("protuberancias" o sea erupciones de hidrógeno, "flocculi" o nubes de vapores de calcio); análisis espectral de ciertas rayas misteriosas; campo electromagnético en las mismas manchas del Sol, según el procedimiento de Hale.

Ahora; estas observaciones sistemáticas y fundamentales del Sol estarían íntimamente ligadas a los estudios y observaciones de metereología, de electricidad atmosférica, ionización del aire, corrientes telúricas, fenómenos sismológicos, etc., ejecutados por el mismo observatorio, pues todas estas cosas son simples funciones del estado del Sol.

Con el conjunto armónico de datos tan preciosos, se formularían predicciones de gran importancia para la agricultura y navegación; para la aerostación, etc.; atreviéndome a decir lo mismo para los temblores de tierra, sin fijar el punto todavía.

Si se me preguntara quién dirigiría este gran observatorio argentino, no tendría inconveniente en contestar: estaría en muy buenas manos si se le entregara al sabio metereologista de la escuela moderna, Francisco H. Bigelow, a quien no tengo el

gusto de conocer ni de vista, pero de quien conozco sus trabajos científicos. Mr. Bigelow está vinculado a nuestro país con sus estudios sobre el sicronismo de las variaciones de los fenómenos solares y los elementos meteorológicos de la Argentina y los Estados Unidos de Norte América.

En el mundo científico, el señor Bigelow es universalmente conocido, especialmente por su hipótesis para explicar las relaciones del magnetismo terrestre con las manchas del Sol. Bigelow sostiene la acción magnética directa del Sol sobre la Tierra. Pero el desarrollo de la hipótesis del profesor Bigelow, las objeciones que se le han formulado, etc., nos llevarían lejos de nuestros propósitos. Me basta demostrar que se trata de un sabio moderno de ideas avanzadas y vigorosas.

Finalmente, me complazo en manifestar que, establecido en el país un gran observatorio de ese género, mis insignificantes estudios privados de "amateur" en los ígneos campos del Sol, tendrían muy poco valor. En fin, sería muy fácil encontrar un gran especialista en Europa o Norte América.

Julio 1º de 1913.

EL NAUFRAGIO DEL "TITANIC"

Los náufragos del "Titanic" han tenido razón de impresionarse con la belleza del firmamento en el instante de la catástrofe. El lector, como yo, habrá notado desde el primer momento la rara coincidencia de los relatos telegráficos. ¿Qué significa eso? ¿Quién podría fijarse en el cielo en tal emergencia? Por lo pronto, se deduce que entre los náufragos había gente de espíritu.

Conocidas las coordenadas del punto y la hora local del suceso, se puede reconstruir matemáticamente el cuadro celeste. Eso es lo que he hecho; y, realmente, he quedado vivamnte impresionado de la ironía sarcástica de la naturaleza, al cerciorarme de la belleza superba del cielo en esos momentos; pues si se pusiera como problema: determinar la época del año en la que, de 2 a 3 de la mañana corresponda para el punto del globo donde se hundió el "Titanic" el cielo más hermoso, respondería sin vacilar: a mediados de Abril. Un marino dirá si el cuadro celeste es suficientemente justo.

Entendido que los momentos del choque (10h ½)

y del hundimiento (2h 20m.) corresponden a la hora local del punto. Bien, pues; incorporémonos con la imaginación y sin salvavida a los pasajeros del "Titanic". Las diez y veintitantos minutos. Mar en calma; cielo estrellado; frío intenso; profundo silencio. Latitud, cuarenta y un grado norte (+ 41 grado); longitud occidental, cincuenta grados (50 grados). Navegamos, por lo tanto sobre el Gulf Stream. La estrella polar fulgura suavemente a cuarenta y dos grados y minutos (42 grados 11') sobre el horizonte Norte del barco. Este hiende el mar y el espacio intrépidamente pero sin ruido, siguiendo el hilo invisible de su línea loxodrómica, camino ligeramente oblícuo que corta a todos los meridianos bajo el mismo ángulo.

A esa hora su velocidad es imprudente: veintitrés nudos, vale decir, cuarenta y dos kilómetros y medio por hora; casi doce metros por segundo. La velocidad máxima de un caballo de carrera en la pista, no es muy superior a quince metros (15) por segundo. Las ondas hertzianas, cual invisibles palomas mensajeras, han surcado el espacio en todas direcciones anunciando la presencia de grandes témpanos. Seguramente alguna de ellas ha tocado el aparato receptor del "Titanic". Por lo tanto, la velocidad desarrollada es temeraria, no tiene disculpa. La fiebre del "record" en velocidad comienza a hacer más víctimas que la fiebre tifus. Al tifus se le previene con el agua hervida y los filtros; el aturdimiento no tiene remedio.

Es ya la hora del reposo en la ciudad flotante. Los niños duermen tranquilos. En muchos de sus rostros, suaves y aterciopelados, se dibuja una sonrisa; es que sueñan con la muñeca rubia de grandes ojos azules que también duerme a sus pies, o con el velocípedo, o con el cordero cara negra que los espera en casa del abuelo, allá lejos todavía.

Los salones de juego y de fumar van quedando desiertos. Un pequeño grupo de hombres en traje de etiqueta rodean, silenciosos, un tablero de ajedrez. Algunas pocas señoras y señoritas conversan, leen y hojean las revistas ilustradas.

Los últimos «record» en velocidad de los aeroplanos las entusiasman; a falta de un aeroplano, se consuelan sabiendo que el «Titanic» llegará antes que cualquiera de los grandes buques alemanes de la otra compañía. ¡Oh! Llegar primero que nadie, es la aspiración suprema de todo el mundo que se mueve.

Arriba, sobre cubierta, el aire helado y sutil corta las carnes.

El vigía, desde su puesto, cerca de la proa, escruta el horizonte. El oficial de guardia, desde la torre de mando, hace lo mismo. El cielo entero palpita dulcemente al fulgor de las estrellas. La bella constelación de la Osa Mayor o El Carro, con sus siete estrellas principales, encuéntrase atravesada sobre el meridiano del punto en que se navega en esos momentos, a una altura de setenta y dos grados (72 grados) sobre el horizonte Norte.

A las 11, la pequeña constelación de los Lebreles estará sobre le mismo cenit del «Titanic», quizá denunciando con sus ladridos el fantasma blanco, aunque a destiempo. Hacia el Oeste acaba de ocultarse Orión, apenas si se vislumbra, casi rasando el mar, su estrella principal, Betelguese, roja como una lágrima de sangre. Más arriba, a treinta y cinco grados (35 grados) van los Gemelos, Cástor y Pólux siguiendo a Betelguese; hacia la izquierda, bajando, está Procyon, la estrella primaria del Can Menor; al Sud-oeste, a gran altura, la constelación del León.

Al NO. la hermosa estrella Capella del Cochero, a veinte grados sobre el horizonte, se inclina parpadeando; síguela Menkalina. Estos son los astros que se retiran del «Titanic», veamos los que se apresuran a alcanzarlo, a prevenirlo, a auxiliarlo quizá con su débil luz.

Demos cara a popa; al E., algo a la derecha, a cincuenta y cinco grados sobre el horizonte, viene la constelación del Boyero con su espléndida estrella roja Areturo. Más al E. encontramos la Corona Boreal, parte del Serpentario y de la Serpiente. Más abajo, la constelación de Hércules; algo a la izquierda de Hércules, a diez y nueve grados (19 grados) sobre el horizonte, sube temblando la esplendorosa estrella Vega de la Lira de una blancura incomparable; a la izquierda de Vega asoma el Cisne, con sus más lindas estrellas. Más arriba, al NE., la constelación del Dragón: muy próximo

al rumbo Norte y a buena altura, el Cefeo. Casi al SE., a flor de agua, el Escorpión comienza a asomar sus brillantes garfios. Al SSE., la constelación de la Virgen con su bella estrella Espiga, a treinta y cinco grados sobre el horizonte. Al Sur, divididas por el meridiano del punto, le Cuervo y La Copa; al SO. La Hydra, con su estrella roja Alfard.

Son más o menos las diez y media, hora local del punto. De improviso el vigía se sacude entero como por una corriente eléctrica; aguza su vista de águila, pues cree ver allá, hacia la proa, un gran bulto blanquizco. Da la voz de alarma al oficial de guardia, pero no es atendido. Transcurre un momento, el buque vuela; no hay duda ya... Es un enorme témpano a setecientos metros de proa, distancia que el buque recorrerá en un minuto y segundos si no se retarda su marcha. Se ordena dar máquina atrás, suena la campana de alarma, acude el capitán, los oficiales, al tiempo que se oye un chirrido espantoso. Un sordo y hondo sacudón ha conmovido todo el barco; un fantasma blanco, de 25 metros de altura, intercepta el paso. Sin embargo, no se nota alarma en los pasajeros. Son muy pocos los que se molestan en averiguar las causas del sacudón; de todos modos, el buque es insumergible. Pero por algo será que el aparato de radiografía comienza a funcionar nerviosamente. «Acudid sin demora — dicen en silencio las ondas hertzianas, cruzando el espacio helado en todas direc-

ciones; — nuestra posición es tal, llegad pronto, nos hundimos». En silencio también, el cielo y el mar sonríen tristemente. El gran témpano, con toda la estupidez de su masa, permanece indiferente.

Se ordena a gritos reforzados que salga todo el mundo con su salvavida. Entonces una gran ola humana comienza a invadir el exterior del buque. Las ondas siguen diciendo: «¡¡Acudid sin demora, sin demora!» Son las once. Hacia el ESE. se ve emerger del agua una enorme estrella amarillo-rojiza; el el planeta Júpiter, exagerado por la refracción.

Se comienza el salvamento largando los botes. La gente azorada, sin explicarse bien lo que pasa, permanece indecisa, remolineando, atolondrada y sin querer ocupar los botes. ¿Cómo podría ser? El mar es un espejo, el cielo una maravilla. El mar permanece inmóvil, gozando al poder reflejar sin una sola arruga hasta la más humilde estrella; y el cielo entero se muestra complacido.

«¡Las mujeres y los niños primero!», gritan los oficiales, obligándolas a ocupar los botes. ¡Mujeres y niños, mujeres y niños! El tiempo pasa y el barco comienza a tomar una posición extraña; como un monstruo herido mortalmente en la cabeza, se inclina hacia adelante. Sigue el salvamento de mujeres y niños solamente. Si hubiere tiempo y sobraran botes, los hombres se salvarán como puedan. El hombre que intenta acercarse a un bote, cae ful-

minado de un tiro. El oficial cumple con un deber sagrado dando muerte a ese hombre que ha cometido el delito horrendo de querer salvarse él también. «Primero las mujeres y los niños». Bueno, pues; animémonos a decir la verdad, a riesgo de ser mal comprendidos por los espíritus estrechos. Esa disposición quijotesca, llevada con rigor implacable, es sencillamente una estupidez y un crimen. La justicia, la equidad, el simple buen sentido la rechazan. Lo que hay es que nadie tiene el valor de decirlo, y no la cobardía. Ante el peligro inminente de la muerte, todos somos iguales y todos tenemos derecho a vivir. En tales circunstancias no debe haber primeros, segundos ni terceros; hay seres humanos colocados por la naturaleza—la que probablemente no debe ser nuestra madre—en el mismo plano de la fatalidad. Nadie tiene derecho a legislar entonces, sino a ayudar por igual; pues si fuésemos al terreno de lo conveniente o de lo útil, nunca se debería dejar ahogar a Pasteur por salvar a una camarera.

Si en un bote entran treinta personas, lo justo, lo humano, lo racional es que en él se embarquen quince mujeres y quince hombres, yendo los niños en los brazos o en las faldas.

Uno de los actos más sublimes en esta catástrofe, ha sido el de madame Strauss. «¡No¡ — dijo, al ser arrastrada por un marinero hacia un bote; — si mi esposo no puede salvarse conmigo, yo no debo

poder salvarme sin él!» «Señora — dice el marinero, — las mujeres primero.» ¡Imbécil!

Pido a la esposa, a la novia de verdad, a la hija, a la hermana — no digo a la madre — respondan para sus adentros la siguiente pregunta: encontrándose en el caso que tratamos, dejaría usted abandonado, acorralado como animal feroz en la borda del buque que va hundiéndose, a vuestro esposo, a vuestro novio, a vuestro padre o a vuestra madre, a vuestro hermano, porque solamente a ustedes se les permite salvarse? Escucho la franca y viril respuesta: ¡Nunca jamás! Luego, la quijotesca disposición náutica resulta irracional, inmoral, deprimente y cruel. Sus mismas protegidas la rechazan indignamente. Lo natural es que la esposa se embarque con su marido; la novia con su novio (en tal caso debe ir con ellos una señora de edad); la hija con su padre o con su hermano... Pero volvamos al barco. El cuadro es espantoso, terriblemente trágico. Son ya las dos y minutos de la mañana del 15. Las luces se han apagado. La enorme nave, violentamente inclinada hacia adelante, ha tomado una posición rarísima, desconcertante. En esos momentos el cielo ha llegado al máximum de su belleza. Durante esas cuatro horas de angustia, nuevas constelaciones han ido apareciendo del E., del SE. y del NNE. Allí está el Aguila, con su brillante estrella Altaïr; el rombo del Delfín, una parte del Pegaso y de Andrómeda; el Escudo de Sabieski y otras. Hacia el Sur se destaca perfecta-

mente visible la constelación más original y bella de nuestro cielo austral: el Escorpión. Casi apoyando en el mar su brillante aguijón, encorvado como un siniestro interrogante, se yergue indignado, elevando sus cuatro garfios luminosos a veinticinco grados sobre el horizonte del «Titanic», y quizá dirigiéndose a la constelación de Hércules, en su mudo lenguaje astral, le dice:

¡Tú, que te encuentras tan próximo al cenit de los náufragos, no dejes que la naturaleza cometa ese crimen! Ayudadles con vuestro brazo ciclópeo, aunque os perturbe la lucha que sostienes con la Serpiente! Yo hago mi guardia eterna en este cielo; no puedo ir en su socorro. ¡Y tú, pequeña y brillante Corona Boreal, que también fulguras muy próximo al cénit de ellos; si no podéis ampararlos, ceñid al menos con vuestro arco de blanca luz las firmes cabezas de los héroes y las desfallecientes de los débiles! Yo, en señal de protesta, habré colocado mis cuatro garfios sobre el meridiano Sur del «Titanic», en el instante supremo del hundimiento, a las dos y veinte minutos de la mañana (2h. 20m.).

El planeta Júpiter, situado a diez grados de la estrella Antares, el corazón del Escorpión, y a veintirés grados (23 grados) sobre el horizonte de los náufragos, contempla impasible, con su enorme pupila de oro, el cuadro siniestro. Así suelen ser los dioses. La Vía-Láctea, que en el momento de producirse el choque permanecía casi totalmente recos-

tada sobre el horizonte del barco, ahora se ha elevado cuarenta y cinco grados (45 grados) al E., surcando el cielo oblicuamente con sus dos ramas blanquecinas, las que van a unirse y perderse allá, al Sur justo, debajo del Escorpión.

De pronto cesa el clamoréo; algo raro, algo increíble e inesperado se siente; el cielo entero se detiene a escuchar. El mar no mueve una ola: es que la orquesta del «Titanic» ejecuta en esos momentos el andante majestuoso de una plegaria. Se oyen cantos. Después, un sordo rumor de agua que llena un gran vacío... gritos lejanos que se pierden en el espacio... Mar en calma; cielo estrellado; frío intenso; profundo silencio...

Abril 28 de 1912.

Tres meses después de publicado este artículo en «La Nación», es decir, en Julio, leí en «La Prensa» una correspondencia de Londres titulada «Las mujeres primero», en la que una distinguida escritora inglesa, Alice Mary Dawson, manifiesta lo siguiente:

« Me alegro, en verdad, de que la cuestión haya « sido suscitada por una mujer autorizada e inteli- « gente, y tengo placer en apoyar a lady Abercon- « way en sus reivindicaciones de tratamiento igual « para hombres y mujeres en casos semejantes a la « pérdida del «Titanic». Es una idea falsa e insen- « sata la de que deben ser preferidas las mujeres y

« salvaguardadas a cualquier precio, y es igualmente
« insensato y cruel la de obligar a las mujeres a
« vivir contra su voluntad, en circunstancias tales,
« que la vida ha de perder todo valor para ellas, y
« de obligar a los hombres a sacrificarles sus vidas,
« por más valor que tengan para ellos o para los
« demás. »

REYES MAGOS

Según lo afirman los eruditos en achaques de tradiciones sagradas, los tres Reyes Magos no fueron tres, ni fueron reyes; tan sólo fueron "magos", es decir, hombres sabios, astrólogos. Sin embargo, ¡qué feliz leyenda es esa!. Nos bastaría considerar por un momento la inmensa suma de ilusiones y esperanzas infantiles provocada por ella, cada año en esta fecha, cuando el niño, a la hora de recogerse, se dirige descalcito hacia la puerta o ventana de su dormitorio, y entornándola discretamente, coloca su par de zapatitos, más o menos chuecos y traqueteados, para que los misteriosos personajes depositen allí su obsequio, sin comprometerse demasiado! Y al día siguiente, al despertar algo confuso y aun sin poder abrir bien los ojos, vislumbra apenas los payasos de caras almidonadas, sombreritos cónicos y platillos dorados; los caballitos tordillos-negros, encabritados como caballos de héroes... de héroes guerreros, naturalmente, pues no hay otros; los trencitos, con su correspondiente maquinista de cha-

queta azul y cara de idiota... en fin, el anhelado obsequio de los Reyes, quienes, por lo general, deben andar sin dinero, pues hacen pasar la cuenta al papá, pocos días después.

La leyenda ha hecho todo esto; y al fin, la leyenda es la poesía de las cosas remotas; de las cosas triviales que fueron; algo así como una cristalización abrillantada que el tiempo deja al irse acumulando lenta y silenciosamente sobre ellas. La leyenda podría ser también algo así como una defensa del espíritu contra la vulgaridad de todas las cosas. Desde luego, considero un error, una falta de tacto espiritual, combatir las leyendas inofensivas como es ésta de los Reyes Magos.

Podríamos decir — sin que oigan los niños — que no obstante figurar los tres Reyes Magos como personajes de bulto, desde que viajaban montados en grandes camellos y, sin duda, con buenas alforjas, resultan muy evaporables. Parece ser — y no lo aseguro por carecer de afición a estas cosas — que el único evangelista que nos habla de ellos, San Mateo, no indica el número ni siquiera los ennoblece con el áureo título de reyes; los llama, como dijimos, simplemente "magos".

San Agustín y Crisóstomo hablan de una docena de reyes magos, según dicen los especialistas. Klopstock, en su Mesiada, nombra cinco, pero no aparece ningún Melchor, etc.

Ahora bien; tanto en el cielo espiritual como en el material, los tres reyes mayos resultan boycotea-

dos, pues no figuran en ninguna parte, ni siquiera por cumplido. Es verdad que en el cielo material está "El Pesebre", pero faltan los reyes; únicamente hacen la guardia allí dos burritos, representados por las estrellitas de cuarta magnitud, "gamma" y "delta", de la constelación del Cangrejo.

Permitidme observar de paso, que es menester ser muy enteramente burro para tener el mal gusto de representar a esos nobles animales mediante dos estrellas! Por lo demás, no es de extrañar que los burros hayan sido los primeros en llegar al Pesebre, pues estos animales, cuando resultan pesebreros, son siempre los primeros en llegar donde se come bien... y los últimos en retirarse.

Pero lo más grave del caso es que "El Pesebre" no es de origen cristiano, como a primera vista u oído parecería, pues ya Plinio el Viejo dice por ahí: "Sobre el signo del Cangrejo, hay dos estrellas llamadas los asnos; encuéntranse separadas por un espacio donde se está una nebulosa llamada "Los Pesebres". Es curioso hacer notar que los árabes le llamaban a la nebulosa "El Morral". Todo esto explica o por lo menos disculpa la presencia de los burros.

Es cierto que "El Pesebre", a simple vista, impresiona como una nebulosa; pero con un anteojo de mediano poder y hasta con un buen anteojo de marina, conviértese en un bello cúmulo estelar. Su esplendor aumenta conforme aumenta también el poder, o mejor dicho, el diámetro del objetivo del

instrumento. Astronómicamente hablando, su posición es la siguiente:

A. R: 8h 33m
D.: + 20° 23'

Pero dando las señas en forma más humana, diré, durante este mes, de doce y media a una de la noche, "El Pesebre" culmina para Buenos Aires a unos treinta y cinco grados más o menos sobre el horizonte norte, línea norte-sur. Es menester una noche sin luna para vislumbrarlo como una mancha blanquecina muy tenue. Por ser una región muy pobre en estrellas de magnitud apreciable, las señas resultan pobres también.

Galileo fué el primero que, apuntando con su flamante anteojo,recién inventado por él, a la aparente nebulosa del Pesebre, la resolvió en un hermoso cúmulo estelar.

Pero volvamos a nuestro primer asunto.

Se ha pretendido interpretar científicamente aquello de la misteriosa estrella que guió a los Reyes Magos hasta Betlém o Bethelém, donde acababa de nacer Jesús, pero sin resultado satisfactorio. Se ha dicho que pudo ser un cometa, suposición muy aceptable, desde luego. Un cometa, según el astrónomo Proctor, con movimiento hacia el sur, puesto que Betlém queda casi hacia el sur de Jerusalén. Opina también dicho astrónomo, que el cometa debió estar animado de un movimiento retrógrado, y que muy bien pudo haber sido el come-

ta Halley — aun sin bautismo — recorriendo entonces una trayectoria igual a la que tuvo en 1835. Por lo demás, sobemos bien que el movimiento de tal cometa es retrógrado. Hace notar Proctor, que el año 66, es decir, casi setenta años después de Navidad, correspondía una aparición del cometa Halley. Ahora bien: sabemos que el período de este cometa fluctúa entre setenta y tantos a ochenta años. Desde luego, su aparición anterior, debió efectuarse más o menos en la época del nacimiento de Jesús.

Kepler, con su temperamento de visionario y como astrólogo también, hizo todo lo posible por conciliar una conjunción clásica en astrología de Júpiter y Saturno sobre el "triángulo del fuego". Ese triángulo vendría a estar formado por las constelaciones de Aries, El León y Sagitario. Según Kepler, tal conjunción se produjo justamente en la época del nacimiento de Jesús. Sin embargo, el astrónomo moderno Stockwell rehizo el cálculo de Kepler respecto al poético asunto y lo encontró errado. Lo que no quita que Kepler haya sido un gran genio y Mr. Stockwell un distinguido astrónomo con mayores y más preciosos elementos de cálculo. En cambio, Stockwell, a través de su investigación retrospectiva, encuentra que el nacimiento de Jesús debió tener lugar muy poco después de una conjunción de Júpiter con Venus, los dos planetas más esplendorosos del cielo. Según Kepler, la estrella que guió a los Reyes Magos pudo

estar representada por la unión de Júpiter y Saturno sobre el pintoresco "triángulo de fuego".

Tal suposición resulta muy forzada, aunque el fenómeno celeste hubiese tenido lugar, pues la tradición nos hablaría de dos estrellas juntas. Ahora, en caso de elegir, me quedo con la conjunción de Venus y de Júpiter, calculada por Stockwell, por ser más digna del acontecimiento anunciado, pues tal conjunción simbolizaría el Amor y el Poder, dos cosas suficientísimas para mover el mundo. En fin: los críticos científicos, cultores de la estrictez de los términos, declaran inconciliable la frase del evangelista Mateo con la verdad científica, cuando dice que "la estrella, al llegar al punto donde se encontraba el Niño, se "detuvo". Sin mayor empeño en esta discusión, por no habernos seducido nunca los milagros forzados, pero sí y mucho los milagros naturales—y aquí estoy conforme con Poincaré, pero no del todo, con su filosofía dispersiva y desorientadora—me permitiré formular una observación al inconveniente aducido por los eruditos astrónomos respecto a la imposibilidad de que la estrella de Betlém se "detuviera", según la frase del evangelista.

Tal distingo lo considero en extremo pueril, desde que justamente en el lenguaje astronómico es donde encontramos las expansiones más incorrectas y perturbadoras.

¿No se dice, acaso, que el Sol recorre la eclíptica en un año, cuando al pobre jamás se le ocurrió tal cosa, sino a la Tierra? Para explicar los "solsti-

cios". ¿no se dice también que corresponden a los momentos en que el Sol se "detiene" respecto a su movimiento en declinación? Vemos, pues, que no resulta tan criticable el término evangelista cuando dice que la estrella se "detuvo" sobre Betlém. Indudablemente, el santo habríase expresado con mayor corrección si hubiese dicho que la estrella se detuvo en el cenit de Betlém. Pero si ajustáramos aún más a "derecho", como diría un doctor, esta defensa gratuíta de San Mateo, haríamos notar que los planetas en su marcha, y en ciertas posiciones respecto a la Tierra, aparentan "detenerse" durante un tiempo; y el efecto físico es real, desde que podemos contemplarlos a una hora dada, en el mismo punto del cielo. Dícese entonces que el astro se encuentra "estacionario", y tal fenómeno tiene lugar en el momento de transición entre su movimiento directo y retrógrado, y viceversa; siendo en este caso de los planetas, un movimiento ficticio el movimiento orbital retrógrado, y no así el de rotación, que puede serlo efectivo, como en los planetas Urano y Neptuno.

El 30 de Septiembre, Júpiter estuvo "estacionario" sobre la constelación del Tauro, entre las Plévades y las Hyadas, y lo estará nuevamente el 26 del corriente.

Venus quedará estacionario el 20 del corriente. sobre la constelación del Acuario, y volverá a estarlo el 2 de Marzo.

Si el lector se opone a lo dicho, no tengo incon-

veniente en considerar fantástico el asunto de los Reyes Magos; pero en cambio, deberíamos convenir en la espiritual belleza de la leyenda: belleza inofensiva y candorosa. Convengamos entonces, en obsequio de los niños que fueron, que fuimos y que serán.

Enero 1918.

HUGO DEL CARRIL

Con verdadero orgullo saludo al joven y gran artista argentino, después de haberlo escuchado anoche por primera vez. Los técnicos lo juzgarán a su manera. Esta es la impresión rápida y puramente emotiva.

Sin duda alguna, la característica de este hermoso talento, es la grandiosidad saturada de una inmensa y profunda emoción. Es un poeta terrible y tierno a la vez. Por eso, cuando al soplo gigantesco de Beethoven, el espíritu de del Carril comienza a invadir lentamente el teclado desplegando sus dos enormes alas de extraños reflejos, se experimenta la impresión de los grandes fenómenos de la naturaleza. La tempestad se acerca; ya se percibe ese rumor precursor e inquietante del bosque cercano; llegan las primeras ráfagas del viento olfateando la tierra como una fiera extraña. Luego, la obscuridad, el sablazo feroz del relámpago, el trueno brutal, la tempestad, en fin, avasalladora, sacudiendo, conmoviéndolo todo...

Entonces el alma del artista rebalsa y se desborda; ya no cabe en el teclado; necesita otro de orden superior, diez teclados más, cien planos en uno!! Pero luego la borrasca cede; un lejano fragor anuncia su retirada. Las nubes enloquecidas, desorientadas, inquietas todavía, sin saber lo que hacen, principian a abrirse aquí y allá, viéndose resbalar presurosas las estrellas, o el globo anacarado de la Luna, como si huyeran de la tempestad. El aire se serena, impregnado de ese raro perfume que deja el paso de una borrasca.

Llega otra vez al oído receloso el preludio cristalino y sin fin de los arroyos, mientras una calandria posada en la rama más alta de un sauce derribado por el huracán, llora cantando, a la luz de la Luna, la pérdida de su nido y de su amor.

Octubre de 1911.

INDICE

	Pág.
Prólogo.	5
Noche de perros.	13
Bajando al agua.	20
Sobre el rastro.	28
Diálogo nocturno.	36
Primaveral.	45
Pato hediondo.	52
Tipos que pasan.	57
Una novena en la sierra.	62
Espíritus en quiebra.	82
El asegurador.	90
Cosas viejas.	96
Los insuperables.	107
Intermezzo.	110
Velorio siniestro.	116
Charla canina.	120
Ashaverus.	124
"Cantos rodados".	126
La guitarra y los doctores.	129
Temas sin salida.	141
Superioridad de los Martenses.	156
Primero el sol.	170
El naufragio del "Titanic".	181
Reyes Magos.	192
Hugo del Carril.	200

IMPRENTA MERCATALI
CALLE JOSÉ A. TERRY 285 - 95
:: :: BUENOS AIRES :: ::

PQ
7797
G49M6
1920

Gil, Martin
Modos de ver

PLEASE DO NOT REMOVE
CARDS OR SLIPS FROM THIS POCKET

UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY

UTL AT DOWNSVIEW
D RANGE BAY SHLF POS ITEM C
39 10 12 02 16 007 4